

ECUADOR DEBATE 21

Quito, Ecuador, octubre de 1990

PRESENTE Y FUTURO DE LA IZQUIERDA

- José Sánchez Parga
- Adrán Bonilla
- Carlos de la Torres Espinosa
- Wolfgang Schmidt
- Michel Lowy
- Régis Debray

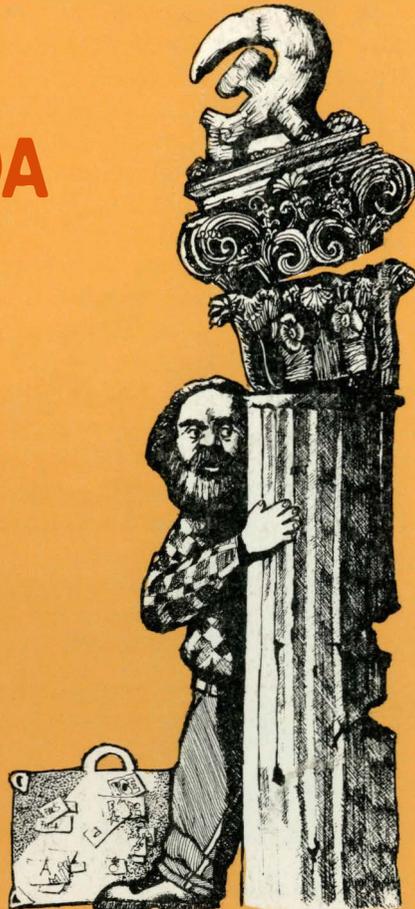
Dos años de
Gobierno
de Borja:

**CORTESANOS
EN PALACIO**

Diego Cornejo Menacho

**LOS LIMITES DEL
CONTINUISMO**

Alberto Acosta



La crisis de Guayaquil y los nuevos populismos
El agro ecuatoriano visto por las Ciencias Sociales

ECUADOR DEBATE

21

Quito, Ecuador, octubre de 1990

BIBLIOTECA

FLACSO
ECUADOR

- POLITICA** Diego Cornejo Menacho.
Dos años de gobierno de Borja:
CORTESANOS EN PALACIO /5
Rafael Guerrero.
**LA CRISIS DE GUAYAQUIL Y LOS NUEVOS
POPULISMOS /16**
- ECONOMIA** Alberto Acosta.
Dos años de gobierno de Borja:
LOS LIMITES DEL CONTINUISMO /23
- TEMA CENTRAL** José Sánchez Parga.
¿ES REFUNDABLE LA IZQUIERDA NACIONAL? /48
Adrián Bonilla.
La izquierda ecuatoriana en los últimos 30 años:
LA DIFICIL TAREA DE REDENCION /52
Carlos de la Torre Espinosa.
La crisis del marxismo:
¿ATRAPADOS SIN SALIDA? /64
Wolfgang Schmidt.
El fin del centralismo económico:
LAS CERTEZAS DERRUMBADAS /75
Michel Löwy.
8 TESIS SOBRE LA CRISIS DEL "SOCIALISMO REAL" /86
Régis Debray
EL FUTURO DE LA IZQUIERDA /90
- ANALISIS** Fredy Rivera V.
**EL AGRO ECUATORIANO VISTO POR LAS CIENCIAS
SOCIALES: 1975-1990 /96**
- CRITICA** José Sánchez Parga.
Lévi Strauss:
ENTRE ETNOCENTRISMO Y RACISMO /107
- RESEÑAS LIBROS /111**

R224 Rev 9826

ECUADOR DEBATE

CONSEJO EDITORIAL: Francisco Rhon Dávila, José Sánchez Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira, Simón Epinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga, Fredy Rivera.

DIRECTOR: José Sánchez Parga

EDITOR: Diego Cornejo Menacho

ECUADOR DEBATE es una publicación periódica del Centro Andino de Acción Popular **CAAP**, que aparece cuatro veces al año. La información que se publica es canalizada por los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones y comentarios expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de **ECUADOR DEBATE**.

SUSCRIPCIONES: América Latina US \$16; ejemplar suelto: US \$5. **Otros países** US \$18; ejemplar suelto US \$6; **Ecuador** S/. 4.500; ejemplar suelto S/. 1.200.

ECUADOR DEBATE: Apartado aéreo 173-B, Quito, Ecuador. Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

Se autoriza la reproducción total o parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a **ECUADOR DEBATE**.



Centro Andino de
Acción Popular
CAAP
Director ejecutivo:
Francisco Rhon Dávila

Cambio de perfil

EL NUMERO 21

EDITORIAL

La nueva fisonomía sobre el tratamiento de los contenidos nos ha invitado a modificar el diseño de la revista. Con ello pretendemos hacer más transparentes los textos y obtener una escritura y una lectura más ágiles, que den cuenta de un pensamiento más indagador, más polémico y más propositivo.

Al cabo de siete años y de veinte números publicados, lo que representó un arduo alarde de regularidad editorial para una vista en nuestras latitudes, **Ecuador Debate** ha decidido cambiar de perfil.

Detrás hemos dejado una nutrida y variada serie de monografías sobre la más diversa problemática de la realidad nacional. Estudios, análisis, investigaciones, testimonios, experiencias y debates han nutrido los números de la revista, proporcionando a las Ciencias Sociales y a los distintos intereses del país, públicos y privados, una antología muy representativa de la realidad

nacional durante la década del 80.

Pero la aceleración de los cambios ocurridos en los últimos años en el país y en el mundo, la heterogeneidad de fenómenos en la que continuamente estalla y se reduplica la realidad social, económica, política y cultural, nos ha obligado a un tratamiento múltiple, más rápido y desde enfoques más diferenciados, de una problemática que también requiere ser enfocada con mayor actualidad. Responder al reto de los nuevos escenarios y de las nuevas formas de actuación de lo social nos ha llevado a modificar el estilo editorial de la revista; a

trabajar con otras intensidades, otros ritmos y otras eficacias más inmediatas, contenidos y problemas de horizonte más cercanos.

La nueva orientación que busca **Ecuador Debate**, a partir de este número 21, y en la perspectiva de la próxima década, aligerará el estilo monográfico de la revista. Mantendrá a un tema central, siempre de actualidad, acompañado con artículos más coyunturales y con análisis y estudios de interés misceláneo y sobre temas diversos, concluyendo con una sección de crítica bibliográfica.

Esta nueva fisonomía sobre el tratamiento de los contenidos también nos ha invitado a modificar la forma del diseño de la revista. Con ello pretendemos hacer más transparentes los textos y obtener una escritura y una lectura más ágiles, que den cuenta de un pensamiento más indagador, más polémico y más propositivo.

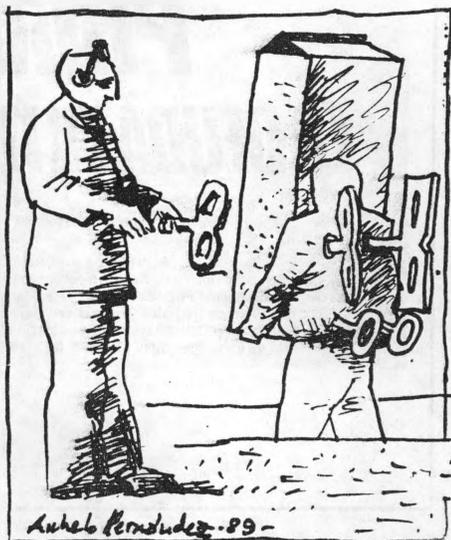
El tema que planteamos en este número 21, "Presente y futuro de la izquierda", tiene mucho que ver con los cambios ocurridos en los países socialistas durante el último año, con la desaparición en el horizonte internacional de referentes marxistas que

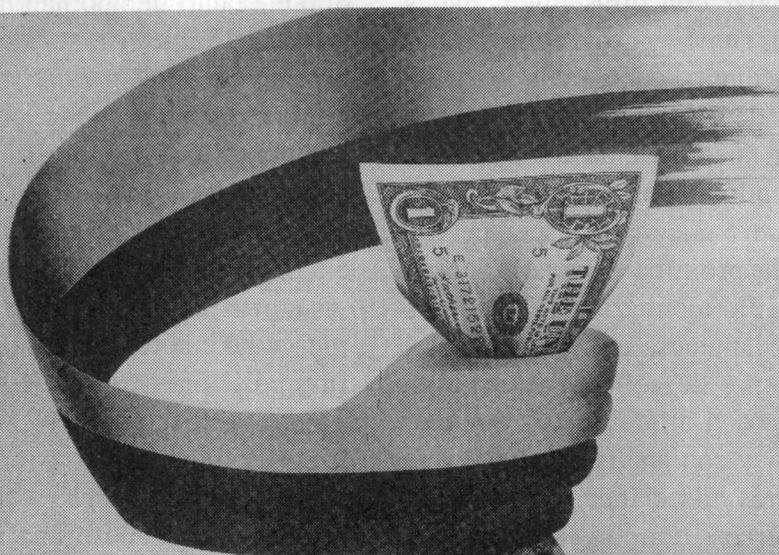
durante tanto tiempo han nutrido nuestras izquierdas, y con la urgencia de éstas para repensarse dentro del zarrancho político ecuatoriano y de nuestra frágil democracia.

Nuestra izquierda requiere encontrar una nueva identidad, visualizar los nuevos antagonismos y las nuevas alianzas, redefinir posiciones y estrategias.

Esperamos que este primer intento de cambio pueda ser mejorado en lo sucesivo, y haga de **Ecuador Debate** una revista más interlocutora más accesible y más interesante a más amplios sectores del público nacional.

El director





ECUADOR PRIMERO, LA DEUDA EXTERNA DESPUES.



■ CAAP ■ CECCA ■ CEREG ■ CIUDAD
GRUPO DE TRABAJO SOBRE DEUDA EXTERNA Y DESARROLLO

PUNTOS DE INFORMACION SOBRE LA CAMPAÑA

Dirección de la Secretaría Ejecutiva del Grupo de Trabajo sobre Deuda Externa y Desarrollo: Centro Andino de Acción Popular (CAAP), Diego Martín de Ultras 733, Telf. 02-522-763, Quito.
• Corporación de Estudios Regionales-Guayaquil (CEREG), Telf. 04-307-386, Guayaquil. / • Centro de Educación y Capacitación del Campesinado del Azuay (CECCA), Telf. 07-826-824, Cuenca. / • Centro de Investigaciones CIUDAD, Telf. 02-230-192, Quito.

Dos años de gobierno de Borja

CORTESANOS EN PALACIO

Diego Cornejo Menacho

POLITICA

La democracia "tridimensional" anunciada por Rodrigo Borja al asumir el poder, "la democracia de la era espacial, de la física nuclear, de la cibernética, de la informática, de la bioquímica, de la genética, que van conformando una nueva y sorprendente realidad social que debe ser sintonizada por la teoría democrática del futuro", asoma ahora como una que no ha dejado de ser restringida, que sigue siendo la misma, aquella inspirada por una concepción aristocrática de la política, hábilmente disimulada en el lenguaje presidencial.

Una de las más severas acusaciones que hay que hacerle al presidente Rodrigo Borja, y a su gobierno, es que permitió que se esfumara la gran movilización nacional que significó su victoria de 1988.

Borja se impuso en las dos vueltas electorales de ese año, después de una larga campaña política que duró más de una década. El 5 de mayo de ese año venció a la candidatura populista de Abdalá Bucaram Ortiz (PRE) con más

de 250 mil votos.¹

Por tal manera el Ecuador se liberó de un gobierno violento y autoritario, el de León Febres Cordero, caracterizado por la permanente violación a la Constitución y a los derechos humanos y políticos.

La decisión del electorado significó organizar la crítica y el rechazo a la gestión de la derecha, y eludir los cantos de sirena entonados por el populismo. Para

Diego Cornejo Menacho es sociólogo y periodista. En la elaboración de este texto contó con opiniones de Alfredo Castillo (LN) y Antonio Rodríguez (ID). Rodríguez fue vicepresidente del Congreso Nacional en el periodo 1988-1989 y Castillo primer candidato de su partido en las elecciones legislativas de junio de 1990.

1. En la primera vuelta electoral, del 15 de enero de 1988, se emitieron 3 millones 40 mil 750 votos válidos. Rodrigo Borja (ID) obtuvo el 24,48%; Abdalá Bucaram (PRE) el 17,61%; Sixto Durán (PSC) el 14,72%; Frank Vargas (APRE) el 12,63% y Jamil Mahuad (DP) el 11,57%. La definición de la segunda vuelta admitió 3 millones 147 mil 954 votos válidos. Borja obtuvo 1 millón 699 mil 895 (54%); Bucaram 1 millón 448 mil 58 (46%).



El presidente Rodrigo Borja asume el poder, tras una campaña de más de una década (página contigua).

muchos fue la sabia decisión de un electorado que optó por el mal menor, entre las alternativas que le presentaba la democracia restringida vigente.

En agosto Borja recibió una economía con saldos rojos, un ambiente político estropeado por la intensa campaña electoral y, sin embargo, también, la extraordinaria posibilidad de controlar todos los poderes, debido a la fuerte cuota legislativa de su partido —incrementada por la alianza política con la Democracia Popular (DP) y el Frente Amplio de Izquierda (FADI)²— y un importante número de concejales municipales y consejeros provinciales.

A pesar de esas condiciones, su gobierno no pudo evitar que con el transcurrir del tiempo se desdibujaran las condiciones políticas favorables a la centro izquierda en los sectores populares. Conspiró para ello el gradualismo neoliberal de su política económica, que frustró las expectativas de un pueblo hambreado por la crisis y, en lo propiamente político, un estilo de "hacer" gobierno nítidamente cortesano, de espaldas a los votantes y a las masas populares, impreso por su ministro de Gobierno, Andrés Vallejo.

Las consecuencias de estos dos errores estructurales en el ejercicio, se mostraron en toda su dimensión en las elecciones legislativas de 1990, con el triunfo electoral de la derecha y el

populismo.

Voceros gubernamentales prefirieron justificarlas por un deterioro "inevitable" que proviene del ejercicio del poder, entre tanto algunas fuerzas de la oposición la explicaron por lo que llamaron "febresborjismo", la "nueva derecha" expresada en el gobierno de Rodrigo Borja.

Con la perspectiva que dan los dos primeros años de gobierno socialdemócrata, la democracia "tridimensional" anunciada por Borja al asumir el poder, "la democracia de la era espacial, de la física nuclear, de la cibernética, de la informática, de la bioquímica, de la genética, que van conformando una nueva y sorprendente realidad social que debe ser sintonizada por la teoría democrática del futuro",³ asoma como una que no ha dejado de ser restringida, que sigue siendo la misma, aquella inspirada por una concepción aristocrática de la política, hábilmente disimulada en el lenguaje presidencial.

"Dialécticamente considerada —dijo Borja al asumir el mando— la democracia que proponemos no es lo contrario de la democracia formal, sino su complemento. Debemos ir hacia la integración de las libertades formales y materiales para estructurar la democracia completa por la que luchamos. De lo contrario, seguiremos viviendo regímenes que en realidad son la combinación de democracias políticas con absolutismos económicos, es decir, sistemas que, detrás del ritualismo democrático, suelen imponer la autocracia de peque-

2. La ID colocó 30 diputados en el Congreso de 1988. Dos el FADI y siete la DP.

3. Borja, Rodrigo, *Mensaje de paz y unidad*, Sendip, Quito, 1988, p.49

fias minorías privilegiadas".⁴ Un ritualismo que jamás pudo ser superado en los hechos.

Aquel agosto Borja añadió su convocatoria a la concertación nacional y anunció un gobierno caracterizado "por el más profundo respeto a las prerrogativas de la persona humana", pues "el respeto de ellos (los derechos humanos) no es tan solo la ausencia de represión política, sino también la implantación de la justicia social, la equidad económica y la acción dinámica de prestaciones sociales a favor de los sectores desafortunados de la colectividad".⁵

Un mundo diferente

En 1988 el panorama internacional sufrió profundas modificaciones. No tomarlas en cuenta puede conducir a una crítica equivocada de la política nacional en estos dos años.

El cambio de la correlación de fuerzas en el mundo y la transformación del sentido de la historia universal, cuando el tránsito al socialismo fue excluido de la política para ser recludo en la utopía, colocaron al Norte y al Sur en los extremos de las más hondas contradicciones del globo.

El fortalecimiento de la Comunidad Europea y el desmoronamiento de los regímenes pro soviéticos en la Europa del este, así como los movimientos nacionalistas en los países soviéticos, anunciaron el desplazamiento de los núcleos de poder mundial.

La "occidentalización" de la Unión

4. Borja, Rodrigo, *Ibid.*, p. 8

5. *Ibid.*, p. 36

Soviética y su sorprendente marcha hacia una economía de mercado, fueron animando la organización armónica de los países industrializados —donde se incluye, por supuesto, al nuevo país de Gorbachov—, con la exclusión de un Tercer Mundo empobrecido, agobiado por conflictos políticos, con expresiones integracionistas comparativamente muy limitadas.

En este mundo que rompe el cascarón se oye una sola voz: la del capitalismo de los países altamente industrializados, la prueba viviente del futuro de la humanidad, cuya organización política es el paradigma de la democracia universal.

En América Latina se consolidaron poderes comunes, expresión de sectores especulativos financieros —con excepción de Cuba y Nicaragua— que dejaban de expresarse a través de las Fuerzas Armadas y de la derecha política, y lucían un nuevo ropaje, más "racional", socialdemócrata, demócrata cristiano, inclusive populista.

Los "actores políticos de vocación democrática", entre tanto, se encontraron realizando movimientos erráticos ante gobiernos civiles, surgidos de mandatos electorales, que se asumen como la solución al autoritarismo, aunque "los usos de la formalidad democrática" no sean condición suficiente para el fortalecimiento y profundización de la democracia.

Una situación, que al hablar de los países andinos, Amparo Menéndez-Carrión describe así: "estados en jaque, sociedades civiles fragmentadas, ciudadanías no constituidas plenamente, y gentes sitiadas por la precariedad, la

inseguridad y el miedo que generan los viejos flagelos —más dramáticamente visibles que nunca: las condiciones precarias de ingreso y empleo de las grandes mayorías— y las dinámicas que son capaces de desencadenar algunas de las nuevas presencias del escenario político, sin que aparentemente nada ni nadie pueda controlarlas, guerrilla y narcotráfico, claramente".⁶

Un "tiempo de guerra" en que la supervivencia de la gobernabilidad civil está sitiada no solo por las FFAA, sino además por la corrupción del narco poder, por el desprestigio o la bancarrota del aparato del Estado "y la posibilidad —avisorable— de que el ejercicio del poder político no signifique realmente ostentarlo desde y a través del Estado (...) es la amenaza de que el lugar de las decisiones sobre la economía, sociedad y política, ya no sea ni la sociedad ni el Estado, sino una serie de estructuras (informales) y grupos paralelos, que ni el Estado ni la sociedad civil tendrán la posibilidad de controlar, como nuevas formas de dependencia que se agregan a las ya acumuladas históricamente".⁷

Durante los 80, además del Ecuador, en otros países de América Latina alcanzaron el poder partidos de la Internacional Socialista, o que proponían programas socialdemócratas: Acción Democrática, en Venezuela, con Carlos Andrés Pérez; el APRA, en el Perú, con

Alan García; la Unión Cívica Radical, en la Argentina, con Raúl Alfonsín.

Todos ellos terminaron imponiendo políticas de ajuste, liberación de precios, contención de salarios, represión social, etc., echando al cesto el cielo prometido de la política económica antimonopolista que superara el neoliberalismo, de una fuerte intervención del aparato estatal, de control de las relaciones económicas de sus respectivos países en el ámbito internacional, de incremento de salarios, etc., con lo se ahondaron las contradicciones sociales y los enfrentamientos políticos.⁸

Este fenómeno tuvo su origen en la crisis internacional de los años 81-82, que golpeó fuertemente a las economías cuyas políticas neoliberales habían bajado la guardia ante el movimiento financiero internacional.

Tomás Amadeo Vasconi cree que esto afectó profundamente a los regímenes autoritarios en la medida en que —tal vez con la excepción de la dictadura militar chilena— no hallaron respuestas adecuadas a la nueva situación, lo que se sumó al progresivo agotamiento que como orden político venían sufriendo frente al renacer de las luchas democráticas, que fueron incrementándose cada vez más desde fines de los 70 y principios de los 80.

Un accidente histórico, este de las socialdemocracias neoliberales en el poder, si acaso las condiciones estructurales de América Latina hacen imposible la implantación y desarrollo de

6. Menéndez-Carrión, Amparo, *Democracias pendientes y representación política en América Latina: dilemas y posibilidades (algunas ideas en voz alta)*, documento del Seminario "Estrategias para el desarrollo de la democracia", xerocopia, Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1989, p. 12.

7. *Ibid.*, p. 13.

8. El fracaso de la socialdemocracia latinoamericana puede ser profundizado en Vasconi, Tomás Amadeo, *Socialdemocracia irrealizable*, en "Nueva Sociedad", N° 107, Caracas, mayo-junio de 1990. p. 16 y ss.

auténticos proyectos socialdemócratas, al menos de aquellos definidos por la práctica y el pensamiento europeos de esta opción política.

Entre los impedimentos se anotan el agotamiento de anteriores patrones de reproducción del capital, la crisis de transformación del capitalismo internacional y la redefinición de la división internacional del trabajo, la existencia de una deuda externa impagable que dificulta la acumulación nacional de capital y que restringe la autonomía de los gobiernos.

En lo social, las sociedades latinoamericanas están distantes de las sociedades capitalistas modernas y en algunos casos mantienen conflictos ancestrales con etnias y pueblos indios.

En lo institucional, "no existe aún un aparato estatal realmente moderno en condiciones de cumplir con las funciones que la aplicación de un programa socialdemócrata exigiría de él".⁹

Además, en los países que se vieron sometidos a dictaduras militares las Fuerzas Armadas conservan intactas la ideología y aún los organismos antidemocráticos en su interior, con un comportamiento corporativo que dificulta cualquier proceso de ampliación de la democracia. Por fin, la carencia de una tradición democrática, como componente de su cultura política, completa el panorama de dificultades para esta "irrealizable utopía".

Realidad y fantasía

El año en que Borja leyó su mensaje

"de trabajo y optimismo", el Ecuador padecía la degradación de la calidad de vida del pueblo, además de su pauperización. Un estado de "pérdida de esperanza", que evidencia una "renuncia a la búsqueda colectiva del cambio, por la individual"¹⁰, en medio de una franca descomposición de las relaciones políticas.

Una pérdida de coherencia de la "ideología ambiente" y la transformación de los tradicionales referentes de verdad, que consolidaron el carácter inapelable de la ideología liberal dominante, que reivindicaron los límites "naturales" de la dominación. Un todo que se sintetiza en la reducción del poder de convocatoria de los proyectos políticos con sentido histórico.

Alfredo Castillo piensa que Rodrigo Borja simboliza la realidad y la fantasía del panorama descrito en las líneas anteriores.

Su Presidencia debió continuar con la integración de la economía ecuatoriana a un sistema mundial único, ante el que declinaba el socialismo. Para ello sus políticas económicas, formalmente menos traumatizantes que las de su antecesor, siguieron en la línea de destrucción del viejo aparato productivo y la creación de condiciones para sustituirlo con el concurso de nuevas inversiones externas. En el fondo, asegura el dirigente de Liberación Nacional, "ha cumplido con la tarea de consolidar la alianza del poder del capital financiero especulativo, tanto nacional como internacional".¹¹

9. Vasconi, Tornás Amadeo, *Ibid.*, p. 20.

10. Entrevista con el autor, septiembre de 1990.

11. *Ibid.*

Desperdicio y fecundidad

Los errores de su gobierno condujeron a que la socialdemocracia ecuatoriana desperdiciara una oportunidad histórica única. No fue capaz de dar una forma orgánica a toda aquella movilización nacional que se expresó en las urnas, y tampoco fortaleció a su partido, la Izquierda Democrática (ID).

Aunque Borja fue parco en los ofrecimientos electorales, las condiciones de la campaña presidencial crearon expectativas que algunos califican de "exageradas", por lo que pronto se transformaron en decepción.

Comparando una característica de todos los partidos políticos, llegó al poder a improvisar un Gabinete presidencial. Y, si bien la mayoría legislativa presentó dentro del esquema doctrinario de la ID, el partido como tal no entregó ningún proyecto a consideración del Parlamento.

El presidente sustituyó a los organismos del partido por un reducido grupo de hombres de confianza, dirigido por el "super ministro" Vallejo, llegando al extremo de prescindir de su bloque legislativo para la toma de decisiones fundamentales.

Esto ocasionó el acentuamiento de contradicciones al interior de ID llegando, inclusive, al veto de los proyectos legislativos propuestos por su propio partido.

Hay socialdemócratas que creen que lo que se produjo fue un dominio de la "derecha" del partido en el gobierno. Una tendencia neoliberal que acentuó el temor presidencial de enfrentarse a los grupos de poder y a los super organis-

mos del Estado. De ese modo no se produjeron reformas estructurales en las FFAA ni en la Policía Nacional, entre tanto poder de los grupos monopólicos y financieros, por ejemplo, nunca fue tocado.

Con la ausencia de oposición legislativa, no obstante la ausencia de diálogo y el no aprovechamiento de un bloque "leal" y de una mayoría congresil sumamente cómoda, que permitió pensar, inclusive, en reformas constitucionales profundas, "este ha sido el periodo más fecundo en materia legislativa", según Antonio Rodríguez.¹²

Durante cinco años, entre 1979 y 1984, el Congreso promulgó 183 leyes; entre el 84 y el 86, 51; entre el 86 y el 88, 53. En el lapso que va desde el 88 al 90, fueron aprobadas 107 leyes.

El ex legislador destaca la Ley de Petroecuador, la Ley de Control del Gasto Público, la Ley de Régimen Tributario Interno, la Reforma Tributaria, la llamada Ley Antidrogas, la Ley de Contratación Pública, la Ley de Defensa del Consumidor, la Ley de Desarrollo Provincial, la Ley del Fondo Nutricional Infantil, la Ley Reformatoria al Código Civil, entre otras.

A pesar de ello, el balance no entusiasma a nadie.

La política laboral fue inexistente, acompañada de la mencionada política económica neoliberal y el impulso de leyes como la del Trabajo Compartido, rechazado por el sindicalismo ecuatoriano, repudiada por la ID mientras fue un proyecto de León Febres Cordero. En esta materia, el mayor cambio se



La conducta del gobierno frente al levantamiento indígena fue de un progresivo encapsulamiento.

produjo cuando el Congreso transfirió al Ejecutivo la facultad de diseñar la política salarial.

Según Antonio Rodríguez, y si dividimos al mundo por ministerios, los saldos son negativos en salud, en alfabetización, en cultura, en fomento al deporte. Un "fracaso" en agricultura, en bienestar social, en industria y en comercio. Las políticas tributaria y arancelaria son, junto a la política exterior y a la creación de Petroecuador y al control nacional del consorcio Texaco-Petroecuador, lo más positivo, según él.

A ello habría que añadir una posición poco firme del gobierno ante el Citibank, que en mayo de 1989 "retuvo" 80 millones de dólares del Ecuador. Su incapacidad de luchar contra la inflación: ya en octubre de 1989, a los trece meses de gobierno, se redujeron a trece los productos vitales sujetos a fijación de precios, mientras se producían veinticinco elevaciones. Frente a ello, las llamadas ferias libres pudieron hacer muy poco para sostener el alza de precios de los artículos de primera necesidad.

Y las denuncias contra altos funcionarios del gobierno de la "reconstrucción nacional", que finalmente condujeron a sobreseimientos e, inclusive, absoluciones por parte de la Función Jurisdiccional: el caso más patético fue aquel de los 150 mil dólares dispuestos por el presidente Febres Cordero, en contante y sonante, de fondos del Banco Central, para "actividades anti-

terroristas".

Nace un nuevo sujeto político

Entre el 1988 y 1990, el Ecuador pudo respirar un ambiente político más oxigenado y notoriamente menos conflictivo que el impuesto por el gobierno anterior.

El apego a la Constitución y las leyes demostrado por el gobierno borjista significó un sensible cambio a lo vivido los cuatro años anteriores, bajo el febrescorderato. También contribuyó para ello la autorización para que ORTEL saliera al aire con su señal televisiva (agosto 88), la declinación en la compra de 50 tanques de guerra argentinos (septiembre 88), las restauración de relaciones diplomáticas con Nicaragua (septiembre 88), el otorgamiento de la Ley de Gracia a los ex comandos de Taura (octubre 88) y el acuerdo del gobierno con Alfaro Vive Carajo —AVC— (febrero 89).

Es indudable que esta condición general permitida por el nuevo gobierno posibilitó un refrescamiento de las organizaciones populares, especialmente indígenas, y una sensible disminución de violaciones a los derechos humanos.

Pero, a la vez, el borjismo privilegió el instrumento ideológico sobre el represivo, para el control estatal de los sectores populares, en circunstancias que la caída del socialismo sumía en una irremediable crisis al pensamiento y a las políticas que han animado históricamente los gremios de trabajadores y que constituyeron su retaguardia ideológica.

Las tres huelgas nacionales organizadas por las centrales sindicales, durante los dos primeros años del gobierno socialdemócrata,¹³ terminaron por desfigurarse la presencia de los trabajadores en la escena política. Pusieron en evidencia su debilidad frente a la "solvenencia" ideológica y a la fuerza político-institucional del gobierno, aunque las principales reivindicaciones planteadas estuvieron dirigidas a la recuperación del salario de los trabajadores, a contrarrestar el deterioro de su nivel de vida, a combatir las políticas económicas fondomonetaristas y a fortalecer la organización sindical.

Pero si por un lado el gobierno logró el fracaso de las huelgas nacionales, por otro no pudo someter a su control ideológico a las asociaciones étnicas.

Su ideología liberal, como la del conjunto del Estado ecuatoriano, se mostró insuficiente para controlar la constitución de un sujeto político nuevo, con el inicio del levantamiento de los pueblos indios en junio de 1990. Un nuevo protagonista que enfrenta profundamente los límites de la organización social y la estructura estatal, que reivindica a las etnias que integran el pueblo ecuatoriano y que, paradójicamente, emerge al compás de la declinación del pensamiento y las organizaciones políticas de índole marxista, que se han considerado representantes "naturales" de todos los sectores populares, sin excepción.

"Me sorprendió mucho el levantamiento del 4 de junio —dijo Borja en

su informe del 10 de agosto de 1990—, si bien quedó claro que no fue contra un gobierno sino contra un sistema de explotación que ha durado siglos. Estoy convencido de que allí hubo maniobras de agitación que pretendieron aprovecharse de la legítima y milenaria insatisfacción de los indígenas. No permitiremos que estas maniobras disociadoras continúen. Estamos abiertos al diálogo con todos los grupos indígenas". Y añadió: "Les hemos dicho, sin embargo, que algunas de sus propuestas no son aceptables, ya porque están fuera de la realidad, ya porque contrarían el ordenamiento jurídico del Estado..."¹⁴

La conducta del gobierno frente al levantamiento fue de un progresivo encapsulamiento en las razones del orden, en medio de una radical actitud negativa de los sectores terratenientes y aun de las FFAA.

Aparentemente resultó intolerable el protagonismo de los indios en las negociaciones con los comisionados del gobierno, de modo que éste respondió endureciendo su posición los primeros días de agosto de 1990.

Aquello ocurrió después de que en el país circulara un documento reservado, atribuido al Departamento de Inteligencia del Comando Conjunto de las FFAA, el mismo día en que la cúpula de la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador (CONAIE) mantuvo su primera reunión con el nuevo ministro de Gobierno, César Verduga y otros funcionarios.

El documento militar asevera que el

13. Las huelgas nacionales se dieron en las siguientes fechas: 24 de noviembre de 1988, 14 de julio de 1989, 11 de julio de 1990. En esos días, como es ya tradicional, la represión de la Policía fue la misma de siempre.

movimiento indígena está infiltrado y financiado por el comunismo internacional; que sus principales dirigentes han recibido preparación militar en Cuba y otros países; que el levantamiento de junio persiguió objetivos que los indios no dejan de reivindicar: la creación de un Estado paralelo y el rompimiento de las fronteras nacionales, entre otros. Que el levantamiento fue tramado por el lejano terrorismo de ETA ("Euzkadi ta Askatasuna", "Patria vasca y Libertad") y que, el año pasado, un misterioso etarra visitó el Ecuador para concertar, con un millón y medio de indios, el boicot a la fiesta española de los 500 años de descubrimiento y conquista de América.

El documento demuestra la pervivencia de un conmovedor desconocimiento de la realidad ecuatoriana por parte de los grandes propietarios de la tierra y de quienes elaboraron el supuesto informe.

Sin embargo, fue un papel que el gobierno usó soterradamente para desprestigiar la movilización indígena ante la opinión nacional y para buscar la división interna de las organizaciones y de los pueblos indios. Y también para definir una postura "dura", en la que combinó el diálogo con argumentos estrechamente emparentados con la Doctrina de la Seguridad Nacional. Y que deja intacto un conflicto que dura ya 500 años.

Tortura e impunidad

Por lo demás, "aunque muchos aspectos de los derechos humanos parecen haber mejorado considerablemente

desde que el presidente Rodrigo Borja asumió el poder en agosto de 1988",¹⁵ según denuncias formuladas por organismos nacionales e internacionales, tales derechos siguieron siendo violados, persistiendo la práctica de la tortura durante los interrogatorios policiales. Llegó a tal punto la situación que, según Amnistía Internacional, inclusive las autoridades penitenciarias "han hecho pública su protesta por el estado físico en que llegan algunos detenidos después de haber sido sometidos a interrogatorios por la Policía".¹⁶

Una crítica severa ha sido añadida por la Comisión Ecuménica de Derechos Humanos (CEDHU). Según tal organismo, la falta más grave cometida por el gobierno de Borja es la impunidad que favorece a sujetos a los que se comprobaron tales violaciones, y a aquellos responsables de la desaparición de los hermanos Restrepo (desde enero de 1988), de la desaparición, tortura y muerte de la profesora Consuelo Benavides (diciembre de 1985), de la detención, tortura y muerte de Juan Carlos Acosta (agosto de 1985), entre otros casos.

Por el caso Benavides el ex jefe de la Marina debió comparecer ante una comisión parlamentaria que, finalmente, determinó claras responsabilidades.

La CEDHU asegura que ningún caso de tortura presentado a las autoridades por ese organismo, o por parientes de las víctimas, han dado lugar a una condena. •

15. Amnistía Internacional, *Ecuador: la tortura continúa*, Informe de 1989, Londres, 1990, p.3.

16. *Ibid.*, p. 6.

LA CRISIS DE GUAYAQUIL Y LOS NUEVOS POPULISMOS

Rafael Guerrero

POLITICA



La crisis económica y financiera genera una contradicción entre el ciudadano y el Estado. El discurso populista interpela precisamente a este ciudadano que es víctima de las prácticas arbitrarias del Estado. Los discursos populistas están cargados de llamados al pueblo guayaquileño para rescatar la ciudad de las garras de la burocracia

Los resultados de las últimas elecciones de diputados, consejeros y concejales reactualizan, una vez más, la cuestión de los movimientos sociales y las ideologías populistas en Guayaquil y en la Costa ecuatoriana.

Como se conoce, el Partido Social Cristiano (PSC) obtuvo el 43 por ciento de los votos del electorado de la ciudad de Guayaquil y de la provincia del Guayas, seguido del Partido Roldosista Ecuatoriano (PRE) y del Partido Socialista Ecuatoriano (PSE), que obtuvieron, respectivamente, el 25 y el 10 por ciento de la votación.

Con estos resultados se puede afirmar que Guayaquil y la provincia del Guayas son espacios dominados por el populismo. Pero, para aceptar esta proposición, primero hay que admitir que, al menos en Guayaquil y en la provincia del Guayas, el PSC y el PSE son partidos populistas.

En lo que se refiere al PSC, se ha hablado de su carácter populista desde la campaña electoral de 1984, cuando se consolida en el partido la dirección de León Febres Cordero y su equipo político.

El PSE acaba de sufrir en Guayaquil una transformación profunda. No se trata solamente del crecimiento del electorado controlado por el partido,

el cual se eleva de 13 mil votos en 1988, a 88 mil 639 en 1990. A esto hay que agregar el hecho de que ya se habla de la nueva connotación populista que rodearía al partido en Guayaquil.

Esto no solamente altera la composición ideológica y política tradicional de la ciudad (dominada por populismos de derecha), sino que obliga a considerar de nuevo el concepto de populismo.

Nuestro punto de partida será la crisis de Guayaquil.



León Febres Cordero, PSC

Guayaquil y el Estado

Una de las características del discurso populista en Guayaquil, sea éste el discurso del PSC, del PRE o del PSE, es su constante referencia a la crisis que soporta la ciudad. Como veremos más adelante, esto es importante porque ayuda a determinar las interpe-laciones constitutivas

del discurso populista en Guayaquil.

El puerto soporta, en efecto, una crisis urbana profunda, la cual se manifiesta sobre todo en el deterioro de los servicios de la ciudad. Se puede decir que la cobertura de la mayoría de los servicios es insuficiente y la calidad de los mismos baja.

El mejor ejemplo es el servicio de agua potable. Guayaquil necesita 600 mil metros cúbicos de agua al día, pero la ciudad produce sólo 400 mil, de los cuales alrededor del 50 por ciento se

desperdicia debido al mal estado de las redes de distribución.

Una cosa similar hay que decir del servicio de aseo de calles. De acuerdo con las investigaciones existentes, la ciudad necesita alrededor de 200 recolectores de basura, pero apenas cuenta con 40.

Aunque esta información es muy descriptiva, es importante mencionarla porque la baja calidad y la escasa cobertura de la oferta de servicios urbanos, permiten afirmar que la crisis de *Guayaquil* obedece al hecho de que el Estado y el Municipio ya no pueden asumir roles que venían desempeñando hasta ahora. Esto es clave para comprender tanto la crisis actual, como lo específico de los nuevos populismos.

La crisis de Guayaquil nos remite necesariamente al tipo de Estado que estuvo vigente hasta ahora en el Ecuador: el Estado intervencionista.

En el Ecuador, el Estado intervencionista se desarrolló por oposición al mercado, para corregir las desigualdades sociales producidas por éste. El mercado no reconoce estas desigualdades. En el mercado todos los sujetos son iguales, como propietarios de mercancías. Es el ámbito privilegiado de desarrollo de la racionalidad formal.

Por aquella oposición, el Estado

intervencionista asume como finalidad el bienestar social del pueblo. El pueblo es —como ocurre también en el Estado liberal tradicional— el sujeto del Estado. Pero, en el discurso ideológico que funda el intervencionismo, el pueblo ya no es una categoría puramente política, que haría referencia exclusivamente a un sistema de derechos y deberes políticos.

En dicho discurso, el sujeto del Estado está dividido, constituido por grupos privilegiados y mayorías oprimidas. El discurso ideológico en mención transformó las categorías políticas del discurso liberal tradicional en un nuevo sistema de diferencias sociales: los privilegios que combate el Estado intervencionista ya no son los privilegios políticos de la oligarquía política, sino los privilegios



Jaime Nebot, PSC

económico-sociales.

Podemos entender este discurso ideológico como un código que constituye un sistema de compromisos entre la sociedad y el Estado, especialmente entre éste y las clases populares. La generación de servicios estatales formaba parte, precisamente, de ese sistema de compromisos. La legitimidad del Estado intervencionista dependía, pues, de la posibilidad de cumplir con estas obligaciones.

Desde otro punto de vista, el desa-

rrollo de los servicios públicos en Guayaquil, significó que el Estado y el Municipio establecieran una relación inmediata con el ciudadano. La vida privada quedó mediatizada por la empresa pública.

Ahora bien, lo que caracteriza la situación actual de Guayaquil es la imposibilidad de las empresas públicas para proseguir con la generación de los servicios urbanos. El Estado y el Municipio de Guayaquil sufren una aguda crisis financiera que impide cubrir eficientemente las necesidades de la ciudad.

Guayaquil ha pasado de 700 mil habitantes, en 1970, a cerca de 2 millones al empezar la década de 1990. Esto contrasta con la tendencia de las finanzas municipales a reducir sus ingresos. El gasto municipal por habitante descendió de mil 376 sucres en 1972, a 775 en 1982. El patrimonio municipal presenta la misma tendencia: entre 1974 y 1982 se redujo de 2 mil 856 sucres por habitante, a 636. El patrimonio municipal por hectárea urbana descendió de 505 mil sucres a 83 mil sucres para el mismo período.¹

La mala calidad de los servicios y la baja cobertura de los mismos, nos está hablando de una crisis del Municipio

como institución social, pues la dirección del Cabildo no está asumiendo sus roles. Esto equivale a decir que, en los hechos, se está alterando toda la estructura de roles y que se están cambiando las reglas que hasta ahora rigieron la relación del Municipio y el Estado con la sociedad local.

Abandonar roles no es solamente afectar los derechos de los miembros de la institución; más profundamente, es violentar las reglas que rigen la vida social, provocando una crisis de identidad.

En el caso concreto que nos ocupa, la crisis de la empresa pública frustra las expectativas del ciudadano, que ya no puede reconocerse a sí mismo en el Municipio y en las instituciones del Estado.



Abdala Bucaram, PRE

Los nuevos populismos

Lo que caracteriza a la nueva situación histórica por la que atraviesa Guayaquil y, en general, algunas provincias de la Costa, no es solamente —como podría creerse equivocadamente— el dominio de los movimientos e ideologías populistas. Afirmar esto sería presuponer una continuidad sin cambios entre los populismos actuales y los de la década del 70. Esta continuidad no existe.

Al contrario. Lo que caracteriza al discurso populista actual, es el hecho

¹ Véase, Villavicencio, Gaitán, *El desfase del proceso urbano en el caso guayaquileño*, Guayaquil, 1989.

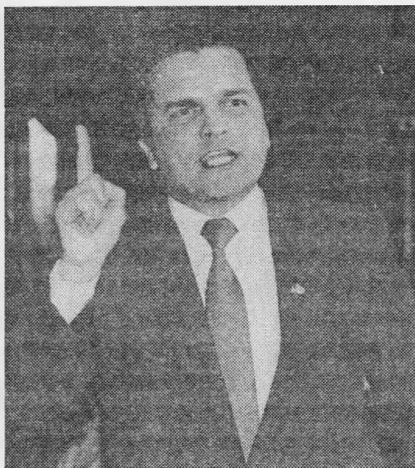
de vertebrar un nuevo sistema de oposiciones sociales, cuyo eje es la oposición pueblo/Estado. Este es un hecho ideológico y político nuevo, que no existía hace diez o quince años atrás. Entonces, el discurso populista estaba estructurado en torno a la oposición pueblo/oligarquía.

Es posible que esta proposición encuentre aceptación. Pero seguramente será más difícil admitir que esta oposición especifique la ideología populista; y sin embargo, esto es lo que hace de los populismos ideológicos con competencia para generar identidades colectivas profundas y poderosas.

Como hemos visto, la crisis económica y financiera genera una contradicción entre el ciudadano y el Estado. *El discurso populista interpela precisamente a este ciudadano que es víctima de las prácticas arbitrarias del Estado.* Los discursos populistas están cargados de llamados al pueblo guayaquileño para rescatar la ciudad de las garras de la burocracia.

Esta interpelación al ciudadano, al guayaquileño, no es una simple construcción artificial, sino que se funda en la identidad efectiva de la población como habitante de Guayaquil, como ciudadanos que realizan cotidianamente la experiencia de lo que es la empresa pública.

Si se quiere comprender la *realidad* de la oposición pueblo/Estado y la eficacia de la interpelación populista, es fundamental incorporar el análisis del concepto de institución como un orden convencional, que define privilegios y obligaciones sociales. El discurso populista interpela al habitante de Guayaquil como ciudadano, que exige del Estado el cumplimiento de sus deberes y compromisos.



Raúl Patiño, PSE

En efecto, el principio organizador de los discursos ideológicos del PSC, del PRE y del PSE, es el mismo: la interpelación al consumidor, al usuario, y al guayaquileño, sujetos estos que se encuentran enfrentados, por diversos motivos, al Estado.

Es importante advertir que las interpellaciones populistas, subsumen otros llamados, como es el

caso, por ejemplo, de las convocatorias de clase. Los mencionados discursos no interpelan a los habitantes de Guayaquil como sujetos que ocupan una posición en la estructura social de producción de la ciudad. No se apela al guayaquileño como obrero o empresario capitalistas. Igualmente, las demandas de la población respecto de los servicios públicos, no son demandas de clase.

Esto significa que las interpellaciones propias de los discursos populistas llevan a la constitución de sujetos socia-

les pluriclasistas, es decir, constituyen movimientos populares, cuyo sujeto es el pueblo.

Lo que venimos sosteniendo implica que, para comprender lo que es el populismo, es necesario hacerlo con las identidades no clasistas. Así como la identidad del obrero y el empresario se constituyen en y a partir de la empresa capitalista, las demás identidades no clasistas del sujeto se constituyen a partir de otras instituciones sociales, como la familia, la iglesia, el municipio, etc.

Esto revela que el individuo posee una pluralidad de identidades porque pertenece, al mismo tiempo, a diversos órdenes institucionales, con privilegios y obligaciones específicos en cada uno. Este conjunto de identidades e instituciones, aunque están vinculados entre sí, no pueden ser reducidos los unos a los otros.

Para volver al análisis de las interpelaciones del discurso populista en Guayaquil, el usuario y el consumidor se constituyen a partir de la estructura específica del mercado, *la cual no puede ser reducida a la estructura social de la producción. Lo mismo hay que decir de las estructuras municipales y estatales, lugar de constitución de la ciudadanía política.*

Como hemos dicho, actualmente las ideologías de los tres partidos mencionados están vertebradas en torno a la oposición pueblo/Estado. En el caso del PSC, la interpelación al ciudadano y a la iniciativa individual es lo que organiza el discurso neoliberal. En Guayaquil, el neoliberalismo es un populismo.

En el discurso del PSE en Guayaquil, Raúl Patiño es el defensor del usuario

y el consumidor, lo cual le ha permitido al partido abrirse hacia universos sociales muy amplios, que rebasan los límites de las estructuras de clase. Un ejemplo de esto es el Frente de Usuarios, que es una organización popular pero no una organización de clase.

En el mismo sentido debe ser interpretada la decisión del PRE, de privatizar algunos de los departamentos del Municipio de Guayaquil, como es el caso de Aseo de Calles, Alcantarillado y otros. Además, como veremos enseguida, la crítica de los servicios públicos no es más que una de las formas de interpelar al pueblo por oposición al Estado. El PRE ha desarrollado algunas otras.

Como señaló Laclau,² el discurso ideológico posee un principio organizador, a partir del cual es posible el análisis del mismo. La ideología posee unidad, pero ésta no proviene de la coherencia lógica del discurso, sino de la capacidad que tienen ciertas interpelaciones para evocar otras, es decir, de su función simbólica.

El siguiente texto muestra la forma en que se articulan entre sí interpelaciones locales y regionales; interpelaciones económicas con interpelaciones políticas, etc.

"(...) históricamente Guayaquil es caudillista, cuna de corazones independientes, de un individualismo marcado, de imaginación fecunda y de profesión trabajadora. Sus habitantes han vivido alejados si no de las altas esferas del gobierno, ciertamente sí de la burocracia dorada. Guayaquil es liberal y por

2 Laclau, E., *Ideología y política en la teoría marxista*, España S. XXI, 1978.

tanto mentalmente capitalista. Su ahorro está relacionado con el trabajo independiente; no forja militares, curas ni tampoco burócratas. Quito, en cambio, amigo de la entente, de la minga, tiene tinte socialista (...).³

Este texto merece todo un análisis. En este artículo sólo podemos destacar la estructura de interpelaciones que lo caracteriza. La importancia del texto radica en la capacidad que tiene para evocar todo un sistema de oposiciones, las cuales, en realidad, constituyen interpelaciones opositivas. El texto puede ser representado de la siguiente manera: Guayaquil vs Quito = individualista vs colectivista = trabajador vs burócrata = productivo vs improductivo = liberal vs intervencionista = capitalista vs socialista.

Se puede decir que el texto contiene la estructura de la ideología neoliberal en Guayaquil.

Se trata de un código connotativo, donde cada oposición evoca otra, de modo que, partiendo de la oposición Guayaquil/Quito, se busca una oposición ética, luego una oposición económica; después una oposición política, y finalmente, otra oposición económica.

Se trata de una cadena de asociaciones, cuyo fundamento no es necesariamente la consistencia lógica, sino el poder de condensación de ciertas unidades. Por ejemplo, no todos los individualistas son capitalistas. Esto debería ser obvio. Sin embargo, de esa determinación ética se infiere la mentalidad capitalista de todos los guayaquileños.

De la lectura del texto se puede con-

cluir que el neoliberalismo no interpela solamente a los capitalistas y a los liberales, sino a grupos sociales mucho más amplios: los guayaquileños, e incluso, los costeños, pues, en el texto, "Guayaquil" tiene connotaciones regionalistas.

El regionalismo también es característico de la prédica del PRE. El PSE no ha desarrollado interpelaciones regionales, aunque la lucha por Guayaquil asoma ya en el discurso socialista como la punta de un iceberg. Por supuesto, la estructura de la ideología socialista es diferente a la ideología socialcristiana. Decimos esto para no dar lugar a malos entendidos.

Pero el problema de fondo no es si es legítimo que un partido político desarrolle interpelaciones regionales, religiosas o de otro tipo.

Plantear así el problema es suponer equivocadamente que las unidades de un discurso pueden tener un significado determinado, tomadas independientemente las unas de las otras.

Esto no es así. Por ejemplo, el nacionalismo no es nada si se lo considera en sí mismo, fuera de la estructura del discurso. Lo mismo ocurre con las interpelaciones regionales u otras.

El nacionalismo, el regionalismo, el antiestatismo que desarrolla actualmente la población, no son ideologías de clase. Son ideologías populares, constituidas a partir de prácticas sociales que no pueden ser reducidas a relaciones sociales de clase.

Esto es lo que abre al menos la posibilidad de romper el monopolio ideológico de los populismos de derecha en

³ Raad, H., Del coloquio con O. Hurtado, diario "El Telégrafo".

Dos años de gobierno de Borja

LOS LIMITES DEL CONTINUISMO

Alberto Acosta

ECONOMIA

Los monopolios y los oligopolios emprenden moderados procesos de expansión ante una demanda afectada por las políticas restrictivas, con lo cual se producen índices reducidos de inversión y bajos niveles de productividad.

Así, la cuestión de la apropiación de los beneficios se resuelve con una mayor concentración de la riqueza, dentro de un esquema de mayor liberalidad y apertura, complementado y orientado con la activa intervención del Estado.

1. Un difícil punto de partida

El gobierno socialcristiano concluyó con enormes desórdenes económicos y grandes movimientos especulativos, con una administración entrampada entre la necesidad de revisar su manejo económico y el deseo de mantener un modelo con el que se había ofrecido la solución de los problemas del país.

A más de los crecientes problemas sociales y políticos que caracterizaron a ese régimen, la crisis, que se había iniciado en 1982, colapsó la economía, y el desorden se convirtió en el marco rector de las relaciones.

Entonces, cuando el clamor de los mismos sectores empresariales, muchos de ellos auspiciantes y benefi-

ciarios del régimen socialcristiano, se había convertido en una presión insostenible y mientras la población evidenciaba su disconformidad ante el deterioro del nivel de vida, el gobierno de León Febres Cordero, poco antes de concluir, comenzó a desmontar parte del paquete económico liberalizador en ciertas áreas demostrando, en la práctica, las limitaciones de esta política económica.

En conclusión, la crisis económica devino caos, en el cual sobresalía el desbocado gasto público, destinado a fortalecer la presencia política del socialcristianismo en algunas zonas del país, sobre todo en la provincia del Guayas. El proceso de concentración de la riqueza se agudizó. La miseria se extendió aun más. La corrupción

administrativa se había convertido en regla. El atropello y el irrespeto desde el Estado eran insistentes.

Para visualizar esta situación, se pueden destacar los siguientes indicadores: la desocupación abierta era de casi 14% (1982, 6%; 1984, 9,8%). Mientras que la subocupación superaba el 50 % de la población económicamente activa. La inflación se desbordó ese año. Luego de que alcanzó una variación anual de 29,5% en 1987, comenzó a subir aceleradamente: el primer trimestre de 1988 llegó a 36,2% y el segundo a 47,1% logrando, en agosto, una variación anual de 62.9%. Los salarios, a pesar de los sucesivos reajustes, habían caído en términos reales a los niveles más bajos de la década; la deuda externa, cuyo servicio a la banca privada había sido suspendido en enero de 1987, era superior a los 10,5 mil millones de dólares; la Reserva Monetaria Internacional (RMI) aparecía con un valor negativo de 320 millones de dólares.

En medio de este marcado desconcierto económico se inició, en agosto de 1988, la gestión de la socialdemocracia ecuatoriana, apoyada por un notable respaldo popular manifestado en las urnas, que le permitió cristalizar coincidentes mayorías en los tres poderes del Estado —ejecutivo, legislativo y jurisdiccional—, así como en la mayor parte de los gobiernos seccionales, a más de contar con una marcada expectativa favorable luego del desgobierno anterior.

Un criterio generalizado era que "el nuevo gobierno se encuadra en un proyecto eminentemente reformista, con los límites y alcances que esto pueda

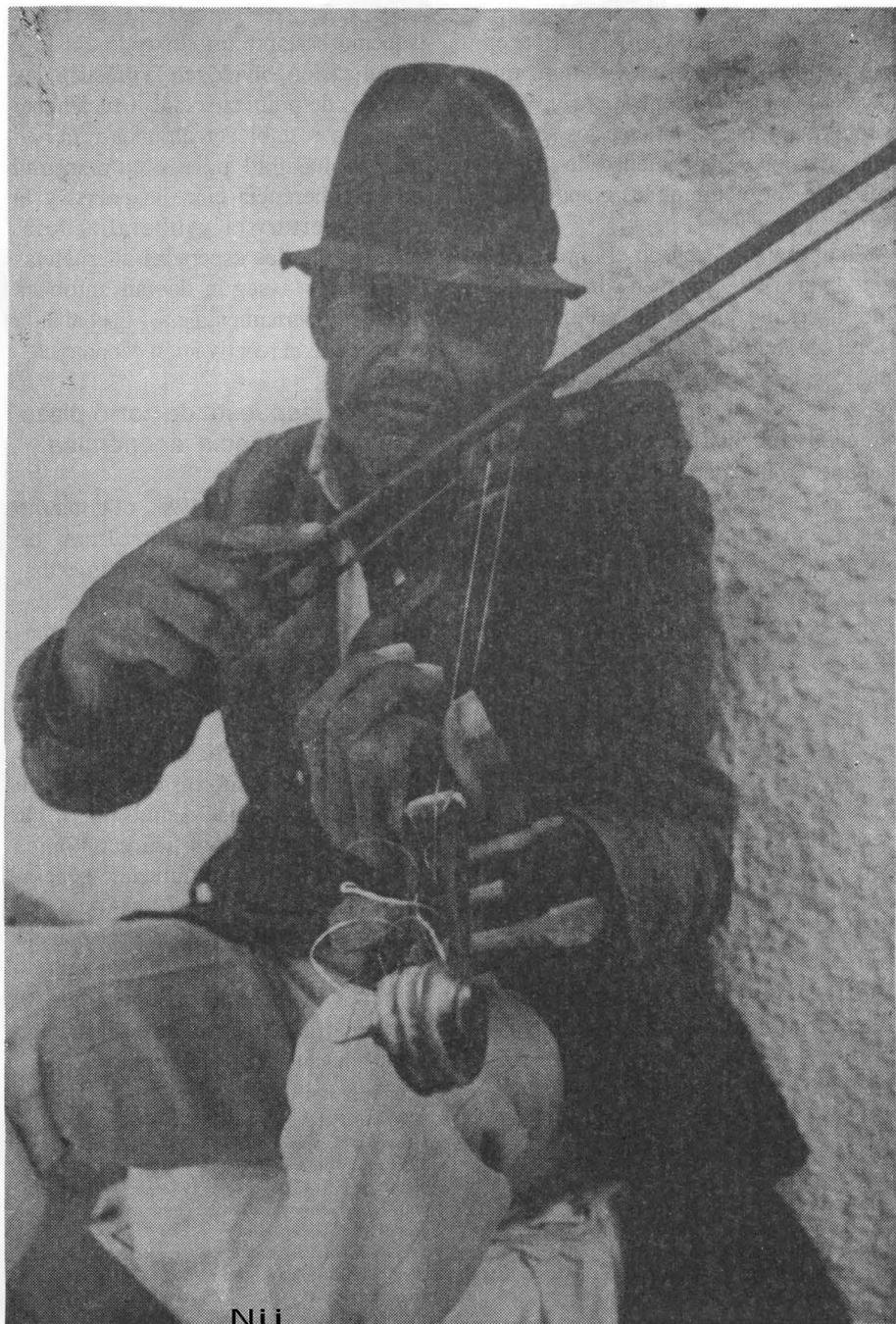
No se redistribuyó el peso de la crisis, como se esperaba... La pobreza afecta a los ecuatorianos (página contigua)

implicar".¹ Pero esta expectativa, que debió contribuir para el triunfo electoral de la Izquierda Democrática (ID) sobre el "populismo" —en una elección en que salió aventajado "el mal menor" para un grupo importante de electores—, empezó prontamente a desvanecerse.

El partido socialdemócrata buscó desde la primera hora ampliar su base política en una alianza con la Democracia Popular (DP), pero sin que estuviera en discusión el diseño y la aplicación de una política económica alternativa a la desarrollada desde 1982. Una política que, se creía, redistribuiría algo el peso de la crisis y ampliaría ciertos espacios democráticos. Esperanza que se originaba en los ofrecimientos de la prolongada campaña electoral de la ID, partido con el cual aun se creía posible la novedad y la audacia en el manejo de los principales problemas nacionales.

Pero, desde un principio, el equipo financiero y monetario del gobierno, dominado por personas vinculadas a los círculos del capital financiero, y que tuvieron una destacada actuación en regímenes anteriores, volvió a transitar por los senderos impuestos por las mismas políticas de ajuste de corte neolibe-

1. Ver Menéndez-Carrión, Amparo, *La democracia en el Ecuador: desafíos, dilemas y perspectivas*, documento de trabajo Nº 3, Flacso, Quito, 1988, pp. 17-27. Vale la pena reconocer que en el Plan Nacional de Desarrollo se incluyeron algunos planteamientos audaces y coincidentes con las expectativas reformistas.



ral. Un manejo que ratificó la concepción aperturista y liberalizadora que, por su esencia concentradora y excluyente, mantiene ausentes a los sectores mayoritarios de la sociedad de los procesos de definición de las grandes decisiones nacionales.²

En el Ecuador, pasado el impacto inicial de la crisis, comenzó a hacerse visible la orientación de las políticas económicas seguidas que, con diversos matices, han aceptado la vía transnacionalizadora de integración en el mercado mundial como la única posible, rechazando, de antemano, la potencial aplicación de otras estrategias que consideraran una forma programada y más soberana de reinserción en la economía internacional, y que utilizaran el potencial existente para un desarrollo autoconcentrado en diversas regiones del país.

2. La evolución de la política económica

Ante la gravedad de los problemas económicos, la respuesta del gobierno socialdemócrata se enrumbó con una estrategia definida de corto plazo, hacia la solución de los principales desequilibrios macroeconómicos. En el Plan de Emergencia Económica Nacional fue fácil identificar la orientación impuesta por su acercamiento a las conocidas condiciones de los organismos financieros multilaterales.

Este programa coyuntural, con un

2. En el gobierno socialdemócrata, al igual de lo sucedido en los dos gobiernos anteriores, el modelo neoliberal se ha aplicado dentro de limitaciones y expresiones propias del país, sin que se pudiera llegar a afirmar que este esquema haya sido instrumentado en una forma rigurosa en ningún caso.

esquema bastante ortodoxo de ajuste y estabilización, olvidó, en la práctica, los aspectos de política social. Únicamente se quería restablecer algunos criterios de racionalidad para alcanzar una mayor coherencia entre la praxis y la teoría aperturista y liberalizadora, mientras que las esperadas alternativas reformistas —según decían entonces voceros gubernamentales— quedaban a la espera de la reactivación económica.

2.1. Una respuesta de corto plazo ante la emergencia económica

El 30 de agosto de 1988, el gobierno expidió el mencionado Plan de Emergencia, con el "propósito inmediato de iniciar el proceso de enfrentamiento y corrección de los más urgentes desequilibrios económicos".³ A partir de entonces se estructuraron las medidas económicas, para recuperar "el ambiente y las condiciones de estabilidad que han existido históricamente en la economía nacional. Asimismo, (...) la credibilidad de la política económica ..."⁴ Se trató de una política de generalizada aplicación en casi toda América Latina, en la cual se destaca el manejo monetarista, destinado especialmente a contener la inflación, puesto que se sobrevaloró el efecto de la demanda como causante de dicho problema.⁵

3. Ver carta del presidente de la Junta Monetaria al presidente de la República: Registro Oficial, número 14, del 30 de agosto de 1988, pag. 2.

4. *Ibid.*, p. 3. El 13 de mayo de 1982, el presidente de la Junta Monetaria envió una carta de similar contenido al presidente de la República.

5. El Banco Mundial considera la reducción de la inflación como "un objetivo mínimo para el primer año de la recuperación económica". Ver Banco Mundial, Sumario ejecutivo del memorándum, 1988, p. 3.

En un análisis de las primeras medidas económicas adoptadas por el gobierno se puede ver la utilización de las mismas recetas anteriores, con el objetivo de conseguir los equilibrios señalados. Así, por ejemplo, se dispuso el incremento de los precios de los combustibles, la eliminación del subsidio al trigo, el mantenimiento de la flotación de las tasas de interés, la macrodevaluación y las minidevaluaciones —mecanismo que ya fuera utilizado durante el gobierno de Osvaldo Hurtado Larrea—, la política de austeridad fiscal y, en particular, la política monetaria y crediticia restrictiva. En esta oportunidad se produjo un cambio formal en cuanto al manejo de la economía, que había sido ya liberalizada en algunos rubros, mientras que el resto se movía de acuerdo a decisiones de las autoridades económicas, puesto que se volvió a la táctica gradualista, que no afecta en el fondo la estrategia aperturista y liberalizadora. Por lo tanto, hay que reconocer la existencia de un hilo conductor en las políticas iniciadas con la década del 80, a pesar del manejo económico desordenado y poco ortodoxo con que terminó el gobierno de Febres Cordero.

2.2. Negociaciones con los organismos multilaterales y renegociación de la deuda externa

Al iniciar su mandato el presidente Rodrigo Borja Cevallos, sobre la base de lo que habían sido las posiciones programáticas de su partido y sus propias declaraciones electorales, recono-

ció que "no se trata de que no queremos pagar la deuda, se trata de que no podemos hacerlo en las condiciones en que nos la quieren cobrar nuestros acreedores".⁶

Sin embargo, apenas se inició el gobierno empezaron las conversaciones con la banca internacional y, poco después, se resolvió refinanciar el pago de los intereses de la comisión de riesgo cambiario, ampliando de alguna manera los subsidios a los sectores privados que se endeudaron en el extranjero y que fueron beneficiarios de la "sucretización", que se inició en 1982—83, cuando la DP estaba en el poder. Aunque se tiene que reconocer que el gobierno no ha cedido a otras pretensiones de los beneficiarios de la "sucretización", y ha seguido con el cobrándola como estaba previsto. Por otro lado, ante las presiones inflacionarias reinantes, y frente al manejo poco regular que se había dado poco antes del cambio de gobierno, se suspendió el mecanismo de compra de cuentas especiales en divisas, que benefició masivamente al sector financiero y a una veintena de empresas nacionales y extranjeras.

En los primeros meses del gobierno, de hecho, se mantuvo la moratoria de la deuda con los bancos privados, producida por la incapacidad financiera del país. Y nunca se trató de impulsar algún planteamiento alternativo, puesto que aun antes de la transmisión del mando, en forma informal, ya se habían reiniciado las conversaciones con los acree-

6. Ver Borja, Rodrigo; "Mensaje de Paz y Unidad", 10 de agosto de 1988, Quito, pp. 30—32.

dores y los organismos financieros multilaterales, con miras a entregar una nueva "carta de intención" al FMI, para restablecer las relaciones con la banca acreedora.

Esta resolución se cristalizó a principios de 1989, cuando se informó sobre la intención de reiniciar el pago de los intereses de la deuda privada, de acuerdo "con las posibilidades, con los montos que le permite el programa de estabilización" y con "el afán de buscar soluciones consensuales con los acreedores", según declaró el presidente de la Junta Monetaria. El gobierno justificaba su decisión por la búsqueda de financiamiento externo para los primeros dos años de gestión, proveniente del Banco Mundial y del BID.

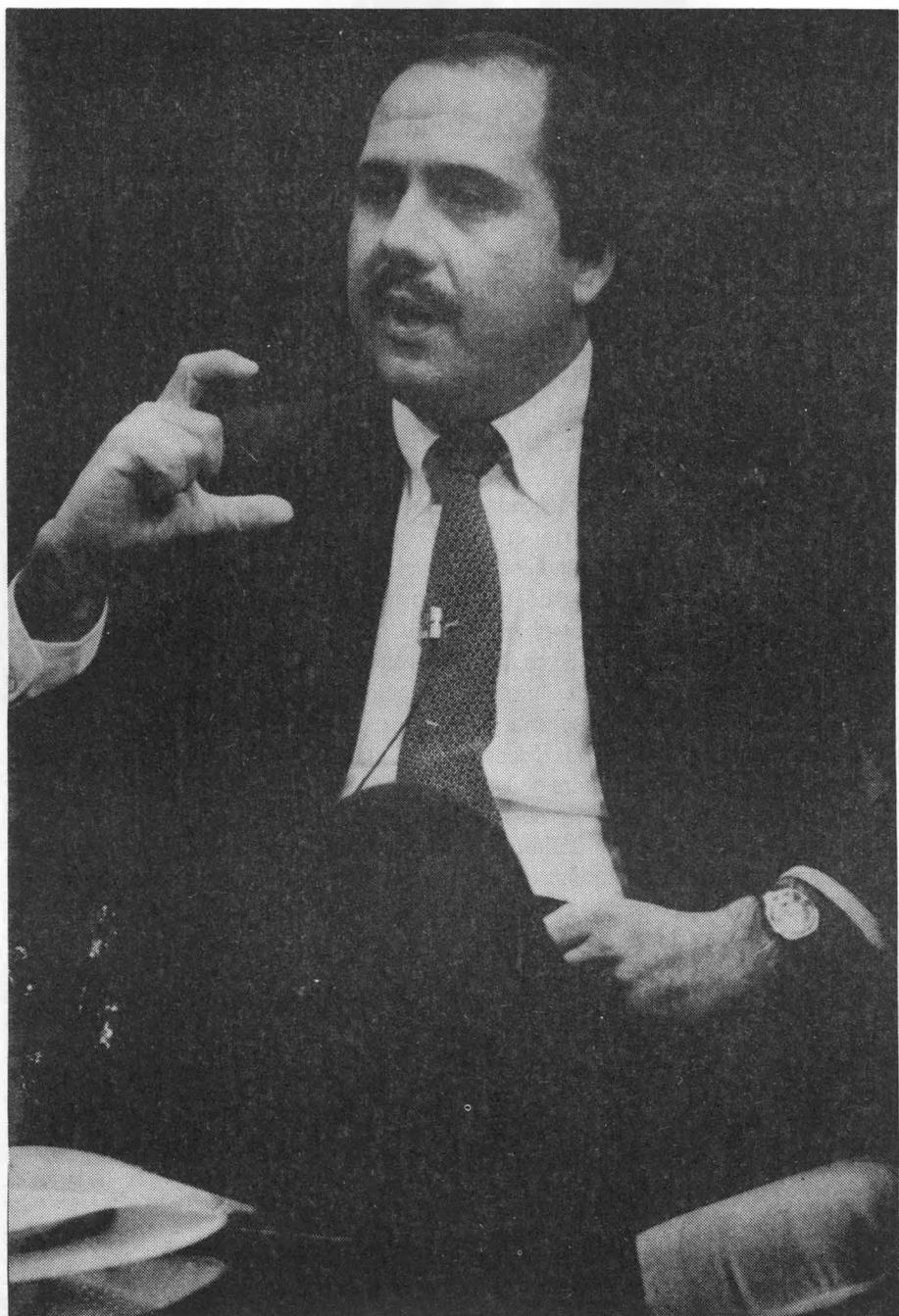
La resolución casi coincidió con la presentación del Plan Brady, en marzo de 1989, cuyos potenciales beneficios se han convertido en el objetivo del gobierno ecuatoriano, que facilitó la adopción de nuevas condicionalidades de política económica. La indicada "Carta de intención" fue presentada en agosto de 1989 al FMI, con la cual se fijó el curso de lo que sería el manejo económico hasta principios de 1991, el mismo que sería ratificado y profundizado con una nueva carta al mismo Fondo y una "Carta de Desarrollo" al Banco Mundial, enviadas a principios de 1990, las cuales consolidan la tendencia anterior, que se mantiene invariable, en términos generales, a pesar de los problemas surgidos en la renegociación de la deuda y, particularmente, luego de la incautación de 80 millones de dólares por parte del Citibank, en mayo de 1989.

Medidas económicas con las mismas recetas anteriores. Jorge Gallardo, ministro de Finanzas (página contigua)

El gobierno nacional, seguramente interesado en mantener el ambiente propicio para las conversaciones con los acreedores y por consideraciones de geopolítica, se contentó con protestas verbales que no han conseguido solución alguna frente a este atropello, que afectó a la RMI y que interfirió en el programa de pagos simbólicos de la deuda.

Una expresión adicional del alcance de la política económica fue esta primera "Carta de Intención" de la socialdemocracia ecuatoriana. En esta carta, con absoluta claridad, se señalaba la búsqueda del objetivo final: "dentro de la estrategia de mediano plazo, el gobierno impulsará más la integración de la economía ecuatoriana a la economía mundial". En esa oportunidad, a la carta no antecedieron ni siguieron paquetazos traumáticos como en otras ocasiones, puesto que el "stand by" se consiguió como reconocimiento a los esfuerzos de ajuste gradualmente realizados, que satisfacían en gran medida a los organismos internacionales.

En estas condiciones, a poco de terminar 1989, una misión del Banco Mundial entregó al gobierno una "Estrategia de Mediano Plazo-documento de discusión", en la cual, luego de señalar que "el programa de estabilización del Ecuador (está) entre los más exitosos de los programas recientemente implementados en América Latina", se recomendaba que "la política económica deberá cambiar su



enfoque hacia el mediano plazo e implementar un programa de ajuste sostenido", o sea propugnar una mayor apertura de la economía ecuatoriana. Requisito, para lograr "el crecimiento de las exportaciones o la reducción de la deuda", en el marco del Plan Brady.

Presentándolo como un espaldarazo a su estrategia económica, el gobierno difundió, en febrero de 1990 los detalles de su "Plan de Acción Económica" o "Carta de Desarrollo" enviada al Banco Mundial, así como los de la nueva "Carta de Intención" presentada al FMI.⁷

Con el gradualismo —enmarcado en un esquema de mayor experiencia, seriedad y profundidad que en la época de la DP (1981-84)— se buscó un mayor aperturismo y una mayor liberalidad económica. Además, a pesar de las reiteradas declaraciones de que la política económica era "soberana y autónoma", como afirmó varias veces el ministro de Finanzas, la lectura de las cartas mencionadas tiene semejanzas no sólo en su esencia, que es en definitiva lo que cuenta, sino en las extrañas coincidencias textuales de párrafos enteros con el "documento de discusión" que entregara la misión del Banco Mundial.

Toda la economía nacional apareció "recomendada" en dicho documento, cuya aceptación ha sido considerada como un requisito para abrir las puertas

7. En septiembre de 1986, el gobierno socialcristiano publicó hasta las entonces secretas "Cartas de Intención" del gobierno demócrata cristiano, que fue el que reinició los contactos con el FMI, en 1982. Los tres gobiernos, uno tras otro, sin mayores variaciones y con escasa imaginación, han tenido que renegociar la deuda externa dentro de esquemas tradicionales.

de la banca internacional a los renegociadores de la deuda externa ecuatoriana.

Para completar el cuadro, como resultado directo del contenido de estas cartas, el gobierno borjista pregonó que se había diseñado "la propuesta" para enfrentar el problema de la deuda externa: reducción de un 70 % de la deuda, baja de los intereses a un 2,5 % y el servicio de acuerdo a la capacidad de pago del país, que no debería exceder del 30 % de los intereses nominales a la banca privada.

Sin embargo, parece que la banca internacional tuvo otra opinión y, a pesar del cumplimiento de las recomendaciones realizadas por los organismos financieros, su contrapropuesta ha sido más bien la de establecer un acuerdo parcial y de tiempo limitado, para la solución del pago de los intereses atrasados, para luego iniciar una renegociación global en el marco de los acuerdos logrados dentro de lo que se conoce como Plan Brady.⁸

Hasta septiembre de 1990 no se ha concretado la ansiada renegociación de la deuda externa que, para los funcionarios gubernamentales, debería ser "un arreglo global y definitivo". El ingreso del país al círculo de los "beneficiarios"

8. Los bancos solicitaron que se cancelaran 139 millones de dólares de los intereses pendientes hasta julio de 1990, para luego proceder con abonos de 20 millones mensuales, de agosto de 1990 a mayo de 1991. Además, esperaban la transferencia trimestral del 50% de los ingresos generados por precios del petróleo que superaran los 16,50 dólares el barril. Pedían, también, la conversión de deuda por montos de hasta 150 millones de dólares. Como contrapartida ofrecían una reducción de los intereses en 1%, y autorizaban la recompra de la deuda al Estado ecuatoriano hasta por 700 millones de dólares.

del Plan Brady sería factible en la medida que el Ecuador esté dispuesto a ceder las presiones de los banqueros internacionales que quieren obtener parte significativa de los ingresos generados por los crecientes precios del petróleo, provocados por la nueva crisis del Golfo Árabe.⁹

De todas maneras, en medio de un proceso de renegociación que ha resultado mucho más largo de lo esperado, el gobierno socialdemócrata sigue cancelando por lo menos el 30 % de los intereses adeudados a la banca privada internacional, aunque sin su aceptación expresa. Mientras tanto que mantiene el servicio con los organismos internacionales y con los países acreedores, en el marco de las regulaciones del Club de París, aun cuando el saldo neto de los nuevos desembolsos y el servicio de estas deudas con los organismos multilaterales ha sido negativo para el país en estos últimos dos años.

Luego de la presentación de la "Iniciativa para las Américas", realizada por el presidente norteamericano en junio de 1990, que incluye una serie de planteamientos relacionados con una posible condonación de una parte de la deuda oficial a los países latinoamericanos, la búsqueda de un mercado común interamericano y el deseo de ampliar los flujos de inversiones extranjeras directas hacia la región, el presidente Borja fue el primer mandatario latinoamericano que se dirigió a Washington, en julio, a respaldar la propuesta norteamericana.

Allí enfocó el manejo de la deuda con los Estados Unidos en forma bilateral, así como algunos aspectos de este Plan Bush, buscando, fundamentalmente, un nuevo respaldo a su política económica.¹⁰

En consecuencia, en el Ecuador, al igual que en otros países latinoamericanos, se está creando, con el respectivo respaldo oficial, un ambiente de desbordado optimismo por parte de los grupos de poder económico.¹¹ Posición que contrasta con la frialdad y hasta oposición que ha sido recibida esta propuesta en algunos círculos de la sociedad norteamericana.

De lo anteriormente expresado se desprende que, el Plan Nacional de Desarrollo 1989-92, aprobado en 1989, sustentado en un lacerante diagnóstico de la situación socioeconómica que concluía en un planteamiento más de fondo, no fue más que un saludo a la bandera de los principios que defendía el partido gobernante durante la campaña. Mientras que la Junta Monetaria —donde se gesta el manejo monetarista de cortoplazo y gran parte de la apertura transnacionalizadora de largo plazo—, se mantiene como eje de la

10. El gobierno norteamericano se sumó al Banco Mundial, al FMI y al BID, en el respaldo a la política de ajuste ecuatoriana. Apoyo que, al igual de lo sucedido en el gobierno anterior, fue un espaldarazo para la estrategia propuesta, y así también fue utilizado por el régimen de Borja, cuyo ministro de Finanzas, además, fue designado presidente de la Asamblea Anual del FMI, en septiembre de 1990.

11. El canciller ecuatoriano, en un folletito promocional de su Ministerio, manifiesta que la iniciativa "representa un cambio significativo en la política exterior de los Estados Unidos y responde a un nuevo enfoque de las relaciones hemisféricas que, sin paternalismos y artificiales concepciones de ayuda, se basa en el interés mutuo y en la necesidad de adoptar acciones convergentes hacia objetivos comunes".

9. Ante estas pretensiones, el gobierno ha ofrecido —por lo pronto— destinar los recursos a actividades productivas y no aceptar los deseos de la banca extranjera.

política económica, relegando a la planificación de mediano y largo plazos a un segundo plano. Aunque esto, como se verá más adelante, no implica que no existiera un lineamiento bastante definido de cómo sería la integración del país a la economía mundial y cuáles serían sus resultados para el aparato productivo.

2.3. Políticas monetaria, crediticia y fiscal

Con la aprobación del Plan de Emergencia Económica, en agosto de 1988, se instrumentalizó una política restrictiva del crédito y una rigurosa programación de la emisión monetaria para regular el tipo de cambio, con el fin de garantizar una reducción de las importaciones, el restablecimiento de la RMI y la desaceleración de la inflación. Lo cual, ya entonces, se perfiló como difícil, si se consideran algunas de las mismas decisiones tomadas, que llevaban implícitos factores inflacionarios: el incremento de los precios de los combustibles, las minidevaluaciones ocasionales y las minidevaluaciones semanales, así como la eliminación del subsidio al trigo, por ejemplo. Frente a todo lo cual nuevamente fueron estragados los salarios.

Este programa de ajuste a corto plazo contemplaba, además, restricciones al gasto público, la elevación de las tasas de interés para estimular el ahorro interno y la generación de un superávit global del sector público en base a incrementos internos de los precios de los combustibles y una mejor recaudación tributaria, a más de reducciones del

Abelardo Pachano, presidente de la Junta Monetaria (página contigua)

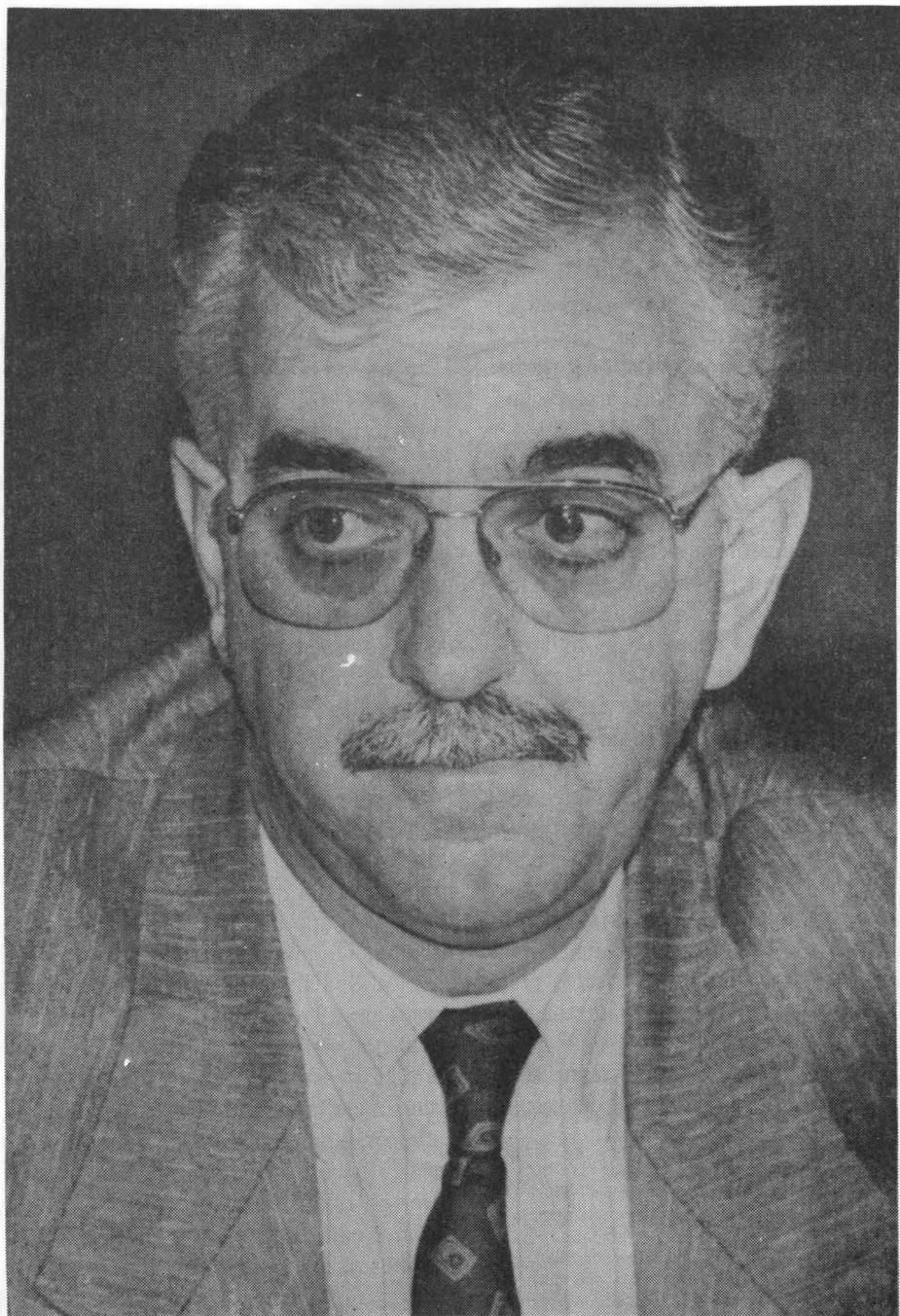
gasto estatal. Así, aplicando una combinación de restricciones y aumentos significativos en el crédito, la política monetaria y financiera, se ejecutó la política económica sin contrariar los principios básicos del FMI.

Se restringió el crédito al sector público no financiero y al sector privado, buscando disminuir la dependencia de la banca de los recursos del Banco Central, uno de los grupos más favorecidos en medio de la crisis y que, naturalmente, también sacó enormes utilidades en la época de auge del petróleo y del endeudamiento externo.

Cuando concluyó 1989, gracias al esfuerzo realizado, se había logrado una reducción sensible del déficit fiscal.¹² Tal déficit, un gran peso heredado por el gobierno de Borja, no permite concluir que todos los problemas hayan sido producto del anterior gobierno, puesto que el régimen socialdemócrata no solo cometió errores, sino que, por su ineficiencia, permitió que se diluyera la visión del desgobierno de Febres Cordero y se alzara el perfil propio del actual gradualismo neoliberal, con sus limitaciones y la incapacidad manifiesta para enfrentar el reto del subdesarrollo.¹³

12. Desde 5,1%, a fines de 1988, a 2,2% en 1989. Al finalizar 1987, el déficit fiscal era de 9,6%, explicable por los efectos del terremoto.

13. No existe una contradicción de fondo entre el gradualismo o el "shock", puesto que estos elementos son apenas maneras diferentes para realizar el ajuste neoliberal, sin que se alteren los objetivos finales.



FLACSO - Biblioteca

La aplicación de una notable austeridad fiscal —al menos hasta fines de 1989— para reducir el déficit presupuestario y para controlar la inflación, así como para moderar las distorsiones cambiarias, se sustentó en una mejora de las recaudaciones fiscales, en un cierre de los créditos del Banco Central al fisco y en una reducción de los mismos al sector productivo. Así como en el incremento el precio de los combustibles: primero en la ya tradicional forma brusca, para luego dar paso a graduales alzas mensuales desde julio de 1989.¹⁴

Este esquema fiscal que desde febrero de 1990 se mantuvo con enorme rigidez hasta fines de 1989, se debilitó cuando la emisión monetaria empezó a igualar al ritmo de crecimiento de los precios. Por lo que, para la segunda mitad de 1990, a causa de la caída de los precios del petróleo en el segundo semestre del año y de los crecientes desbalances fiscales, se redujo sensiblemente el Presupuesto General del Estado¹⁵ y los presupuestos de otros entes estatales. Tendencia que explica el nuevo recorte en septiembre, cuando el país ya había logrado recuperar las pérdidas acumuladas en los meses precedentes y está recibiendo sumas adicionales por el incremento de los precios del crudo en el mercado internacional.

Esto ratifica la tendencia restrictiva que se impuso a la economía nacional.

14. El reajuste gradual de los precios de los combustibles terminó, por lo pronto, en septiembre de 1990, puesto que además se tienen las presiones del Congreso en este sentido.

15. En 1990 se alcanzó un presupuesto en términos nominales de 1.167 mil millones de sucres, que equivalen a un aumento nominal de 44% anual.

El gobierno ha aplicado una política de concesión de créditos considerada por el propio Banco Central como de "extrema austeridad", en línea con el control monetario restrictivo para tratar de frenar el ritmo inflacionario.

Si se analiza esta situación crediticia por sectores, se aprecia una evolución diferenciada en beneficio del sector privado y en detrimento del público. Además, el Banco Nacional de Fomento ha disminuido sus créditos en términos nominales, o sea que el impacto real es mucho mayor. Los bancos privados sólo en términos nominales han recibido una mayor cantidad de recursos. De cualquier manera, lo que está claro es que el flujo de recursos crediticios ha disminuido apreciablemente en términos reales, como parte de una política de "shock". Y cuando se conocieron los desbalances monetarios a mediados del año 1990, la Junta Monetaria cerró aún más el flujo de créditos al sector productivo privado.

En este sentido vale destacar la situación financiera del Estado que busca con su política de austeridad y de modernización del sistema financiero e impositivo una mejoría en términos de procurar un equilibrio entre ingresos y egresos. Sin embargo, para los primeros meses de 1990, se registró un déficit fiscal que será superado con los recortes presupuestarios y con los crecientes recursos de las exportaciones de hidrocarburos a partir de agosto. Es preciso señalar que este déficit contrasta con las cifras obtenidas en el año 1989, cuando durante casi todo el tiempo, excepto tres meses, se consiguió un superávit.

Preocupa, sin embargo, que este

desfase se haya producido dentro de la actual política económica, sin que haya experimentado un cambio sustancial en su orientación de austeridad y control crediticio y monetario. Un elemento que pesa notablemente en esta situación es el incremento de los egresos por concepto de la deuda externa, a pesar de que se han realizado apenas unos pagos simbólicos, que representan un 30 % de los intereses reales.¹⁶

No se puede olvidar que, además, la capacidad recaudadora del Estado registró un incremento apreciable por las reformas al sistema tributario aprobadas en el transcurso del año pasado. Esta tendencia a reducir los egresos y aumentar los ingresos explica el superávit en el Presupuesto General del Estado durante 1989, como producto de una política fiscal de gran disciplina.

2.3. Políticas de precios y salarios

El gobierno socialdemócrata se inició con un grave problema inflacionario que no había sido sentido anteriormente, salvo en un corto período entre 1982 y 1983, cuando a raíz de las inundaciones se produjo una acelerada alza de los precios, particularmente de los productos agrícolas. Por lo tanto, el esfuerzo fundamental apuntó a la solución de dicha dificultad.

Sin embargo, las autoridades sólo centraron su atención en el manejo fis-

cal y monetario, que, como se vio, fueron y son todavía los pilares de la política económica. Este esquema restrictivo encontró un elemento contradictorio en la política de "sinceración de la economía" o de precios "reales", que apuntó, paulatinamente, a una liberalización de los precios, a más de la eliminación de los subsidios de productos de consumo popular y las alzas de otros precios y tarifas de bienes y servicios indispensables para la producción.¹⁷ En la práctica, la propia política económica ahondó la recesión y, en particular, las medidas que buscaban establecer estos precios "reales" hicieron que la inflación se mantuviera bastante reacia al masaje monetarista. En la práctica casi se dejaron algunos bienes y servicios de la economía: gasolina, dólar, tasas de interés, aceites, mantecas, gaseosas, pan, electricidad, transporte, teléfono, etc.

En estas circunstancias, la inflación continuó su marcha ascendente hasta acercarse a casi el 100% en marzo de 1989 —con más de 125% para los alimentos—, el nivel más alto de la historia republicana. Hasta que, a partir de ese mes, se logró revertir la tendencia alcista de los precios, al reducir el ritmo inflacionario de 85,7% (diciembre de 1988), hasta 54,2% (diciembre de 1989).

Hay que destacar que, no obstante, el notable descenso conseguido, a pesar de algunas variaciones mensuales alcistas que no alteraron la tendencia que se

16. En los dos primeros meses del año se destinaron 61,4 mil millones de sucres para el servicio de la deuda, mientras en el mismo período de 1989 se utilizaron apenas 19,2 mil millones de sucres, cifra similar a la de 1988.

17. El problema se agudiza si se considera que los recursos recaudados por los precios de los combustibles, por ejemplo, no sirven para impulsar el aparato productivo, sino para servir la deuda externa o para gastos burocráticos.

mantuvo hasta marzo de 1990, se opacó este logro por no haberse cumplido los ofrecimientos gubernamentales de disminuir la inflación al 30 % en un año.

La inflación subió otra vez en abril de 1990, para luego mantener un curso errático, demostrando las debilidades existentes en la política de estabilización aplicada para tratar de controlar la inflación.¹⁸

A pesar de haber cumplido con los cometidos monetarios y fiscales, la inflación se incrementó nuevamente, debido, además, a factores inmersos en la propia política económica de ajustes gradualistas, que afecta a casi todos los precios de la economía. Así, por ejemplo, continuaron hasta septiembre los reajustes mensuales programados de los precios de los combustibles —aunque con una ligera desaleración en relación con los incrementos mensuales de 1989—, que siguen siendo un elemento determinante para el nivel general de precios, aunque ya han perdido gran parte de su explosividad política y aun su sobrecarga psicológica en la sociedad. Además, el gradualismo incluye el alza también programada del tipo de cambio del dólar, que constituye otro factor que apunta a mantener las expectativas inflacionarias, aunque en un marco de aparente estabilidad y control. Igualmente se pueden mencionar los precios y tarifas de múltiples servicios y bienes públicos, particularmente la electricidad, y, por supuesto, la tasa de interés, que sigue su marcha ascendente. Estos reajustes están motivados, en

su mayoría también, por las condicionales de política económica asumidas por el gobierno nacional.

Pero, según simulaciones realizadas por el propio Banco Central, se observa que la inflación hasta el fin del año no podrá ser controlada de ninguna manera en el 25%, como otra vez ofreció el gobierno.¹⁹

Todos estos problemas inflacionarios tienen, a partir de agosto de 1990, dos nuevos elementos para ser considerados: por un lado, la presión de la oposición en el Congreso para obtener réditos electorales por la vía de la congelación de los precios; y, por otro, los mayores recursos generados por el petróleo, que, de no ser adecuadamente canalizados, se podrían convertir en un nuevo factor inflacionario.

Sin embargo, parece ser que este tratamiento monetarista se acerca a un límite, a pesar de que las autoridades monetarias no lo hayan aceptado todavía. Sobre todo por el marcado componente inercial existente en el actual fenómeno inflacionario, por el cual muchos agentes económicos establecen sus precios en función de las expectativas —exacerbadas por los propios reajustes graduales—, casi siempre mucho más altos que las variaciones reales de costos y precios.

A más de los efectos monetarios y fiscales, así como de la incidencia psicológica de los inútiles y confusos ofrecimientos gubernamentales, se acumula el efecto de la pugna distributiva, que desde 1982 se resuelve en detrimento

18. La inflación anual en agosto fue de 48,87%, y en septiembre de 46,95%, y el incremento mensual de 1,6 % y 3,47 % respectivamente.

19. La inflación acumulada en los primeros nueve meses del año es de casi 30%.

de los trabajadores y empleados, que han cargado, planificadamente, con el peso de la crisis.

Hasta ahora, los reajustes salariales, que se producen con preocupante retardo, han dado lugar a que, por esa inercia existente, los sectores empresariales se hayan anticipado a dichos cambios.

En este punto conviene destacar, también, el esfuerzo realizado para impulsar una mayor liberalización de los precios en general, reduciendo el número de productos que tenían una regulación oficial en la fijación de su valoración en el mercado, aunque sin alcanzar una liberalización abierta, sino un estado que podría ser considerado como previo, llamado de "precios administrados"²⁰ pero que, en la práctica, no han impedido reajustes cada vez más acelerados y ya casi sin control por parte del gobierno.

A más de todos estos factores inflacionarios, se debe considerar la carencia de políticas productivas específicas, puesto que las fuertes presiones sobre la demanda agregada no han tenido un respaldo del lado de la oferta. Este es uno de los problemas más notorios y más reclamados por algunos sectores. Faltan lineamientos claros y detallados en el campo agrícola e industrial, frente a vigorosas políticas monetarias y fiscales de corte restrictivo. A esto se suma la ausencia de políticas de comercialización y distribución, salvo los esfuer-

20. Al respecto se creó una enorme confusión, puesto que no se aclaró cómo funcionaría este sistema que autoriza alzas de hasta el 80% de la inflación sin permiso alguno, y solo con una notificación a las autoridades correspondientes. En la realidad casi está actuando un esquema de flotación libre.

Los reajustes salariales se han producido con preocupante retardo (página siguiente).

zos aislados de las ferias libres.

El gobierno ha buscado una "concertación nacional" con miras a conseguir un respaldo activo por parte de las politizadas Cámaras de la Producción y el apoyo pasivo de los grupos populares y laborales organizados, que debía ser, según la interpretación gubernamental, el mecanismo para enfrentar en forma amplia los embates de la crisis económica. Esta propuesta fracasó no tanto por las contradicciones entre los grupos sociales invitados a dicha "concertación", o por la falta de comprensión, como se quejó el gobierno, sino porque era una convocatoria que excluía, de entrada, la posibilidad de discutir los objetivos y los lineamientos de la política económica impuesta desde arriba. El gobierno simplemente presentó su estrategia de ajuste y buscó el apoyo irrestricto a la misma, con lo cual, a la postre, desvirtuó la oportunidad real de impulsar una verdadera concertación.

Cierto es que, luego, el gobierno logró impulsar una serie de conversaciones dentro de un plan de "concertación nacional", pero ya sin la participación de la cúpula sindical, que por razones supuestamente de política electoral no aceptó la invitación presidencial.

En este punto tampoco se puede olvidar que el gobierno socialdemócrata también intervino con una dura crítica contra los grupos sindicales organizados, en particular contra los sindicatos dentro del Estado, planteamiento que,



no obstante, todavía no ha sido cristalizado con medidas concretas que limiten su accionar, como era su ofrecimiento.

En este contexto, es preciso señalar que los sueldos y los salarios se deterioraron en un 14,2% en 1989, tendencia que ha continuado en 1990, con lo cual se mantiene durante los primeros dos años del gobierno de la ID una peligrosa proyección que agrava aun más las condiciones de vida de empleados y trabajadores, así como de otros sectores importantes de la sociedad.

En lo que va del año 1990 no se ha producido un ajuste del salario mínimo vital, sino exclusivamente uno del llamado décimo quinto sueldo que, por las características especulativas de la economía, contribuirá a exacerbar el fenómeno inflacionario antes que a garantizar una recuperación del poder adquisitivo.²¹

En este sentido, se observa que no existe de parte del gobierno una política salarial activa que, por lo menos, reponga el deterioro del poder adquisitivo de las remuneraciones de los trabajadores y tampoco se ha hecho nada concreto para moderar el caos salarial existente que motivó, cuando se inició el régimen, una serie de declaraciones oficiales que denunciaban la necesidad de racionalizarlo.

Es importante señalar que, durante el presente gobierno, se consiguió que el Congreso Nacional delegara al

21. Se incrementó de 10 mil a 50 mil sucres, escalonadamente a partir de junio. Esta decisión se explica por el deseo gubernamental de reducir el impacto en el sector público, puesto que un incremento de 5 mil 700 sucres mensuales, que es el equivalente del alza de ese sobre sueldo a 50 mil, habría representado un egreso mayor para el fisco.

Ejecutivo las facultades de conducir totalmente la política salarial, como parte de la política económica global. Por lo tanto, la falta de ajustes que impidan un mayor deterioro del poder adquisitivo, explica la reacción política de la población que ha demostrado un marcado rechazo a este manejo económico.

La imagen de este gobierno, que está tratando de reformular y modernizar las relaciones de algunos sectores del sistema económico, no logra despertar la credibilidad necesaria para impulsar la reactivación de la economía y tampoco encuentra el respaldo social necesario de los sectores que son beneficiarios de esta estrategia transnacionalizadora para realizar el ajuste propuesto.

Además, éste se ha convertido en una continuación apenas modificada de los anteriores ajustes, que no consideraron tampoco al factor de la equidad como uno de los elementos fundamentales para superar la crisis e impulsar el crecimiento.

2.4. Políticas cambiarla y de comercio exterior

En agosto de 1988 se produjo una reincuatación de casi todas las divisas y se retornó a las minidevaluaciones, que fueron ajustadas varias veces en el transcurso de estos dos años, cuando debió ser elevado el piso de la cotización cambiaria para mantener un tipo de cambio "real".

Superadas las principales dificultades existentes, heredadas en gran parte, poco a poco el gobierno eliminó los

importaciones que fueron impuestos inicialmente, procurando establecer una mayor liberalidad comercial con el exterior que desembocaría en la reforma arancelaria, cuya concepción lleva implícita una profundización del proyecto de desarrollo "hacia afuera".

Como resultado de las medidas aplicadas, la RMI registró un comportamiento positivo hasta octubre de 1989, para volver a caer en noviembre de 1989, cuando alcanzó otra vez niveles negativos, pero que pudieron ser superados.

Es más, en marzo de 1990 se repitió el nivel alcanzado en diciembre pasado, de 203 millones de dólares, uno de los más altos de los diez años anteriores. El deterioro de la RMI se debió a la caída de las exportaciones que, a partir de abril de 1990, presentaron un valor decreciente hasta agosto, en que volvieron a incrementarse con los crecientes precios del crudo.²² Con la recuperación de los precios del petróleo, la RMI ha comenzado a subir y se puede anticipar que se logrará la meta de un incremento adicional en 100 millones de dólares prevista por el gobierno a inicios de 1990.

Es importante destacar la significación que tiene el precio del petróleo para la economía ecuatoriana, en particular si se considera que el Presupuesto General del Estado fue elaborado con un precio de 16,25 dólares por barril y el petróleo representa un 48 % de los ingresos fiscales.

22. También vale la pena señalar que sin la incautación arbitraria de los 80 millones de dólares por parte del Citibank, en mayo de 1989, la RMI podría haber tenido un valor más alto.

Un punto que merece destacarse es la posibilidad de que en el año 1990 se logre un excepcional resultado en cuanto a exportaciones de banano, que podrían llegar a un nivel sin precedentes de casi 2 millones de toneladas, por una mayor apertura del mercado de la Comunidad Europea y un significativo incremento de la demanda de los países de Europa del este.

Pero gran parte de las exportaciones no petroleras se encuentran estancadas en términos de valoración y aun con una tendencia decreciente: camarón, cacao y café, especialmente; salvo una ligera recuperación de las ventas externas de los otros productos del mar.

Es interesante anotar que las exportaciones no petroleras, sin embargo, han crecido en volumen, pero con precios debilitados y, como siempre, sujetos a los vaivenes del mercado internacional.²³

En lo que tiene que ver con la política cambiaria, que sigue siendo el pilar más importante para el fomento de las exportaciones, es preciso señalar que se mantiene el sistema de las minidevaluaciones programadas, con el cual se logró sostener el tipo de cambio de intervención cercano al tipo de cambio del mercado libre. Pero el comportamiento del dólar, que superó sus fluctuaciones caóticas de los últimos meses del febrescorderato, en los meses de abril a julio de 1990 experimentó una variación de lo que había sido anteriormente el margen de diferencia, en la

23. Hasta junio de 1990 el volumen de las exportaciones aumentó en un 35%, y en un 19% en 1989, esfuerzo inútil por la caída de los precios ocasionada con la sobreoferta de estos productos en el mercado internacional.

medida que el dólar del mercado libre se distanció notablemente de los niveles del dólar de intervención, con el cual mantenía una diferencia que no había superado del 5% desde agosto de 1988.

El alza de la cotización del dólar, experimentada hasta agosto de 1990, se puede explicar por la creciente pérdida de credibilidad en la política económica, agudizada por la caída de los precios del crudo hasta julio y por la incertidumbre ocasionada en medio del proceso electoral de junio de 1990, que obligó a que la Junta Monetaria adoptase nuevas resoluciones restrictivas para frenar la escalada del tipo de cambio, imponiendo, entre otras, limitaciones en el flujo de los cheques emitidos fuera de las ciudades de origen.

Sin embargo, con los mayores ingresos petroleros y también, en cierta medida, con el flujo sostenido de narcodólares se ha producido una sobreoferta de divisas que han presionado su cotización hacia la baja, a partir de septiembre de 1990.²⁴

2.5. Políticas de producción y empleo

A pesar de todas las expectativas creadas, la economía ecuatoriana solo logró una evolución relativamente satisfactoria en 1989. Ésta, de conformidad con cifras provisionales del Banco Central, dadas a conocer al finalizar el mes de junio de 1990, registró un crecimiento de apenas 0,2 % durante el año anterior, situación que representa un

estancamiento económico y no la esperada reactivación de la economía que tanto se había anunciado, sobre todo si se considera que el incremento de la población es del orden del 2,8%.

El Producto Interno Bruto (PIB) no petrolero creció al 1,4%, mientras que el sector petrolero experimentó una caída notable de -7,2% en relación con 1988, caída que por el peso del sector ocasionó una seria disminución en el ritmo económico general.

El nivel de la producción de petróleo equivale al segundo más bajo alcanzado desde 1985, sin contar los montos de 1987 cuando, a raíz de los efectos del sismo de marzo, se interrumpió el flujo normal del crudo.

Igualmente la industria manufacturera, que se había recuperado en los dos años anteriores, decreció en -3,8%. Mientras que el sector de la construcción disminuyó en -1,2% —segundo año de caída consecutiva—, luego de que en 1988 esta actividad se redujo en -9,3%.

Los otros sectores básicos de la economía se recuperaron en 3,0%: agricultura, caza, silvicultura y pesca, sector que sigue creciendo sostenidamente desde 1984, aunque con una tasa inferior a las de los otros años. De la misma manera el sector de los servicios, que no ha registrado variaciones negativas desde 1984, aumentó en 2,1%. Esta evolución de los servicios demuestra un fenómeno propio de épocas recesivas, en las cuales se produce una terciarización (informalización) de la economía, en tanto es el sector que adquiere un mayor dinamismo por su capacidad de

24. Según la revista "Newsweek", en el Ecuador se habrían lavado narcodólares por un monto de 400 millones de dólares en 1989.

encuentra ubicación en los otros sectores de la economía. Mientras que el correspondiente a "otros" fue el que acusó una alza de 16,4%.

Como ya se manifestó, uno de los principales problemas de la política económica es la ausencia de políticas específicas en el sector productivo.

Con la reciente recuperación de los precios del crudo, se puede anticipar que a lo mejor el incremento de la economía superará el 1% con relación al PIB y que se podría impulsar un moderado proceso de reactivación, pero sin descuidar el peso que significará el pobre resultado obtenido en el primer semestre de 1990, cuando la economía habría decrecido.

La situación en el agro, afectado por condiciones climáticas adversas y por el limitado dinamismo de la producción, ha llegado a un estado de tanta contradicción que, por ejemplo, en lo que tiene que ver con la política de producción y abastecimiento de arroz —uno de los productos básicos para el consumo popular— no se ha logrado establecer una pauta que permitiera orientar las actividades y asignar correctamente los recursos disponibles.

Así, hasta el mes de marzo de 1990 la discusión se había centrado en la necesidad de adoptar una resolución sobre la conveniencia y los montos adecuados para una importación de arroz que, luego de que fuera aprobada, no ha impedido que, a las pocas semanas, se presentara una solicitud de los productores para que se les autorizara la exportación de la gramínea frente a la sobre oferta que ha hecho caer el precio del arroz en el mercado interno. De

esta manera, se consiguió que las importaciones satisficieran las necesidades, pero se descuidó el impacto que iría a tener la sobreoferta sobre el lado de la producción, que se encuentra nuevamente sin incentivos que le orienten en un plazo prudencial.

En el sector agrícola de la Sierra, particularmente el controlado por los terratenientes, la situación podría empeorarse, en la medida que el levantamiento indígena de junio de 1990 ha creado un ambiente de incertidumbre que limitará la realización de nuevas inversiones por parte de los grandes propietarios, que amenazan con una reducción de las actividades agropecuarias en algunas zonas y que, lejos de considerar la realidad del problema y validez de los reclamos para dialogar en busca de una solución, han resuelto armarse para enfrentar a los indígenas.

El sector industrial —las industrias grandes, medianas y pequeñas, así como la artesanía— también tiene un funcionamiento muy limitado, caracterizado por la falta de iniciativas y programas coherentes, sin recursos financieros y carente de una perspectiva nacional de industrialización.

El hecho que el Ministerio de Finanzas sea el que haya tomado la iniciativa para impulsar la reforma al sistema de aranceles obedece a varios factores. En primer lugar, no hay duda que el esquema arancelario, vigente anteriormente, era obsoleto e indefendible. Con dicha maraña arancelaria se había constituido simplemente un mecanismo para premiar la ineficiencia, al tiempo de ser una fuente de distorsiones y de corrupción casi institucionalizada. Era

el resultado de las cambiantes políticas y de la sucesión de múltiples ministros, gestados por las diversas correlaciones de fuerza y de los compadrazgos de toda índole. En segundo término está la falta de políticas de producción específicas, en particular en el campo industrial y agrícola, sin olvidar el sector de la construcción. Esta situación se manifiesta en una carencia de iniciativas propias que señalen el camino que debería seguir la industria nacional y, en general, el aparato productivo.²⁵

Adicionalmente, lo que importa es la concepción de política económica que lleva implícita la reforma, que supera ampliamente la simple búsqueda de una racionalización del sistema de aranceles en términos fiscales. Con esta nueva estructura se quiere sentar las bases para garantizar un aperturismo mucho mayor de la economía nacional, con el fin de lograr su profunda reinserción en el mercado mundial. Una mayor participación e integración en la economía mundial a secas, es algo que se ha convertido en la receta fondomonetarista para superar la crisis.

Entonces queda claro que con la actual reforma lo que se quiere es limitar la protección efectiva, sin inducir ventajas comparativas dinámicas para desarrollar el aparato productivo ecuatoriano, y tampoco se ajusta a un mode-

lo de desarrollo nacional integral, que tenga en mente una ampliación del mercado interno y los planteamientos que consideran a una mayor equidad como uno de sus elementos de desarrollo productivo. Lo único que se hace es crear las condiciones para que la economía compita casi inmediatamente, y sin protección, en el mercado mundial, con la convicción de que ésta reaccionará de manera espontánea y satisfactoria ante el reto planteado.

Adicionalmente, en el Ecuador, al igual que en el resto de América Latina, uno de los elementos de las políticas de ajuste ha sido el fomento a las inversiones extranjeras directas, a las cuales se desea otorgar un papel preponderante en la producción, especialmente de la orientada a las exportaciones. Los tres últimos gobiernos han liberalizado el tratamiento a la inversión extranjera, de la cual se sigue esperando un aporte significativo para el financiamiento de la economía.

A pesar de los esfuerzos desplegados y del apoyo político dado al capital externo, que llegó incluso a la crítica abierta a cualquier otra posición tercermundista e integracionista durante el gobierno socialcristiano, las inversiones extranjeras no han llegado al Ecuador en estos años. Los montos se mantienen en los niveles anteriores con escasas variaciones, y aun con descensos notables en términos de capital fresco. Las dificultades económicas y el tamaño limitado del mercado interno pesan mucho más que las buenas intenciones de los gobiernos. Esta tendencia coincide con la que se inició en América

25. Por otro lado, la inoperancia manifiesta de los otros secretarios de Estado, responsables de delinear las políticas para el funcionamiento del aparato productivo, hace que la incidencia de la política fiscal —complementaria de la matriz monetarista que domina el escenario económico— cobre mayor vigencia y se proyecte con mayor aliento. Aquí también se puede mencionar a la reforma tributaria y al proyecto para establecer un mercado de valores.

ta, cuando empezó un proceso de expulsión de la región de los flujos comerciales y financieros a nivel mundial.

Además, la expedición de la ley que contempla el esquema de producción de la maquila y los mecanismos de trabajo compartido, no sólo que busca flexibilizar el sistema laboral y mejorar las posibilidades de generación de empleo, sino que, conjuntamente con el establecimiento de zonas francas, crean nuevos atractivos para los inversionistas extranjeros y para propiciar la repatriación de capitales, produciendo una mayor reducción de los costos de la mano de obra.

Todo este cuadro económico descrito desemboca en un sostenida recesión y en agudizamiento de uno de los problemas más críticos de la economía ecuatoriana: el creciente desempleo y subempleo.

Las políticas restrictivas, que consecuentemente se aplican, han agudizado aun más la situación registrada en 1988, en tanto el desempleo sigue creciendo al 1% anual: esto querría decir que en agosto de 1990 el desempleo alcanzaría un 16% de la población económicamente activa.

En este gobierno ha estado presente el problema social, aunque más a nivel de discurso que de una política estructural que realmente pretenda cambiar la repartición del peso de la crisis. Los esfuerzos en el campo social, integrados en la propuesta de "pago de la deuda social",²⁶ compuesta de algunas

políticas aisladas y poco integradas, como la de generación de empleo emergente,²⁷ o las ferias libres, o la conversión de deuda para fines sociales, o los créditos para los "microempresarios", no alcanzan a afectar el meollo del asunto: la aplicación de las conocidas políticas económicas desde agosto de 1988 garantizan programadamente el incremento de las tasas de utilidad del capital, en base a mayores índices de explotación de la mano de obra.

Estos márgenes mayores de ganancia, que se producen en épocas de crisis, son posibles por la estructura monopólica y oligopólica de la economía, que reacciona a través de prácticas defensivas de sus utilidades, reduciendo los salarios e incrementando el desempleo. Con ello, un incremento de la renta del capital es viable por la reducción de la participación de la renta del salario en el ingreso nacional. Efecto que se garantiza también en medio de un proceso inflacionario, que permite a los empresarios mantener y aun aumentar sus ingresos vendiendo una menor cantidad de bienes y servicios a precios más elevados.

En estas condiciones, los monopolios y los oligopolios emprenden moderados procesos de expansión de su capacidad productiva ante una demanda afectada por las políticas restrictivas, con lo cual se producen índices reducidos de inversión y bajos niveles de productividad.

los más difíciles de toda la década para la mayoría de ecuatorianos.

27. Este programa, tan promocionado electoralmente, no superó el nivel de una docena de proyectos pilotos con escasa trascendencia, en la medida que no recibió el respaldo financiero necesario.

26. 1989 fue declarado como el año del pago de la "deuda social" pero, en la realidad, resultó ser uno de

En definitiva, la cuestión de la apropiación de los beneficios se resuelve con una mayor concentración de la riqueza, dentro de un esquema de mayor liberalidad y apertura, complementado y orientado con la activa intervención del Estado.

3. Perspectivas

En resumen, de la evolución de la economía en estos dos últimos años se pueden destacar algunos puntos básicos.

- A pesar de que la inflación disminuyó luego de haberse disparado, su nivel general todavía es relativamente alto y con movimientos erráticos;

- La productividad de la economía siguió siendo insuficiente, con un esquema que alienta la especulación;

- La producción para el abastecimiento interno no logró satisfacer la demanda de productos de consumo masivo;

- Los sueldos y salarios siguieron deteriorándose, así como su participación en el ingreso;

- El desempleo y el subempleo aumentaron agravados por la recesión económica;

- El deterioro de las condiciones sociales se mantiene, a pesar de los esfuerzos marginales y más bien demagógicos para realizar el "pago de la deuda social";

- Las disparidades regionales y sectoriales se agudizaron; y,

- Los problemas burocráticos no encuentran ninguna solución.

Esta situación se explica por los limitados resultados obtenidos para estabilizar la economía, buscando equilibrar

algunos macroindicadores, como la RMI, el tipo de cambio y particularmente el sector fiscal, sin desarrollar una alternativa en la cual el ajuste con equidad sea un camino para revertir una tendencia que deteriora las condiciones de vida de la mayoría de la población.

Y como se anotó inicialmente, la deuda externa siguió siendo la restricción externa más pesada para la economía nacional, en medio de un complejo y hasta contradictorio proceso de renegociación, más aun cuando se ha dado un cumplimiento bastante completo de las condicionalidades fondomonetaristas y bancomundialistas, sin que se haya logrado un tratamiento más flexible de parte de la banca internacional.

En estas circunstancias y considerando que el gobierno tendrá que enfrentar una vigorosa oposición parlamentaria, cuando ya empieza el segundo tiempo de su gestión, que estará marcado también por las futuras elecciones presidenciales, es preciso destacar que las perspectivas económicas anticipan dificultades en medio de una situación no estabilizada, que no posibilita la anunciada reactivación, a causa de las continuadas políticas recesivas, que ocasionan más deterioros al nivel de vida de la mayoría de ecuatorianos, con un mayor agudizamiento de las contradicciones sociales.

Sin embargo, a partir de agosto de 1990, como consecuencia de los desequilibrios producidos en el mercado petrolero internacional, el Ecuador se ha visto beneficiado por incrementos notables de los precios del petróleo que podrían contribuir para paliar el impacto de la crisis, y podrían ser un instru-

mento que se dirija a una recuperación de la economía, ofreciendo una posibilidad interesante para controlar la inflación con un incremento de la producción, que también podría frenar el proceso de desempleo existente.

Si bien es cierto que existen estas posibilidades, también podría producirse un descalabro mayor si no se utiliza adecuadamente el superávit que se puede producir en los próximos meses, sea por que se agudice el fenómeno inflacionario o por que se destinen recursos a un inútil servicio de la deuda

externa.

Estas perspectivas, sujetas a una situación explosiva en el Golfo Árábigo, y al inestable del mercado petrolero, dependerán no solo de la evolución de la crisis internacional sino, en particular, de la política que establezca el régimen socialdemócrata, que no solo deberá señalar cuál es el destino de los recursos, sino que deberá crear el ambiente propicio para impulsar la reactivación económica.

Septiembre de 1990. •

ECUADOR DEBATE

Publicación del Centro Andino de Acción Popular CAAP

Pedidos:

Distribuidora Jatarishun

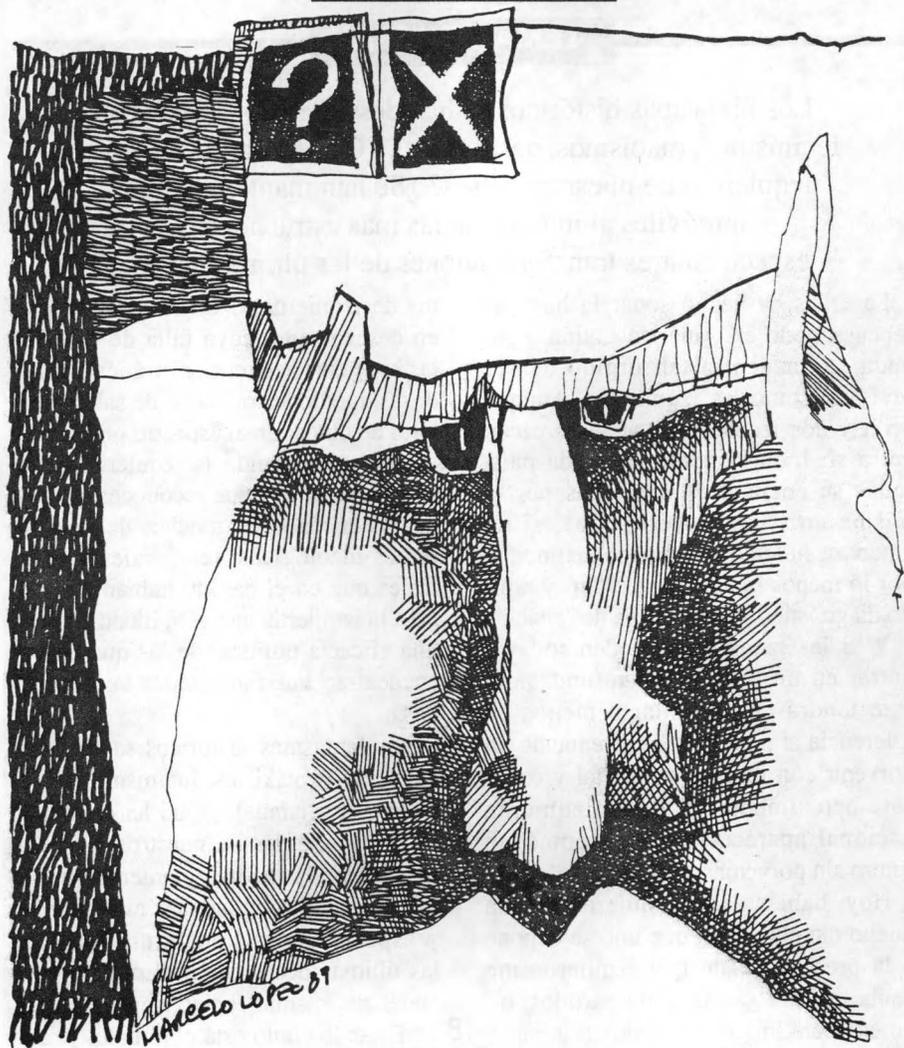
Madrid 272 y Tolosa

Teléfono 501 165

Quito

PRESENTE Y FUTURO DE LA IZQUIERDA

TEMA CENTRAL



¿ES REFUNDABLE LA IZQUIERDA NACIONAL?

José Sánchez Parga

TEMA CENTRAL

Los fantasmas históricos se han desvanecido (trotskistas, leninismos, maoismos, castrismos). ¿Qué ha cambiado en las izquierdas de nuestros países? ¿Se han mantenido ellas inmóviles al interior de las más estruendosas y espectaculares transformaciones de las últimas décadas?

La crisis ha hecho sonar la hora de repensar todo en América Latina. Pero nada se encuentra tan urgido de ser revisado como las izquierdas. Aunque no hay dos izquierdas que se parezcan entre sí. Incluso dentro de cada país, todas se encuentran afectadas por la misma artritis cadavérica que, si no amenaza su lenta o inminente extinción, por lo menos impone un certero y rápido diagnóstico y una terapia de "shock".

Y si las izquierdas pueden todavía entrar en un proceso de refundación, éste tendrá que orientarse menos en referencia al pasado que enfrentando un porvenir con futuro ya que, tal y como está actualmente, el de la izquierda nacional aparece mas bien como un futuro sin porvenir.

Hoy, hablar de la izquierda se ha vuelto tan equívoco, que uno se expone a la pregunta "¿de qué izquierda me habla usted?" ¿Se trata de partidos, o de ese pensamiento o comportamien-

tos de izquierda, o de esas militancias en descampado, cuya falta de filiación las hace con frecuencias erráticas, veleidosas, medio terroristas o de salón, difíciles de ubicar en el espectro político?

Incluso pensando la izquierda desde la izquierda, hay que reconocer que nos hemos quedado sin muchos de los referentes ideológicos, temporales y espaciales que en el pasado habían conferido a la izquierda una visibilidad social y una eficacia política, de las que hoy se encuentran huérfanas todas las izquierdas.

Los fantasmas históricos se han desvanecido (trotskistas, leninismos, maoismos, castrismos). ¿Qué ha cambiado en las izquierdas de nuestros países, o más bien ellas se han mantenido inmóviles al interior de las más estruendosas y espectaculares transformaciones de las últimas décadas, en el mundo y en nuestras mismas sociedades?

Estando como está el mundo, ya son



muy pocas las sociedades que anhelan los grandes desbarajustes en los que pensábamos allá por los 60 e, incluso, en los 70. Peor aún: en nuestros países latinoamericanos, no se sabe si por resignación o por desesperación, o quizás por ambas cosas, el pueblo de la década pasada ha dejado de luchar por más justicia social y por buscar la mayor redistribución de una riqueza cada vez más inaccesible (porque es cada vez más monopólica y concentrada), para conformarse con lo que tiene, con rebañar la escasez que encuentra a su alrededor, y defender con las uñas lo poco que le queda, contra la potente resaca del empobrecimiento.

En estas circunstancias, también la izquierda se ha vuelto defensiva ante los escasos márgenes de lucha, en un horizonte social cada vez más despolitizado, y donde la supervivencia solo da lugar a revoluciones pasivas, y donde individuos y sectores son, cada vez más, sujetos de procesos en los cuales cada vez son menos actores sociales.

En este nuevo escenario, a los partidos de izquierda ya no les queda otra cosa que disputarse entre ellos las raras migajas electorales en cada ritual del voto.

¿Sigue siendo la ortodoxia ideológica o el síndrome del Palacio de Invierno, la toma del poder, o la criollización del eurocomunismo de los 70 o esos encarnizados enfrentamientos entre partidos lo que inmoviliza la izquierda?

Después de los intentos de pensar América Latina desde el marxismo y el marxismo desde América Latina, y después de abandonar como paradigmas explicativos la Teoría de la Depen-

dencia y el imperialismo, sin negar por ello la realidad de lo uno y lo otro, la actual izquierda se encuentra enzarzada en el triple frente de reinterpretarse desde la "crisis del marxismo", desde el imperativo democrático y desde el embate neoliberal.

Ahora bien, la crisis del marxismo no es ya más que una vieja coartada sin salida, aunque los partidos marxistas o semi marxistas no hayan tenido la solvencia suficiente para hacerse cargo de dicha crisis, saldar las cuentas con ella y sacar un balance con el más mínimo beneficio de inventario. Esto ha dejado a los partidos de izquierda en la más desoladora deriva ideológica.

Aunque el embate neo-liberal sólo puede servir para identificar ese nuevo enemigo del pueblo y de las clases trabajadoras, que la izquierda siempre ha necesitado para entenderse a sí misma, las posiciones anti oligárquicas son insuficientes para ubicar a la izquierda y permitirle la redefinición de un proyecto nacional.

El otro frente, el más obtuso y estéril, son los sectarismos y los mutuos rencores y confrontaciones entre partidos, tan irreconciliables entre sí como incapaces de mirar más allá de sus bizantinismos ideológicos y de sus disputas por cuotas electorales.

Hoy, el desafío de la izquierda para repensarse va más allá de esta episódica, y consiste sobre todo en incorporar los nuevos procesos sociales y políticos, tanto nacionales como internacionales, en redefinir las nuevas confrontaciones y alianzas dentro de un insoslayable contexto de democratización de la sociedad y de la política, pero tam-

bién en el específico horizonte de una crisis cuyos largos y profundos alcances contribuirá a transformar todavía más nuestras sociedades.

La izquierda habrá de contar con la actual metamorfosis de lo político, impensando en la teoría marxista, con situaciones, actores y correlaciones de fuerzas no contempladas por las posiciones tradicionales y convencionales de la izquierda.

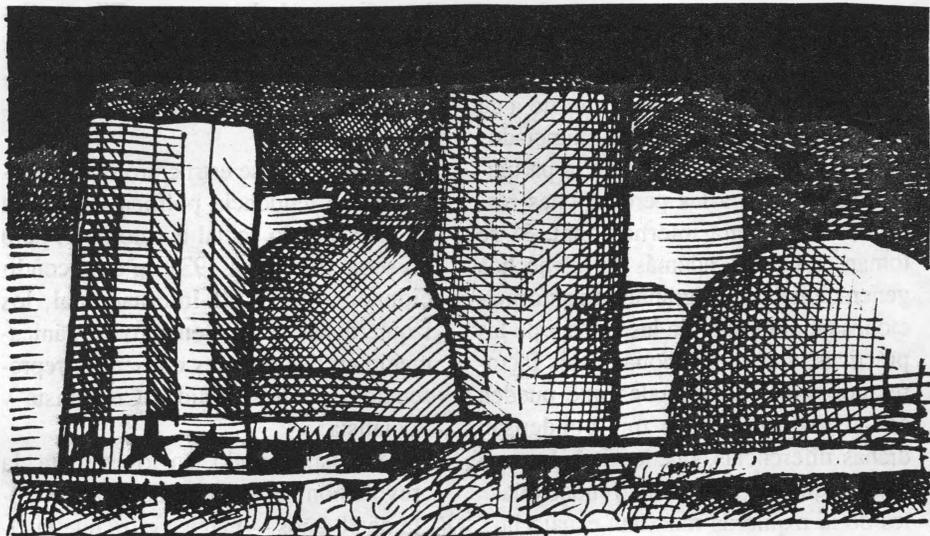
Estos nuevos modos complejos de lo político tienen que ver con la descentralización y segmentación de la clase obrera y su mayor invisibilidad social, la informalización y la atomización de la sociedad civil, sus sucesivas y rápidas desestructuraciones y reestructuraciones, una mayor privatización de intereses, las nuevas disciplinaridades de lo cotidiano, la fragmentación del poder y sus nuevos mecanismos como los "mass media". Y, en fin, una tecnocratización del Estado que al mismo tiempo que le resta soberanía interna, lo hace cada vez más inaccesible al acoso y

gestión políticos.

Todo ello está dando lugar a un nuevo orden político o a una política del desorden y de las revoluciones pasivas, que hace más transparente la ingobernabilidad de nuestras sociedades.

La izquierda tendrá que redefinirse y jugarse su destino en el escenario de una democracia representativa, donde las actuaciones políticas se encuentran cada vez más atolladas por la conformación y configuración de las distintas fuerzas, y más limitadas por distancias cada vez más grandes entre la eficacia política del Ejecutivo y la débil y tortuosa capacidad de maniobra del Legislativo.

Es dentro de este escenario, en el que las izquierdas nacionales tendrían que replantear sus posiciones ideológicas y estratégicas, para apuntar frentes comunes y diseñar una política de alianzas. Sólo esto podrá contribuir a fortalecer, en el camino, una izquierda que se ha quedado privada de presencia visible y eficaz en la escena nacional. •



La izquierda ecuatoriana en los últimos 30 años

DIFICIL TAREA DE REDENCION

Adrián Bonilla

TEMA CENTRAL

Mientras que Acuario emergía de la profundidad del tiempo y la izquierda producía enormes transformaciones en el discurso, en los noventa las cosas parecen haberse invertido.

La izquierda del sesenta fue enormemente creativa en el nivel de lo programático e ideológico, pero dejó muchos vacíos por llenar.

El problema actual es que ese discurso no ha sido modificado.

Antecedentes e Introducción

Desde su fundación, la izquierda marxista ecuatoriana nunca fue una sola, sino muchas; diferenciada en torno a su composición orgánica, a los enunciados de su discurso, a la forma de la participación política, a las percepciones respecto del sistema internacional. Si se toman en cuenta, además de los hechos generacionales, las grandes transformaciones en el terreno de las ideas y de las prácticas, y si se relacionan estos factores con sucesos puntuales que pueden ser vistos como hitos que condensan dichas diferencias, puede también concebirse que los momentos fundacionales de la izquierda marxista ecuatoriana

na hayan sido dos: durante la década de los veinte y de los sesenta. Ellos supusieron un cuestionamiento total de las formas de pensar y resumieron el debate de todos los determinantes ideológicos.

En los veinte se estructuró el socialismo como tendencia política autónoma en el escenario social ecuatoriano, pero no sería sino hasta 1931 en que, condicionados por la III Internacional, los izquierdistas se diferenciaron orgánicamente en dos grandes corrientes, representadas por los partidos Comunista y Socialista.

Del mismo modo, en los sesenta, la revolución cubana cuestionó a la vuelta de 30 años —mágica cifra que vuel-

ve a repetirse ahora— los roles de la izquierda, para poner en el centro de las prácticas políticas el tema de la revolución, al mismo tiempo que transformaba las formas de organización política y partidaria y catalizaba procesos de ruptura que ya habían estado germinando, sobre todo en la tendencia comunista.

Ese fue el origen de las corrientes maoístas y de insurgencias discursivas socialistas que provinieron de URJE. Estas vertientes ideológicas se han mantenido, con algunas variaciones, a lo largo de los últimos 30 años.

Asistimos ahora al impacto de un nuevo hecho internacional, la caída de los socialismos de Europa central, pero en condiciones diferentes.

La izquierda es un actor nacional y lo ha sido, entre otras causas, porque en los años sesenta el comunismo perdió su hegemonía ideológica, de modo que el efecto modificador que los acontecimientos europeos indudablemente tendrán sobre un actor que ha tenido tres décadas de adaptación, probablemente no tenga la profundidad de la conmoción de hace 30 años.

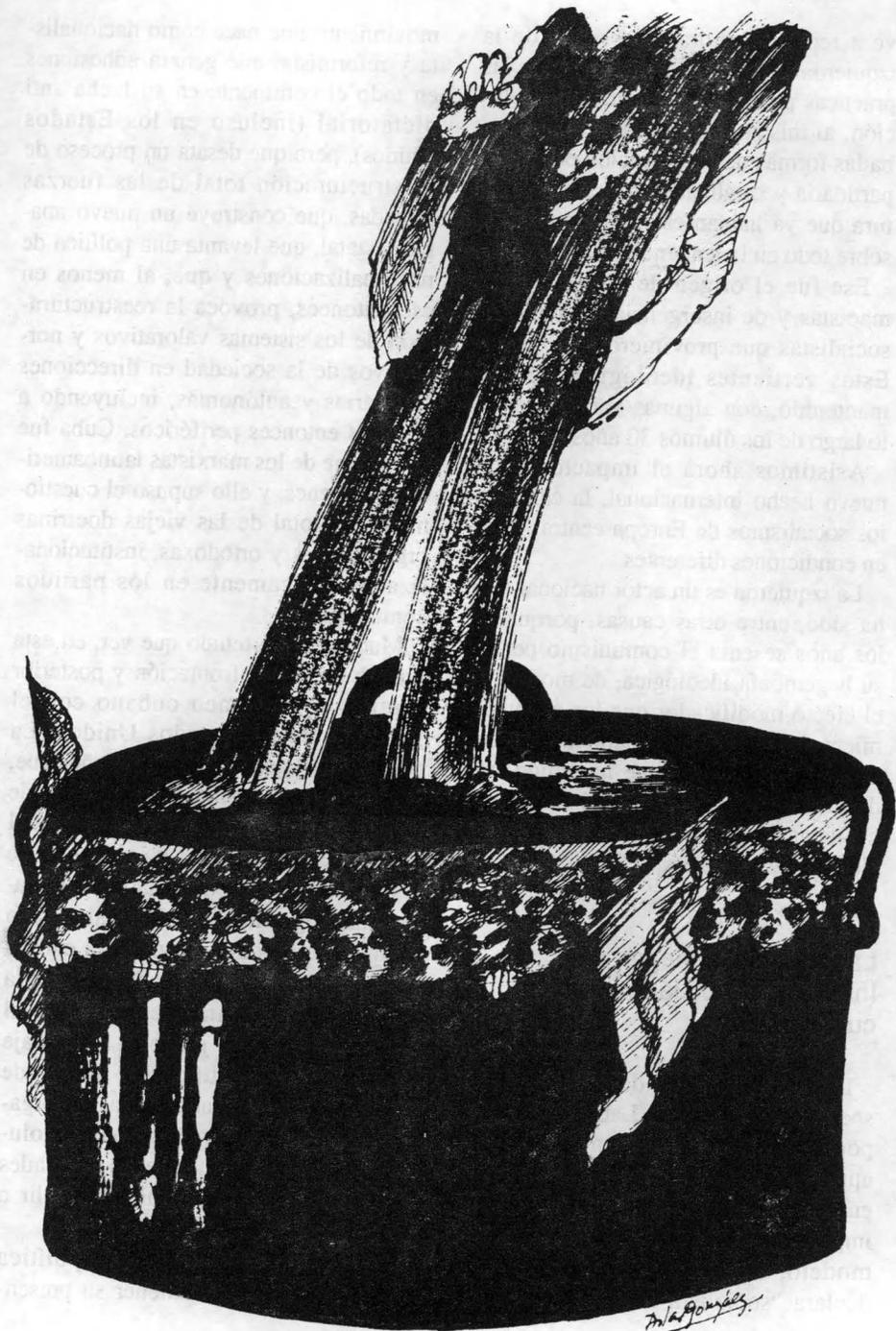
La nostálgica imagen no institucional de la revolución cubana

Las posibilidades de la revolución socialista en América Latina no habían podido tener una imagen corpórea y aprehensible. La revolución de Cuba, en cambio, fue una situación objetiva, impactante, cercana. Efectivamente ese modelo, en menos de dos años, se declara "socialista", dirigido por un

movimiento que nace como nacionalista y reformista, que genera adhesiones en todo el continente en su lucha anti dictatorial (incluso en los Estados Unidos), pero que desata un proceso de reestructuración total de las fuerzas armadas, que construye un nuevo aparato estatal, que levanta una política de nacionalizaciones y que, al menos en ese entonces, provoca la reestructuración de los sistemas valorativos y normativos de la sociedad en direcciones libertarias y autónomas, incluyendo a sectores entonces periféricos. Cuba fue el epítome de los marxistas latinoamericanos jóvenes, y ello supuso el cuestionamiento total de las viejas doctrinas organizativas y ortodoxas, institucionalizadas básicamente en los partidos comunistas.

Mucho habría tenido que ver, en esta dimensión, la confrontación y posterior ruptura del régimen cubano con el gobierno de los Estados Unidos. La posición beligerante de los isleños fue, sin duda, un elemento concentrador de adhesiones en torno al tema central del anti imperialismo, que ha sido una de las tradiciones marxistas latinoamericanas más significativas. Pero al mismo tiempo ese proceso sirvió para canalizar las contradicciones endógenas de la izquierda latinoamericana, pues al ponerse en tela de juicio el andamiaje valorativo y la justificación teórica de la política tradicional en todas las organizaciones que se reclamaban revolucionarias, las tensiones de las realidades singulares pudieron, finalmente salir a flote.

El objetivo exterior de la política cubana fue el de mantener su presen-



M. A. G. O. R. A. S.

cia continental —de la cual fue excluida por la imposición estadounidense—. Esta política, que se fundamentaba en un código de valores (una cultura política) nueva en la historia latinoamericana, tuvo un impacto brutal en la normatividad y en el sistema de relaciones de todos los actores políticos del continente, pues el gobierno de Fidel Castro no reparó en intervenir abiertamente en otros Estados, bien sea apoyando logísticamente, incluso con pequeñas tropas, a los brotes insurgentes de los grupos que la emulaban y le eran solidarios. Esto golpeó terriblemente a las prácticas usuales de la izquierda latinoamericana, pues aunque la alianza cubana con la Unión Soviética en los primeros años permitió términos de autonomía a la política del Partido Comunista Cubano (PCC), por otra parte los partidos comunistas tradicionales, históricamente solidarios con Moscú, se vieron retados por una línea de apoyo a grupos radicales, "jacobinos", incluidos apostatas y herejes como los trotskistas y los maoístas, durante la época de mayor tensión entre la China y la Unión Soviética.

La revolución cubana había fracturado los paradigmas existentes y había recompuesto el escenario de las fuerzas de la izquierda marxista; se había producido un nuevo y claro fenómeno de diferenciación, un momento fundacional similar al de finales del veinte. La "Tricontinental" que originalmente fue pensada como una reunión mundial para la nueva izquierda en los países pobres, fue hegemonizada por los PC, a pesar de que asistieron organizaciones de la izquierda socialista radicalizada,

pero ya no fueron invitados ni los maoístas, ni los trotskistas. Los primeros terminarían siendo un actor importante, sobre todo en los países andinos, y los segundos retornarían al cauce que su vocación de minoría y pasión por la contradicción en el debate de los "fundamentos" más que de las prácticas, les otorgaba en planos originales del sistema político.

El comunismo

La crisis de la izquierda comunista en los sesenta y setenta estuvo dada por la incapacidad de responder al problema de la revolución, en tanto que esta corriente mantuvo prácticamente hasta 1978 los principios de la III Internacional, diseñados en 1928 para los países atrasados, de los cuales se desprendían los elementos para distinguir las clases sociales, fuerzas de la revolución, formas de organización, y toda la parafernalia de aquel catecismo político.

El PC fue un partido institucionalizado. Luego de los primeros años subsiguientes a la ruptura con el socialismo, en los que había levantado un lenguaje extremadamente radical, al igual que en el caso de los demás países latinoamericanos. El centro político internacional subordinó —de algún modo— a las políticas endógenas, a lo cual debe sumarse la poca flexibilidad de acción política que brindaba un discurso que, además de una visión de la realidad que se pretendía transformar, tenía la función principal de asegurar una cohesión interna; pero esto limitó el campo de acción a los actores sociales imagina-

dos en la teoría.

De ahí que si bien periférico a los convulsivos cambios en el sistema político ecuatoriano, fue muy importante en sectores sociales como el proletariado industrial o el campesinado susceptible de ser organizado. De hecho, este tipo de prácticas lo acercaron más a los principios pero le alejaron de las demandas del conjunto de la sociedad. Esta situación hizo del PC la fuerza política más homogénea de la formación social ecuatoriana, pero al mismo tiempo la más impermeable a las transformaciones, probablemente hasta la actualidad.

Durante los años setenta el PC logra el grado de influencia más grande que haya tenido en la sociedad. No es el hecho de haber apoyado indirectamente al gobierno de Rodríguez Lara*, sino que en un proceso autoritario de carácter institucional y con metas de modernización, como lo fue el planteado por el régimen de las Fuerzas Armadas, los espacios de la sociedad se restringieron al máximo en lo político, no así en lo social. El movimiento sindical, que era justamente uno de los actores que se promovió en términos estructurales por el proyecto militar, cobró una importancia creciente. El PC era, sin duda, históricamente, la fuerza mejor constituida de los trabajadores organizados, y se convirtió en un interlocutor válido. Esto no implicó, de otro lado, un cambio sensible en una política común a estas fuerzas en América Latina, que era la de ganar influencia mediante procesos de integración y no de destrucción.

La llegada al poder del Triunvirato* cambia, de algún modo, las reglas del juego, porque el objeto del régimen ya no era la transformación estructural modernizadora, sino la transformación de la institucionalidad estatal. Los actores sociales en esta segunda parte ya no habrían sido tan relevantes. Lo que en realidad ocurrió es que el movimiento social fue intencionalmente restringido, incluso en términos coercitivos (recuérdese AZTRA como caso paradigmático y simbólico), a fin de establecer las bases del nuevo manejo formal del Estado.

El PC levantó en 1978 una política de Frente Amplio y creó el FADI para remplazar a la UDP (parapeto legal fundado en 1968 para evitar la exclusión de su participación por causas ideológicas, lo que ocurrió con la ilegalización del PC por la Junta Militar de los sesenta, pese a que en 1963 había priorizado una línea electoral y no insurgente). El FADI representaba a la mayoría de fuerzas marxistas y logró la primera alianza histórica entre comunistas y radicales socialistas. Sin embargo, la capacidad hegemónica del PC y su expresión en políticas de fuerza al interior del frente terminarían por golpear el experimento a los pocos meses de su inauguración, relativamente exitosa, forzando la candidatura de Pedro Saad a la diputación nacional.

El proyecto, que se había legitimado por pocos meses como la representación unitaria de la izquierda marxista,

*Alfredo Poveda Burbano, Guillermo Durán Arcentales y Luis Leoro Franco, en nombre de las Fuerzas Armadas, depusieron a Rodríguez Lara el 11 de enero de 1976. N. del E.

*1972-1976. N. del E.

se deshizo. La segunda fuerza convocante, el PSRE, terminaría dividiéndose, y los otros grupos aliados, de los cuales el más importante era el MRIC (Movimiento Revolucionario de Izquierda Cristiana), terminarían atrapados y perdiendo su identidad.

Las sucesivas intervenciones electorales del PC estuvieron marcadas por su consolidación como una minoría con derecho a representación en la nueva institucionalidad. Un éxito importante fue la elección del secretario general como diputado por Pichincha en 1986, lo cual le hizo cobrar presencia nacional. Este suceso habría estado mediado por la actividad de una facción que planteó nuevos retos discursivos a la vieja estructura, pero que, sobre todo, retó regionalmente al aparato orgánico, legitimándose en el hecho de que mientras los mejores resultados se obtenían en la Sierra, concretamente en Quito, el aparato estaba controlado por ineficientes políticos guayaquileños, que manejaban además la estructura de apoyo internacional, siempre muy importante en dicho partido.

El conflicto terminaría resolviéndose en la mejor tradición comunista con la expulsión en masa de la facción, la que se alejaría del discurso tradicional para embarcarse en un proyecto nacionalista de características policlasistas: el partido Liberación Nacional. La división, sumada al colapso del socialismo en Europa central, irradiaría a la vertiente comunista a la periferia de la adhesión electoral, que es pese a todo el momento más alto de expresión política en la sociedad ecuatoriana.

El socialismo

El Partido Socialista, hasta su disolución en los años sesenta, actúa usando los canales de participación institucional: Estado, elecciones, etc., y también los mecanismos no formales que configuran el sistema político previo a la reinstitucionalización de fines de los setenta: conspiraciones militares golpistas, por ejemplo. Es decir el socialismo infiltra las relaciones que conforman la dinámica política ecuatoriana, al mismo tiempo que es penetrado por ellas. Es un actor nacional, con los defectos del sistema, con las virtudes de su ideología contestaría. Sería, sin embargo, esta misma ductilidad lo que terminaría rompiendo su formación orgánica, inexistente ya en lo ideológico, cuando surge la segunda candidatura de Galo Plaza.

El reencuentro de las viejas y enfrentadas facciones en los ochenta, tras el Congreso de reunificación de 1982, en Riobamba, opera sobre una serie de identidades básicas que se continuaban manteniendo por encima de las contradicciones de los sesenta; entre ellas, el hecho de reclamarse marxistas sin ser comunistas. Ni en su fundación, ni en los sesenta, ni en su última etapa, el Partido Socialista ha mantenido una línea equiparable en homogeneidad a su viejo competidor.

En reencuentro de los ochenta confluyen tres troncos básicos del antiguo PSE, dos de ellos previamente unificados. El socialismo que había apoyado a Plaza, y una vertiente que nunca había llegado a proclamarse leninista, la cual en los sesenta tuvo que reproducirse

en listas de otros partidos, básicamente liberal y CFP, llamada "socialismo unificado". Esta corriente mantiene la legitimidad institucional de la estructura partidaria. Sin ella, el proyecto actual no podía haberse realizado jamás. A ella confluye el llamado PSRE, que se esconde del tronco original hacia 1962-63, asimilando el discurso cubano. Radical en su lenguaje a lo largo de los sesenta, en donde incluso plantea una formación insurgente, el "tercer frente"; en los setenta mantiene su discurso pero, al igual que toda la izquierda radical, se refugia en las universidades y algunos sindicatos, único espacio en el que la restricción de la sociedad política bajo un régimen autoritario permitía cierta participación. Irrelevante a lo largo de casi veinte años, en los ochenta regresa con la corriente histórica, engrosado por una joven generación, para hegemonizar el proceso contemporáneo de la izquierda.

Luego de varios fracasos electorales sucesivos desde 1978 hasta 1984, año en el que obtienen un solo diputado, los socialistas se convierten en 1986 en la fuerza más representativa de la izquierda marxista: su presencia electoral potencia su presencia social.

Los tiempos en que los militantes de nueva generación, que son en realidad recientes, resolvían el discurso maximalista radical a través de las elecciones de una representación estudiantil o sindical, han dado paso al manejo de los elementos políticos comunes de una organización inserta en el sistema político; la diversidad y ductilidad que fuera criticada durante veinte y cinco años por el leninismo representado

por el PSRE, parecen ser precisamente los méritos de una organización que ha demostrado capacidad de adaptación al sistema político, con todo lo que esto significa, entre otras cosas, la práctica de métodos patrimonialistas, la instauración de redes clientelares o caudillistas, lo cual no tiene connotaciones peyorativas, pues la reinserción de esta corriente se opera en un sistema político que se desenvuelve bajo condiciones estructurales de escasez y de dominación política.

Un elemento interesante es la presencia geográfica, que se expande desde la Sierra centro sur, representando intereses que no son precisamente los del sujeto histórico proclamado por los textos, el proletariado, sino mas bien una constelación de demandas en las cuales la forma ciudadano parece priorizarse en el discurso electoral a la de la clase social. De hecho, la representación social que confluye al partido desde sindicatos hasta medios estudiantiles, parece haberse disuelto en estos últimos diez años más bien en la representación política. Aún así, la fórmula de la vanguardia no ha desaparecido. De hecho, en el PS operan varios grupos orgánicos a pesar de prohibición estatutaria, que tienen una legitimidad propia fundamentada en el consenso, mecanismo usual en un conjunto de diversidades e intereses a veces dispares.

El punto de la expansión del socialismo, sin embargo, parece no ubicarse en la capacidad orgánica de estos grupos, sino en la capacidad de agregación y representación de intereses sociales que encuentran a la vía electoral como el instrumento más eficiente.



La ruptura maoísta

Otro ejemplo de la influencia externa en la constitución de identidades propias en la izquierda ecuatoriana, fue la ruptura entre la Unión Soviética y la China cuando, en un proceso interno del Partido Comunista, las disidencias pudieron emerger bajo la bandera del maoísmo, vehiculizando contradicciones previas que se referían a la disputa de hegemonías al interior del Partido.

Así, el maoísmo emergente asume la bandera de la revolución cubana, y se ampara en las doctrinas de Mao Tse Tung para legitimar su posterior salida de la vertiente principal, la cual quedaría concluida en 1964, cuando se funda el Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador (PCMLE), el que sobrevive hasta la presente década y sostiene al MPD.

Sin que sea solo una coincidencia, en los mismos años se producen fenómenos similares en toda América Latina.

La corriente maoísta rompe con el PC catalizando también diferencias regionales. Al igual que a fines de los ochenta, desde 1959 son evidentes las diferencias entre el Comité Central guayaquileño y el Comité Provincial de Pichincha, desde ese entonces más eficiente.

En una época de juegos de cálculo, de ganancias políticas exacerbadas ideológicamente en resultados de todo o nada, el maoísmo pudo catalizar dicha distancia a partir de un discurso que dentro del PC; motivado también por la revolución cubana, reclamaba la violencia como forma de participación política. La fundación del PCMLE es un

hecho endógeno y latinoamericano; la participación o no de infiltrados no sólo en sus nacientes filas, sino en las del viejo partido, es irrelevante frente a una situación política con varios años de gestación; dicha tesis es una forma incorrecta de acercarse a la realidad.

El caso es que el maoísmo nunca llega a ejecutar la violencia proclamada en todos sus textos, pero encuentra cabida en las universidades y en ellas se reproduce.

Este partido, que nace muy pequeño, a partir de las Facultades de Pedagogía adquirirá más tarde una gran influencia en la sociedad, a través del movimiento social de los maestros. Enfrentando en una lucha sin cuartel contra el PC, al que empieza a disputar todos los espacios, y contra el resto de la izquierda marxista, el PCMLE cobrará real importancia social también en los años setenta, como consecuencia de la restricción de espacios políticos en los otros planos de la sociedad.

Una campaña feroz de lucha ideológica contra sus competidores, sumada a una estructura orgánica agresiva y eficiente, posibilitarán la inserción nacional de este partido. En 1976, una feliz coincidencia hizo que controlasen las principales organizaciones laborales, estudiantiles y magisteriles de Pichincha, las mismas que en Congreso elaboraron un plan de gobierno, que más tarde sería el del nuevo partido MPD, fundado a imagen y semejanza y con los mismos propósitos que la UDP del PC. Esta organización no pudo participar en las elecciones presidenciales del 78, pero meses más tarde pudo elegir un diputado nacional; creció bas-

tante hacia 1982, pero desde entonces se ha mantenido estancado en el plano electoral, mientras que en materia de convocatoria a nuevas fuerzas sociales, no ha superado su tradición, y tampoco ha podido llevar adelante exitosamente ningún proyecto —pese a que han sido varios— de implantación en sectores laborales.

Con todo, el MPD es la fuerza orgánica más importante de la izquierda marxista hasta 1990, en que el socialismo alcanza su mayor votación. Su área de influencia ha sido disputada por el nuevo PSE, cuya presencia regional compite espacios geográficos.

El PCMLE tiene algunos momentos importantes de decisión. El punto de diferencia entre las prácticas ultraizquierdistas y la decisión de participar políticamente en los espacios del sistema en una dinámica de integración, parece encontrarse en la decisión de criticar, conjuntamente con una serie de organizaciones hermanas latinoamericanas, a la llamada "banda de los cuatro", luego de la muerte de Mao, y la solidaridad con Albania en contra del maofismo post mortem, durante los setenta.

Esto le ha dado una vocación nacional, aunque el radicalismo ha sido su identidad, probablemente también su limitación electoral y política. En todo caso, el apareamiento del PCMLE está ligado a la pérdida de representación social del PC. Es un partido nuevo de izquierda, cuyo impulso original estuvo, al igual que la ID o DP, fundamentado en la reinstitucionalización de 1978, que buscaba modernizar el sistema político.

El radicalismo y la Insurgencia

La guerrilla latinoamericana de los sesenta, por su parte, se convierte en el referente de grupos socialistas radicalizados, disidencias del propio PC y fracciones del viejo tronco socialista. Bajo el paraguas de una ideología latinoamericanista, enfatizando el rol de la lucha armada, y de la revolución socialista, no por etapas, se conforma una nueva vertiente representada por algunas organizaciones, de las cuales las más importantes en la época fueron el Partido Socialista Revolucionario (PSRE), que venía del antiguo PS; el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), disidencia del PC, agrupada con filomaoístas y líderes estudiantiles radicalizados, y el movimiento Vencer o Morir (VM), organización clandestina que surgiría de activistas alguna vez vinculados al PC.

El espacio donde las nuevas vertientes se conforman es la Unión de Juventudes Revolucionarias Ecuatorianas (URJE), cuya historia esquemática es como sigue: como resultado de las tareas operativas de la campaña de Antonio Parra y Benjamín Carrión, en las elecciones de 1960, que fuera sostenida por los socialistas no vinculados con Plaza, por el PC y por CFP, el comunismo convoca a las otras organizaciones a estructurar un amplio movimiento juvenil que dé cabida a sectores no articulados orgánicamente con los partidos. A partir de este antecedente podría rastrearse una vertiente distinta, la de la izquierda radical con un discurso insurgente, que desarrolla algunas acciones simbólicas, sin mucha repre-

sentatividad política en los sesenta y en los setenta. El caso más significativo de los años petroleros es el MIR, organización que alcanza a tener dimensiones nacionales. Recuperando el discurso de cuanto grupo radical latinoamericano existiera, compite duramente el espacio estudiantil con el PCMLE, pero a diferencia de éste, el MIR es una organización integrada por jóvenes con una edad promedio del 17 años. Sus antecedentes lejanos (después de varias divisiones y de deserciones masivas, sus orígenes se remontan a 1966), más el discurso radicalizante y maximalista, le convirtieron en el espacio privilegiado para que el proyecto guerrillero de los 80 hiciera de él su principal fuente de alimentación orgánica.

La guerrilla del 80 nace, en realidad, 20 años antes. Hay una continuidad política y orgánica con las experiencias post URJE, con las bombas y secuestros aislados de los setenta. Un elemento definitorio, sin embargo, sería la presencia del M-19. Levantado al principio como un proyecto de retaguardia estratégica del grupo colombiano, los insurgentes ecuatorianos, de distintas procedencias, asumen tareas que fueron mucho más allá de los deseos de sus mentores. Esta insurgencia, tanto en su discurso, como en algunas de sus prácticas, acomete un distanciamiento real de la izquierda y específicamente del pensamiento marxista, que sería la piedra de toque para este análisis.

Todas sus versiones levantan proyectos nacionalistas de corte radical pero con programas básicamente liberales. El planteamiento de la lucha política en el terreno militar, asimilando la historia

colombiana a una realidad de una complejidad básicamente distinta, hizo que las adhesiones fueran ocasionales y que su derrota haya sido inevitable desde el principio. A pesar de haberse originado en la izquierda marxista, su vocación de apóstatas, y la distancia surgida con aquella por el hecho de que penetraron algunas organizaciones izquierdistas a fin de alimentar su militancia, les quitó el nexa más sólido que podían haber tenido con la sociedad política. La izquierda en su conjunto, si bien no rechazó explícitamente a la guerrilla, se distanció públicamente de ella y contribuyó a su aislamiento de la sociedad.

En los años estudiados, la izquierda marxista pasó de referentes bipolares (socialismo y comunismo) a una multiplicidad de interpretaciones de la teoría política. En cierto sentido se dio un proceso de apertura intelectual, de primavera, que no alcanzó a cuestionar los paradigmas básicos sobre los que se levantaba el orden de la Unión Soviética y de Europa central, pero que tampoco era lo mismo.

Hubo cierto tránsito de un marxismo dogmatizado hacia cauces novedosos, pero también fue una búsqueda de nuevos ejes totalizadores, prácticamente nuevos dogmas que reemplazaran a los obsoletos, pero ha sido época difícil en donde todo estuvo condicionado por el deber ser.

Las urgencias de lo concreto

Mientras que en la época en que Acuario emergía de la profundidad del tiempo, la izquierda, con todas las influencias señaladas, produjo enormes

transformaciones en el discurso, en los noventa las cosas parecen haberse invertido. La izquierda del sesenta fue enormemente creativa en el nivel de lo programático e ideológico, pero dejó muchos vacíos por llenar. El problema actual es que ese discurso no ha sido modificado, y que a pesar de que las prácticas de la izquierda contemporánea son diferentes, al contrario de lo que sucedió hace treinta años, no tienen un correlato en la producción de la creencia, que es también otra práctica social.

El discurso marxista ecuatoriano ha carecido de definiciones sobre el problema de la democracia. La retórica que libra el asunto planteado, que es un problema "formal", pues no reconoce formas sin contenidos, no llega a resolver un problema que siendo semántico, es político también.

El tópico no puede tratarse solamente desde visiones valorativas o ideologizadas, sino que tiene que ver con la reformulación del discurso hacia nuevas definiciones de la sociedad política.

La confrontación se localiza alrededor de los enunciados; se trata de superar las visiones instrumentalistas e hiperdeterminantes del estructuralismo (la economía lo condiciona todo, la política no es autónoma, las clases sociales son automáticamente actores políticos), de admitir la posibilidad de concebir al sistema político como un conjunto de relaciones de dominación en un momento histórico dado. Las prácticas políticas no son abstracciones, los modos de producción si lo son. Las condiciones para la construcción de una fuerza social que se adhiera al proyecto

del marxismo existen todavía, y ahí es importante volver a entender las viejas diferencias. Se trata de escoger, y también se trata de cambiar. La identidad común de toda la izquierda marxista es otra enunciación en ese sentido; si nos atenemos a las prácticas —y también a los discursos— las diferencias probablemente han sido mayores. El momento actual no se parece en nada al de hace treinta años, pero el punto es que al haberse transformado la sociedad mundial, precisamente en el nivel de lo político para incidir desde allí en lo estructural, la aprehensión de los mismos valores y cultura política de hace treinta años, podría significar sencillamente la desaparición de quien los asuma.

Cuba no es el referente anti-institucional de los sesenta, el llamado bloque socialista ha dejado de existir. Los referentes de orden externo se han transformado totalmente, esperan un correlato ideológico y discursivo.

El Ecuador, de otro lado, ha sido concebido como un conjunto de diversidades regionales, históricas productivas, culturales. No es la sociedad homogénea unida por la comunidad de relaciones de producción. El reto es comprender la participación política reconociendo esas diferencias; el reto es un discurso multidimensional, versátil, capaz de interpelar las demandas de la sociedad en sus necesidades concretas, más que en la imaginación del deber ser soñado...

Aunque los sueños también existen porque son un discurso paralelo y provienen de la propia realidad, y los mejores de todos son los fantásticos. •

La crisis del marxismo: ¿ATRAPADOS SIN SALIDA?

Carlos de la Torre Espinosa

TEMA CENTRAL

¿Qué significa que el marxismo esté en crisis?
¿Significa que el derrumbe del socialismo realmente existente nos debe llevar a reconocer la superioridad del mercado capitalista y de la democracia liberal, como únicos modelos de ordenamiento social?

Discutir sobre la "crisis del marxismo" se ha convertido en un lugar común. Tanto es así que comentaristas políticos y científicos sociales de toda tendencia ideológica, debaten y escriben sobre dicha crisis.

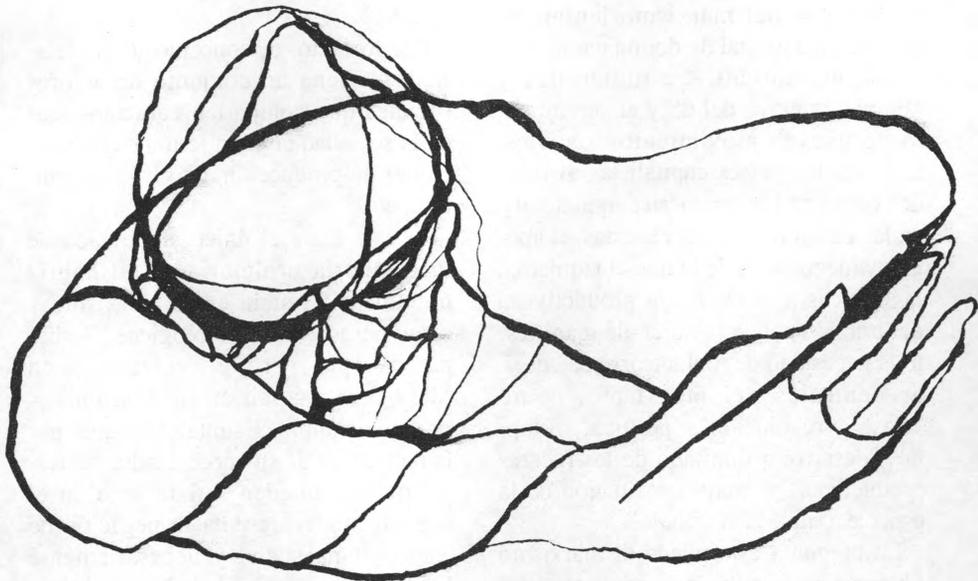
Pero, ¿qué significa que el marxismo esté en crisis? ¿Significa que el derrumbe del socialismo realmente existente nos debe llevar a reconocer la superioridad del mercado capitalista y de la democracia liberal como únicos modelos de ordenamiento social? ¿O es la discusión sobre la "crisis del marxismo" una maniobra política de las fuerzas de la reacción que pretenden llevamos a la pasividad frente a una nueva arremetida imperialista? ¿Hay alguna opción entre defender el modelo marxista de política,

revolución y estatismo socialista y el modelo capitalista-liberal de organización social?

Estas falsas y castrantes disyuntivas —revolución o reformismo, democracia real o democracia formal— en las que la izquierda está atrapada y sin salida deben superarse. Para pensar en opciones novedosas no dogmáticas se debe empezar con un análisis de qué significan los dos términos de la frase "crisis del marxismo".

El término marxismo indica la apropiación de la teoría de Marx por movimientos políticos marxistas, sean éstos los herederos de la Segunda, Tercera o Cuarta Internacional. Por lo tanto, es necesario diferenciar marxismo de la obra de Marx. No sólo porque Marx negó ser marxista, sino también porque a pesar de que grandes problemas de esta tradición deriven de las ambigüe-

Carlos de la Torre Espinosa es Investigador visitante de FLACSO.



dades teóricas de Marx, su obra crítica del capitalismo es un clásico y fuente imprescindible para pensar en alternativas libertarias.

El concepto de crisis, como lo demuestra Jürgen Habermas, llega a las Ciencias Sociales a través de dos tradiciones: la médica y la dramaturgia griega. En ambos casos se refiere a procesos temporales objetivos que arrebatan "al sujeto una parte de la soberanía que normalmente le corresponde". Además, la crisis tiene un sentido normativo: "la solución de la crisis aporta una liberación al sujeto afectado"¹. Por lo tanto, la crisis, al requerir una solución, no puede extenderse indefinidamente. Los sistemas sociales, los seres humanos y las categorías teóricas al entrar en crisis o la solucionan o se transforman.

1. Habermas, Jürgen, *Problemas de Legitimización en el Capitalismo Tardío*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1975, p. 15

La crisis del marxismo ha durado más de 50 años. El stalinismo, los fascismos y el "new deal" cuestionaron en los años 30 los presupuestos básicos de esta tradición política.

En los fascismos, clases sociales marginales a la teoría marxista tuvieron un papel protagónico, mientras que el proletariado no actuó en la forma en que debía, de acuerdo a la teoría. Con el stalinismo, el socialismo se convirtió en una nueva forma de dominación. El "new deal" y los estados benefactores reconstruyeron el capitalismo incorporado a la clase obrera. Luego, el XX Congreso del Partido Comunista Soviético, los Consejos Obreros Húngaros de 1956, el intento Checoslovaco de establecer un socialismo alternativo, en 1968, Solidaridad en Polonia, la perestroika y el derrumbe del socialismo realmente existente, no hacen sino demostrar la profundidad

de la crisis del marxismo leninismo como forma estatal de dominación.

Los movimientos estudiantiles y obreros de mayo del 68 y el surgimiento de nuevos movimientos sociales, tanto en los países capitalistas avanzados como en Latinoamérica, que desafían las categorizaciones clasistas, el apogeo y luego crisis de la nueva izquierda, las críticas a la ideología productivista del trabajo, ponen también de manifiesto la necesidad de replantearse categorías centrales del marxismo, como "clase", "revolución", "política", "utopía", "desarrollo ilimitado de las fuerzas productivas" y "auto-constitución de la especie a través del trabajo".

La pregunta es: ¿puede el marxismo liberarse de la crisis o la crisis cuestiona presupuestos básicos de dicha tradición social, lo que nos lleva a buscar nuevos modelos libertarios?

Independientemente de la respuesta que se dé a este interrogante, es imprescindible discutir dos ejes centrales de la teoría marxista: el concepto de "proletariado" y el concepto de "democracia".

¿Centralidad del proletariado o multiplicidad de antagonismos sociales?

El concepto de proletariado en Marx es indudablemente sobrecargado, pues combina presupuestos filosóficos y sociológicos. El concepto marxista de clase social se refiere a un tipo de estratificación socioeconómica moderna que despolitiza las relaciones de desigualdad, jerarquía, opresión y explotación en la sociedad civil y que surge junto con la diferenciación de ésta del

Estado.²

Por lo tanto, el concepto de proletariado designa un conjunto de actores sociales que comparten características en la sociedad civil en términos de relaciones de producción, de vivienda, cultura, etc.

Si este fuera el único significado de la categoría proletariado, no habría ninguna diferencia entre marxismo y otros paradigmas sociológicos, Weber por ejemplo. Pero, el proletariado en Marx tiene una misión filosófica-histórica que cumplir. Es una clase que, por la naturaleza de sus necesidades radicales que no pueden satisfacerse en el capitalismo, representa la negación de este sistema social y necesariamente luchará por una sociedad alternativa, llámese ésta comunista o socialista.

Esta visión se ha transformado en lo que André Gorz llama la religión marxista del proletariado, que parte de la siguiente premisa: "dado que el proletariado es y debe ser revolucionario, examinemos los hechos que apoyan su ser revolucionario y aquellos que lo frustran".³ Por supuesto, y como señala Gorz, los términos de la pregunta de investigación han dado las respuestas deseadas por los marxistas. Es así como se han desarrollado las tesis de "falsa conciencia", "aristocracia obrera", "falta de visión táctica y estratégica de los partidos revolucionarios", etc. En lugar de buscar cinco patas al gato, Gorz propone replantear el problema en los

2. Cohen, L. Jean, *Class and Civil Society. The Limits of Marxian Critical Theory*, The University of Massachusetts Press, Amherst, 1982, p. 58

3. Gorz, André, *Faravell to the Working Class*, South End Press, Boston, 1982, pp. 21-22.

siguientes términos: "dado que el proletariado no es revolucionario, examinemos si todavía es posible que lo sea y por qué ha sido posible creer que todavía es revolucionario".⁴

Responder estas interrogantes llevan primero a una evaluación empírica sobre la situación de la clase obrera, tanto en los países capitalistas centrales como en la periferia. Para empezar, el desarrollo del capitalismo en los países centrales en lugar de homogenizar las clases sociales, ha creado muchas capas intermedias. Además, la clase obrera en lugar de homogenizarse (como lo esperaba la teoría marxista) se ha segmentado no sólo entre trabajadores de industrias monopolistas (mercado laboral primario) y trabajadores de empresas pequeñas (mercado laboral secundario), sino que también los nuevos avances tecnológicos están provocando una nueva segmentación laboral entre sectores que encuentran empleo y los desempleados.

Si en Europa la segmentación laboral contradice el dar prioridad política al proletariado, en Latinoamérica, donde la subsunción formal al capital es más importante que la subsunción real y, por lo tanto, el proletariado es numéricamente pequeño y segmentado, sólo el dogmatismo religioso de la izquierda ha permitido dar prioridad a las luchas proletarias.*

Por otro lado, el surgimiento de nuevos movimientos sociales en países

avanzados y periféricos —feminista, "gay", ecologista, pacifista, de derechos civiles de minorías raciales— que cuestionan la categoría clase, pues son multclasistas, y las formas tradicionales de la izquierda de entender y hacer política, pues rehusan someterse a la tutela de partidos políticos y no se proponen necesariamente la toma del poder estatal, sino más bien espacios de autonomía en la sociedad civil, plantean la necesidad de explicar ejes de conflicto no proletario.

Teóricamente, el concepto de proletariado sólo se puede sustentar en el dogma de que los actores sociales se constituyen como tales en la esfera de la producción, de donde derivan intereses de clase que se expresan en la política. Si reconocemos con Laclau y Mouffe⁵ la constitución discursiva de las identidades sociales, es imposible dar prioridad a la esfera económica. "Es en la ideología y a través de la política cómo se definen los intereses y nunca se les encuentra ya dados anteriormente a los discursos en los que van a ser definidos y articulados".⁶

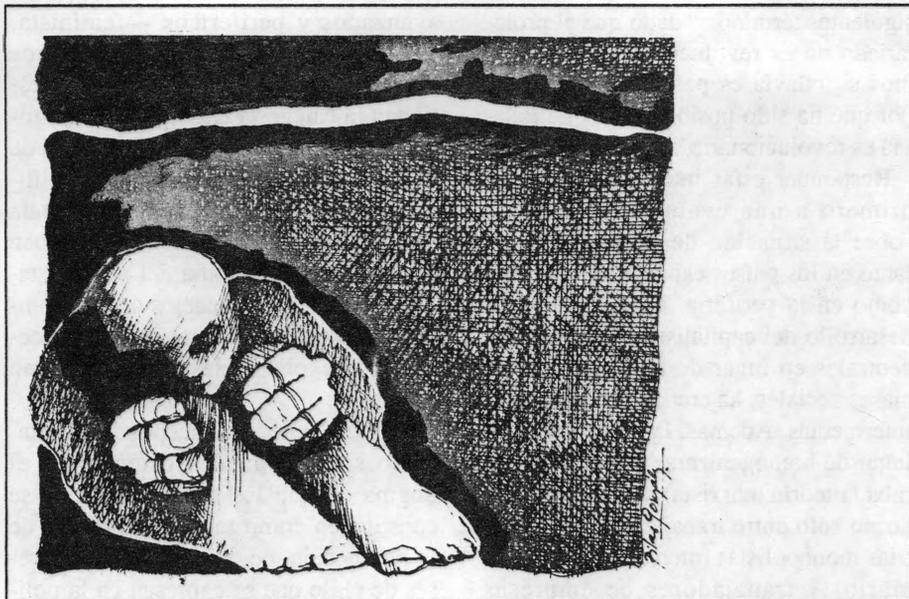
Por lo tanto, no hay razón teórica alguna —salvo el dogmatismo de la filosofía marxista de la historia o de un burdo reduccionismo clasista— para privilegiar ontológicamente al proletariado. Más bien se tiene que reconocer que, si bien el antagonismo de clase se da en la esfera de la producción, éste no es el único antagonismo social. Es más,

4. Ibid. p. 22

*Este dogmatismo en el caso ecuatoriano se ha manifestado en la inhabilidad de la izquierda de reconocer y explicar, más allá de la retórica de la solidaridad, las luchas indígenas en un país marcado por la pluriculturalidad, la multinacionalidad y el racismo.

5. Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal, *Hegemony and Socialist Strategy*, Verso, Londres, 1985.

6. Mouffe, Chantal, "Clase Obrera, Hegemonía y Socialismo", en Julio Labastida Matín del Campo, Coordinador, *Los Nuevos Procesos Sociales y la Teoría Política Contemporánea*, Siglo XXI, México, 1986, p. 162



el reduccionismo clasista no permite tematizar, teorizar ni luchar sobre otras formas de dominación. Las relaciones de dominación/subordinación de género, raza y nación, también constituyen formas antagónicas no reducibles al concepto marxista de explotación. Además, es dogmático el predeterminar qué tipo de antagonismo será el más importante en la constitución de sujetos, así como si los discursos que articulen estas experiencias múltiples tendrán un carácter progresista o reaccionario.

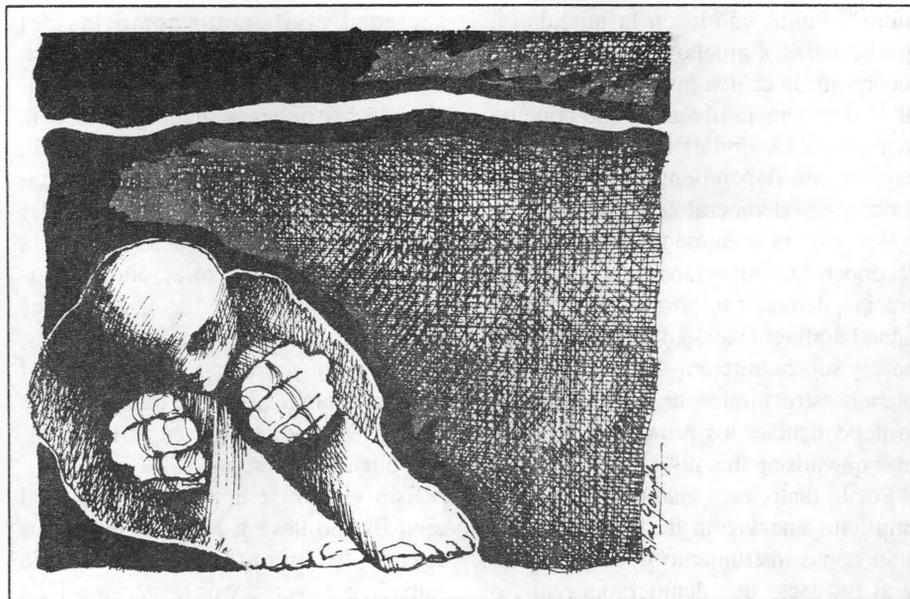
"Democracia real" vs "democracia formal": ¿un callejón sin salida?

Reconocer la multiplicidad de luchas y actores sociales sin privilegiar ontológicamente a ninguno de ellos, lleva a repensar los problemas de la política y

de la democracia. Como señala Robert Barros (1986: 50),⁷ el debate sobre la democracia y el socialismo es "un debate sobre la identidad de la izquierda y sobre el pasado y el presente de la democracia". La izquierda marxista se ha movido dentro de los términos "democracia formal" vs "democracia real" y dentro de una concepción instrumentalista de la política.

La "democracia formal" es entendida como máscara, que bajo la apariencia de universalidad oculta las relaciones de explotación y dominación del capital. El Estado representativo es una fuerza represiva que regula la sociedad desde los intereses de la clase dominante. Las elecciones periódicas y la estructura representativa del Estado no

7. Barros, Robert, "The Left and Democracy: Recent Debates in Latin America", *Telos*, N° 68, 1986, p. 50.



son nada más que una fachada o una ilusión de democracia, pues descansan sobre la relación clave del sistema capitalista, que es la explotación del trabajo por el capital. Por lo tanto, la democracia es incompatible con los intereses del proletariado y sus aliados. En el mejor de los casos es una forma de lucha y, en el peor, una trampa del sistema para engañar e integrar a las clases subalternas al Estado. Esta visión de la democracia va de la mano con una visión instrumentalista de la política. Como lo señala Norbert Lechner⁸, la construcción del otro se da dentro de la lógica del enemigo, de la guerra. La afirmación del uno lleva a la destrucción del otro. El autoritarismo de este planteamiento, que en la práctica lleva a la

falta de respeto a los derechos humanos y, en extremos, como el stalinismo, al exterminio físico de los rivales políticos, va de la mano de una visión teológica de la historia, en la cual el presente sólo tiene sentido en función de un futuro predeterminado: la marcha del tren de la historia al socialismo.

La oposición democracia real-democracia formal reaparecen en las discusiones sobre el último proceso de democratización en Latinoamérica. Las diferencias entre la visión de la democracia como contenido social de gobierno y de la democracia como procedimiento, lleva a Agustín Cueva⁹ a recordarnos que la "democracia no es un cascarón vacío, sino un continente que vale en función de determinados conte-

8. Lechner, Norbert, "De la Revolución a la Democracia", *Sociología*, Año 1, N° 2, Universidad Autónoma Metropolitana, 1986.

9. Cueva, Agustín, "El Fetichismo de la Hegemonía", en *La Teoría Marxista Categorías de Base y Problemas Actuales*, Editorial Planeta, Quito, 1987, p. 162.

nidos". Punto válido en la medida en que recuerda a muchos la necesidad de incorporar la crítica marxista al modelo de la democracia liberal, y que pone de manifiesto los límites impuestos por el capitalismo dependiente a los últimos procesos de democratización.

Pero este planteamiento —que si bien reconoce la "importancia de la democracia", debido a su ortodoxia que mantiene la diferenciación de lo social entre base y superestructura—, ve en los problemas estructurales, el subdesarrollo y la dependencia, los principales problemas que nos agobian.¹⁰

Por lo tanto, este marco teórico lleva implícito una visión de la democracia sólo como instrumento de dominación y al proyecto de "democracia real", o directa, como modelo alternativo de organización social que solucionará los problemas socioeconómicos.

Además, planteamientos como el de Cueva deben ir acompañados de propuestas políticas frente a la coyuntura actual. No es suficiente el recordarnos que el imperialismo existe, ni que somos dependientes. Lo importante es pensar en soluciones que, reconociendo las limitaciones estructurales a la democracia, plantean modelos democráticos, libertarios y pluralistas de organización social.

Partiendo de la crítica del joven Marx a Hegel, la tradición marxista, al descubrir las desigualdades y opresiones generadas por el capitalismo en los niveles estructurales de la sociedad, asumió que todas las instituciones de la

sociedad civil, tanto como las del Estado, son burguesas, que enmascaran el dominio del capital. "Sin haber examinado los orígenes heterogéneos o la institucionalización de la sociedad civil, Marx identificó modernidad con capitalismo, asumiendo que la lógica del capitalismo marcaría o determinaría la forma de todas las relaciones sociales"¹¹. De esta forma, "las instituciones sociales, políticas, privadas y legales, han sido tratadas como el ambiente del sistema capitalista que se transforma de acuerdo a la lógica del capital sin ningún dinamismo propio"¹².

Esta visión de la relación sociedad civil-Estado lleva a Marx, tanto en sus textos de juventud ("La cuestión judía"), como en textos posteriores ("La guerra civil en Francia"), a proponer la reunificación del Estado y la sociedad civil como la solución a los problemas de la modernidad.

La división esquizofrénica entre el individuo como ciudadano, esto es, partícipe de la determinación de los asuntos de la comunidad y sujeto del poder estatal, y la contradicción de las libertades del individuo en la sociedad civil y su dominación por leyes económicas que determinan sus opciones vitales, sus necesidades y le niegan su autonomía social¹³, sólo se resolverán con la abolición de los antagonismos de clase y el establecimiento de la democracia directa.

La democracia directa es una forma

10. Cueva, Agustín. *América Latina en la Frontera de los Años Noventa*, Editorial Planeta, Quito, 1989, p. 111.

11. Cohen, L. Jean, *Class and Civil Society. The Limits of Marxian Critical Theory*, The University of Massachusetts Press, Amherst, 1982, p. 24.

12. *Ibid.*

13. *Ibid.* pp. 30-34

de gobierno que combina la autonomía local con un sistema representativo piramidal de delegados revocables. El establecimiento de esta forma de regulación social requiere la eliminación de la fuente principal de antagonismos sociales: la relación trabajo asalariado/capital y una situación de prosperidad económica. Al abolirse esta única fuente de diferencias sociales genuinas, ¿cuál es la base para determinar qué intereses son genuinos y legítimos en la sociedad postcapitalista?

Si se parte de un modelo reduccionista clasista para explicar los antagonismos y las diferencias sociales, ¿cómo legitimar las demandas no clasistas de género, raza nación por ejemplo?

A menos que se asuma que la abolición de la explotación clasista llevará a la transparencia de lo social, al fin de los conflictos políticos y a la administración con criterios objetivos y técnicos de la sociedad, situación por lo demás totalmente irreal, ¿con qué criterio se legitimarán los debates y luchas políticas?

Este modelo implica el fin de la política como discusión, negociación y lucha por la articulación de políticas de gobierno y del "marco institucional que garantiza el debate público y los procedimientos para proteger su autonomía e independencia" ¹⁴. El modelo de democracia directa asume y requiere grandes niveles de participación política. ¿En base a qué criterio se justifica demandar y esperar que todos los ciudadanos participen en reuniones, discusiones y asambleas políticas? Además, ¿qué

mecanismo de control político se establecerá para controlar a la cúpula de esta estructura piramidal?*

Por último, ¿se puede institucionalizar un sistema de democracia directa en sociedades complejas, que requieren tomas de decisiones rápidas y eficientes?

Todos estos interrogantes al proyecto de democracia directa llevan a concluir que esta forma de democracia demanda demasiado. Se requiere de "una situación libre de todo conflicto político, de todo problema económico, de toda contradicción social, de toda condición inadecuada, egoísta o simplemente de emociones humanas y motivaciones de singularidad y negatividad. Demanda, en resumen... la ausencia de la política" ¹⁵.

Por lo tanto, la democracia directa que es el modelo más libertario de la tradición marxista no es realista y normativamente es indeseable porque no deja espacios para "la mediación, negociación y compromiso entre facciones en lucha, grupos o movimientos" ¹⁶.

El modelo autoritario marxista también parte de la diferenciación entre "democracia real y democracia formal". La diferencia con el anterior es que en éste impera la lógica de la sustitución impositiva. Conceptos tales como "intereses objetivos", "partido de vanguardia", "revolución" y "dictadura del pro-

*Recuérdese que en el sistema de democracia directa piramidal cubano, si bien éste se caracteriza por altos niveles de participación y autonomía al nivel local, las directrices político-económicas vienen de la cúpula que es totalmente controlada por el Partido Comunista.

14. Held, *David Models of Democracy*, Stanford University Press, Standford, 1987, pp. 137-138.

15. Polan, en Held, David, op. cit., p. 139.

16. Held, op. cit., p. 280.

letariado", sustituyen la diversidad de intereses de las masas y la autodeterminación de la política por los "verdaderos intereses del proletariado". Luego, el proletariado, debido a su "falsa conciencia", debe ser liberado por el partido, verdadero depositario de "la conciencia" y de los "intereses proletarios". Por fin, como lo predijo Trotsky, el partido es substituido por el Comité Central y este por su secretario. Las profecías del joven Trotsky sobre el modelo leninista de partido, que se corroboran en los modelos de socialismo realmente existente, indican las tendencias autoritarias y cuasi totalitarias de dicha propuestas de —término irónico— liberación social.

La indeseabilidad de las propuestas marxistas de democracia y de modelos alternativos de sociedad llevan a una reconceptualización de la democracia.

Hacia una democratización de Estado y sociedad: la democracia radical

La democracia es un principio de regulación de las relaciones sociales. Afirma, en contra de las concepciones no sociales del origen de la autoridad política, que no existe otra legitimidad política que no sea la sociedad.

La democracia parte del reconocimiento de la diferencia entre los actores sociales; por lo tanto, opone a la lógica de la guerra la lógica de la política. "No apunta al aniquilamiento del adversario, sino, por el contrario, al reconocimiento recíproco de los sujetos entre sí" 17. La fuerza del mejor argumento

(Habermas) se constituye así en principio normativo democrático.

El discurso democrático propone que las diferentes formas de desigualdad son ilegítimas y anti naturales, haciéndolas equivalentes a formas de opresión. "Es aquí que se encuentra el carácter profundamente subversivo del discurso democrático, que permite extender los principios de igualdad y libertad hacia diferentes formas de lucha contra la subordinación" 18.

La democracia como proyecto normativo deja de lado las visiones instrumentalistas de la política. En el marxismo los actores sociales no llegan a constituirse como actores. Si bien son quienes producen la sociedad, a la vez se encuentran atrapados en el drama de la filosofía de la historia. Tienen que cumplir con el guión asignado por la teoría. Al dejar de lado la teleología de la filosofía de la historia, se puede tematizar a los actores sociales como actores.

Es en este sentido que se dice que el futuro está abierto e indeterminado.

El proyecto de democracia radical parte de la diferenciación Estado-sociedad civil, proponiendo la doble democratización de estas dos esferas modernas de la sociedad. Integra la crítica marxista al capitalismo y la crítica liberal al estatismo. Por lo tanto, requiere de un tipo de sociedad civil en que "la estructura económica, las relaciones de contrato y la libertad no estén monopolizadas o asfixiadas por relaciones capi-

17. Lechner, Norbert, op. cit., p. 33.

18. Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal, op. cit. p. 155

talistas de producción e intercambio" 19.

Además, se rescata de la tradición liberal la defensa del individuo de la colonización del aparato estatal. Se propone la democratización de la economía capitalista, de otras esferas de la sociedad civil como la familia, las instituciones educativas, de salud, del consumidor, etc., y del Estado para actualizar los principios normativos de la modernidad: legalidad, pluralidad y publicidad. El principio de legalidad requiere el respeto y profundización de las libertades civiles, los derechos humanos y los principios de igualdad política y social. El principio de pluralidad busca la auto constitución de asociaciones voluntarias. El principio de publicidad busca la conformación de esferas públicas, esto es, espacios de comunicación y participación públicas en la génesis, discusión, e interpretaciones conflictivas sobre normas sociales y la creación de una voluntad política 20.

Este proyecto busca combinar formas de democracia representativa con formas de democracia directa. Por eso parte de la afirmación de que la formalidad de la democracia no significa que no sea real 21. El carácter formal de la democracia —separación de la sociedad civil del Estado, libertades civiles democráticas o derechos humanos, pluralismo, el sistema del contrato y el principio de representación— deja abierto y sin decidir el problema de la estructura concreta de la sociedad.

Por eso la democracia ha existido como una idea o principio constitutivo que tiene que realizarse²². La democracia y la lucha por su realización, por lo tanto, son un proyecto inacabado.

Para concluir, ¿cuáles son las posibilidades y limitaciones de actualizar estos principios normativos en el Ecuador actual?

Se ha demostrado la debilidad de la "democracia formal" y de los partidos políticos, el predominio de prácticas corporativistas de los sectores organizados de la sociedad y el clientelismo²³. Además, ¿cómo es posible el "reconocimiento recíproco a través del cual se constituyen las identidades políticas bajo condiciones de fuerte desigualdad social"?²⁴ Por último, cómo profundizar la democracia en una sociedad heterogénea "donde la dimensión nacional de las identidades colectivas queda por constituir (en un contexto de nociones de nación coexistentes y en conflicto), atravesadas por múltiples estratos verticales y horizontales, que inducen a la fragmentación creciente, que implican la coexistencia precaria de una creciente multiplicidad de demandas diversas y encontradas, cuya confrontación, dentro de los límites inherentes a las concepciones pluralistas del orden democrático es problemática" 25.

Sin análisis de la democracia ecuatoriana realmente existente, este ensayo sólo puede presentar un proyecto normativo de democracia para abrir espa-

19. Keane, John, "Introduction", en John Keane, editor, *Civil Society and the State*, Verso, Londres 1988, p. 26.

20. Cohen, L. Jean, op. cit., p. 225.

21. Heller, Agnes, "Past, Present and Future of Democracy", *Social Research*, Volume 45 Number 4,

22. *Ibid.*

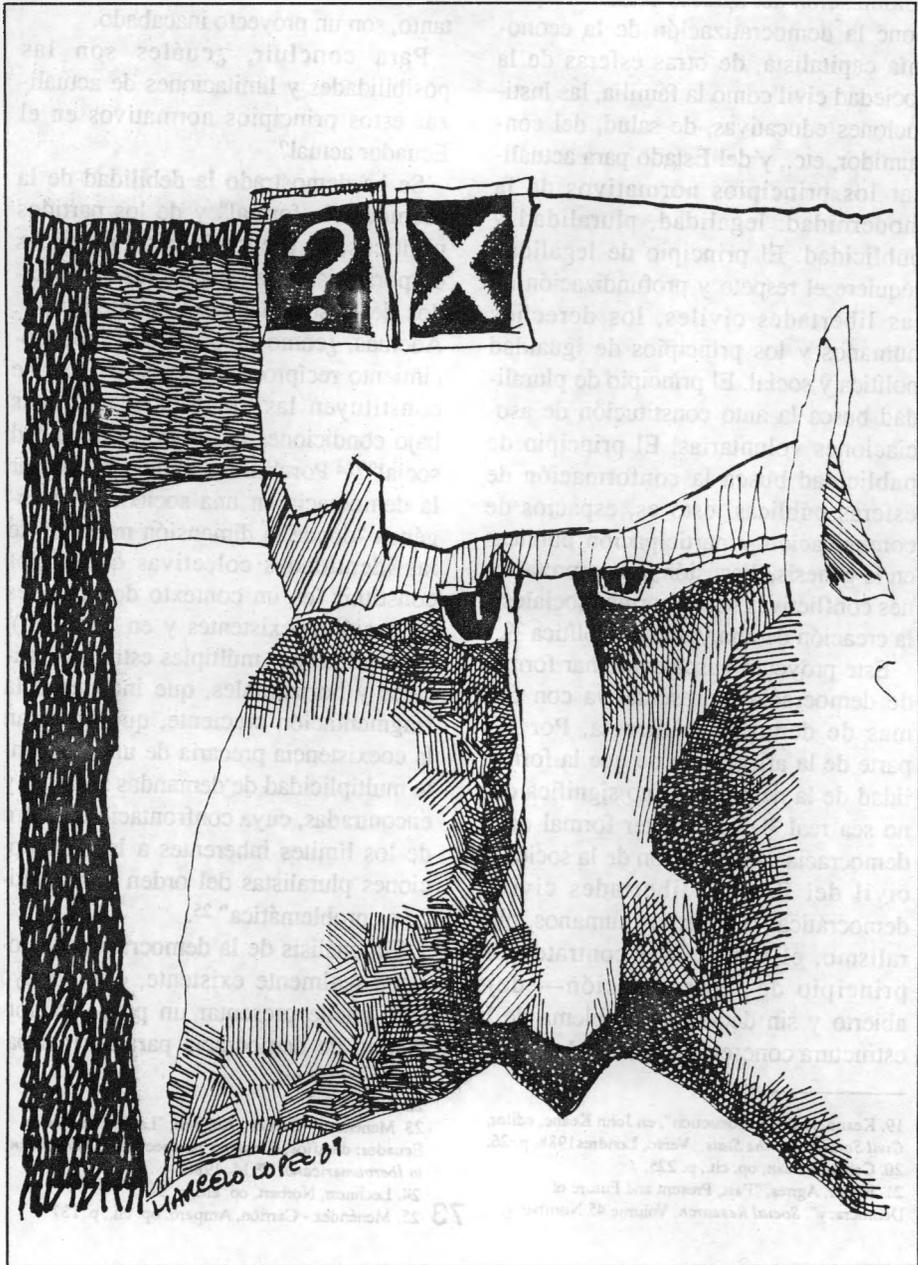
23. Menéndez - Carrión, Amparo, "La democracia en Ecuador: desafíos, dilemas y perspectivas", *Pensamiento Iberoamericano*, Nº 14, 1988.

24. Lechner, Norbert, op. cit., p. 37.

25. Menéndez - Carrión, Amparo, op. cit., p. 137

cios al debate y a la investigación. Pero
paso previo es salir de los falsos dile-

mas en que la izquierda nacional se
encuentra atrapada. •



El fin del centralismo económico

LAS CERTEZAS DERRUMBADAS

Wolfgang Schmidt

TEMA CENTRAL

Si Marx había elaborado con el análisis de la mercancía y de la acumulación del capital un fino tejido de criticidad, los adeptos militantes y los miembros de la jerarquía política necesitaban, por el contrario, fórmulas de legitimación del poder estatal, de modo que suprimieron el potencial crítico de la teoría para transformarlo en un saber de afirmación ideológica.

Después del derrumbe del socialismo real, y luego del voto masivo a favor del mercado, la democracia parlamentaria, el pluralismo y la elevación del consumo, la economía capitalista parece haber ganado la batalla histórica: mientras ésta crecía sin cesar en la última década, la economía centralizada, aun con las reformas introducidas desde los años 60, llevaba a las sociedades socialistas al tercermundismo. Con un nivel de productividad de tres a cinco veces menor que en occidente, los países socialistas no lograron superar la economía de la escasez, y tampoco lograron metas sociales más allá del cálculo monetario, quedando la promesa revolucionaria de sustituir la lógica mercantil por la racionalidad del valor de uso en el lirismo lingüístico. Lo concreto se manifestó en mercancías mal hechas, 75

un gasto excesivo en insumos, condiciones miserables de trabajo que recuerdan la situación laboral del capitalismo temprano, y un descuido del entorno sin precedentes. Así fracasaron el proyecto del desarrollo de las fuerzas productivas vía partido-Estado, y el dogma estalinista según el cual el progreso económico sólo era posible mediante el crecimiento de la industria pesada.

Al declarar la identidad entre socialismo y planificación central, la concentración de los recursos materiales y humanos en el sector I (medios de producción) de la economía fue una consecuencia lógica: las posibilidades toscas e inflexibles del aparato planificador obligaban al desarrollo de la industria pesada —y en particular la militar— en pocas unidades productivas. No importó que aquello implicara una enorme pér-

dida de recursos y de energía humana, porque al principio hubo en efecto "crecimiento y progreso", y nadie preguntó por el costo de la empresa; éste solo se presentó cuando la red económica se había diversificado, mostrando con insistencia que el armazón de la burocracia quedaba estrecho para el manejo de economías complejas e interdependientes.

No obstante los múltiples tratados técnicos sobre la cibernética que se han elaborado con gran fe en los países del este, la nomenclatura no asumió lo esencial de los sistemas autorregulativos: los subsistemas tienen que ser autónomos para poder adaptarse a la dinámica del conjunto. Tal como en una partida de billar: el juego solo funciona cuando cada bola puede moverse libremente. No es posible mantener un control rígido y a la vez exigir la flexibilidad individual de cada unidad productiva. Siguiendo con la imagen: el Estado puede determinar las reglas de juego, pero no el juego en sí mismo. Todas las reformas económicas emprendidas desde los años 50 (Libermann) fracasaron porque trataron el problema de la mediación entre el trabajo individual y social sólo de una manera técnica: incentivos individuales, nuevos cálculos de rentabilidad, infinitas reformas de precios, nuevos controles de calidad y la mayor autonomía relativa de las empresas; medidas todas que no lograron resolver la contradicción entre las metas planificadas, las necesidades de la población y la producción en unidades cada vez más complejas. Nunca se pudo elaborar una estructura de precios que reflejara el valor real de los pro-

ductos, las preferencias de consumo y el valor de los medios de producción. Por ello, tampoco fue posible obtener una estructura óptima del uso de los recursos. En estas condiciones, era lógico que se estableciera una economía de sombra que distorsionó aún más los circuitos de la planificación y del "mercado socialista".

En términos históricos, la política económica del socialismo nació de una situación de subdesarrollo. En la Unión Soviética de los años veinte, sumida en un estado generalizado de atraso productivo, el desarrollo de las fuerzas productivas fue visto como la muerte principal del socialismo. La idea de que el Estado sería el instrumento idóneo para forzar el desarrollo parecía lógico ya que, supuestamente, disponía de la capacidad de centralizar y canalizar las fuerzas económicas con mayor eficacia que el mercado. Se suponía que en una situación de subdesarrollo la administración centralizada de las fuerzas productivas llevaría rápidamente a una economía avanzada. Pero en vez de una economía próspera surgió la ideología del tonelaje, que confundió el cálculo en términos del valor de uso con la razón métrica.

Pero el valor concreto de una máquina no está determinado por las horas de trabajo, por su peso ni por el número de piezas que contiene, sino que depende de la función para la cual fue construida, función que define también quién la va a utilizar. En otras palabras, era la demanda la que debía determinar lo que se produjera, y no una central burocrática alejada de la articulación de las necesidades económicas de la socie-



dad.

En una sociedad sin tradición democrática alguna, era muy natural pensar en un desarrollo desde arriba; ante una situación de caos, pobreza, dependencias personales e ignorancia, la modernidad apareció como un mundo racional, lleno de luz, endurecido por leyes mecánico-instrumentales.

A nivel teórico, aquello implicó la comprensión instrumental de la teoría del valor. Si Marx había elaborado con el análisis de la mercancía y de la acumulación del capital un fino tejido de criticidad, los adeptos militantes y los miembros de la jerarquía política necesitaban, por el contrario, fórmulas de legitimación del poder estatal, de modo que suprimieron el potencial crítico de la teoría para transformarlo en un saber de afirmación ideológica. Promotores del progreso de las fuerzas productivas, admiradores de la modernidad como canto supremo del cambio y de la ruptura, adoraron el cálculo matemático y la ingeniería como los instrumentos centrales del desarrollo, y como antípodas culturales de las tradiciones étnicas, de la ignorancia del campesinado y del atraso. Así, el socialismo se transformó de una utopía de emancipación, en una maquinaria de la acumulación originaria.

La funcionalización de la ley de valor como instrumento aritmético de planificación, ignoró que el valor no es susceptible al cálculo en términos de horas de trabajo. Como el trabajo socialmente necesario sólo se impone mediante las fluctuaciones del mercado, es imposible saber de antemano la magnitud del valor social. Éste se manifiesta en el

juego de los precios, y solo a espaldas de los productores genera el hilo social entre los individuos. Mientras la sociedad está compuesta por una red de productores y consumidores separados, la ley de valor se impone en un movimiento que oscila alrededor de un equilibrio imaginario e inestable. La voluntad política no es capaz de anular el mecanismo mediante decreto, pues son las relaciones sociales individualizadas las que generan las formas mercantiles, formas que no desaparecen simplemente con la abolición de la propiedad privada. La creencia de que la forma jurídica de la producción incide de manera directa en su organización económica y social fue, fundamentalmente, el dogma que llevó la política económica socialista al fracaso. Por el solo hecho de tener una forma estatal de propiedad los colectivos agropecuarios y los complejos industriales no resolvieron la tensión entre el carácter individual de la producción y su interdependencia social. Y la alusión ideológica permanente a los valores morales de la colectividad sólo ofuscó el carácter verdadero de las relaciones sociales, que siguieron siendo mercantiles. Al tratar el mercado como algo endemoniado, la burocracia se cerró el camino para comprenderlo en su función de mediador de informaciones y del trabajo gastado en una sociedad fragmentada.

Bajo estas condiciones, el Estado sólo pudo desempeñar un papel de compensación y de generación de metas macroeconómicas, interviniendo mediante la política monetaria, fiscal y de crédito, para dirigir recursos a los sectores preferenciales; es decir, el

tipo de política estatal que formula estrategias económicas a largo plazo, mientras las empresas procesan estos datos vía los mecanismos del mercado. Si las fuerzas del mercado hubieran conducido la economía en una dirección socialmente no aceptada, el Estado habría intervenido con el instrumental de la política económica. Además, hubiera podido manejar los precios de los bienes naturales, evitando así el desastre ecológico que dejó atrás la economía socialista. Ello suponía una verdadera socialización de la propiedad, el pleno funcionamiento del mercado y la democratización de las decisiones de la política económica, y no solo la identificación ideológica entre socialización y estatismo.

La burocratización de la economía no resolvió ninguno de los problemas; al contrario, los agravó en la medida en que identificó sus intereses con los intereses de los demás.

El laberinto del lenguaje y la obsesión de control

La élite política confundió su discurso con una realidad cada vez más distanciada del edificio bizantino de justificaciones retóricas. Bajo esta capa discursiva se generó la desconfianza entre la nomenclatura y la población, un desdoblamiento del lenguaje que penetró todas las esferas comunicativas. Así, la burocracia utilizaba un lenguaje del cual desconfiaba, pero que seguía manejando a falta de otro, y la gente se vio obligada a dividir su lenguaje en uno o varios dialectos oficiales y en otros privados, y todos a la vez apren-

dieron el arte de decir lo necesario en un lenguaje de doble sentido. Los mensajes de ambigüedad se establecieron como los vehículos generalizados de la comunicación, convirtiendo a la adivinación en un arte necesario para descifrar los códigos secretos. De esta manera se daba una correspondencia entre el mercado económico de sombra y el mercado de las palabras de doble sentido. Lo paradójico de la comunicación socialista fue que su exigencia totalitaria de transparencia y racionalidad la convirtió en uno de los lenguajes más ambiguos y enigmáticos de la modernidad.

Este laberinto kafkiano de la comunicación provocó el afán obsesivo del control desde arriba: como nadie confiaba en nadie, el control social apareció como el único instrumento capaz de imponer un orden práctico. ¿Pero en base de qué información la nomenclatura controlaba la sociedad? ¿En base al reinante lenguaje fantasmagórico? Es evidente que el poder fue víctima de su propia falsificación: ya no sabía distinguir entre informaciones reales e informaciones distorsionadas. Así, el monstruo comunicativo borró las fronteras —siempre nebulosas— entre el saber práctico y su transfiguración.

Con el lenguaje pasó algo semejante a lo que ocurrió con los precios: si al rato nadie sabía cuáles eran los precios que reflejaban la realidad económica, tampoco se sabía cuáles eran las palabras que correspondían a un orden práctico o solo a la lógica interna del laberinto comunicativo, evidenciándose, contra toda noción materialista, que las palabras sí crean un mundo de poder

propio. La venganza de lo reprimido se expresó en la imposibilidad del Estado de disponer de informaciones necesarias para la planificación y el ejercicio del poder: en las sociedades contemporáneas, en las cuales el manejo de la información es uno de sus pilares centrales, el perderse en las esferas desdobladas de la comunicación significa la paulatina excavación de su propio poder. Así quedó en evidencia que las rebeldías de ahora ya no se manifiestan en barricadas y banderas, sino en la subversión comunicativa, en las resistencias lingüísticas y los códigos cifrados de grupos individualizados con características tribales. Porque lo verdaderamente nuevo de la revolución del este consiste en la ausencia de organizaciones políticas centralizadas y de la militancia ideológica tradicional.

Durante años, la angustia y el temor fueron generando signos y símbolos opuestos a la simbología oficial, y el sistema llegó a un punto donde ya nadie compartía un lenguaje común: era la perfecta fragmentación de la comunicación. De allí surgirían las fuerzas de disociación, ya no solo conformadas por los rebeldes clásicos, sino por los cómplices y coautores del laberinto que simplemente llegaron al límite de su capacidad de moverse en él; el gastado hilo de Ariadna se rompió y lo que estamos experimentado ahora es el colapso de uno de los proyectos clásicos de la modernidad.

El mérito de Gorbachov radica en haber entendido que ni las reformas técnicas ni las campañas ideológicas iban a resolver los problemas acumulados en las últimas décadas. Comprendió que

sin una capacidad efectiva de decisión de los individuos que manejan el saber real no hay cómo manejar una economía moderna. Al realizar la vinculación entre el saber, la creatividad, la capacidad de decisión y la democracia, Gorbachov destapó el problema crucial, provocando un proceso que ya está rebasando sus intenciones iniciales; es sabido que la resistencia al cambio que dominaba la escena política del este tenía una de sus raíces precisamente en el temor de que la democratización de la sociedad conduciría a la disolución del imperio soviético.

Ya en los años 20, en el seno mismo del Partido Comunista se formularon severas críticas del modelo estalinista de industrialización y del tratamiento ideológico del mercado. Los más lúcidos insistieron en que las relaciones sociales extremadamente diferenciadas, la heterogeneidad de la estructura productiva, las diversas pautas de consumo y las enormes distancias geográficas no iban a desaparecer por la voluntad del buró político, sino que tenían que expresarse económicamente en la forma mercantil. A ésta conclusión, al menos, tenía que llegar un buen marxismo al estilo de Bujarin o de Rosa Luxemburgo. Igualmente era evidente que la diferencia entre campo y ciudad no iba a esfumarse porque la obsesión progresista del partido quería que se esfumara. La colectivización forzada de la propiedad campesina ignoró las relaciones íntimas entre los campesinos y la tierra, con la consecuencia tal de que hasta ahora la producción agrícola en la Unión Soviética es tan deficiente que tiene que ser completada con importa-

ciones de los Estados Unidos para alimentar al pueblo.

Es impresionante constatar cómo el leninismo-estalinismo transformó el análisis "materialista" de la sociedad en el voluntarismo de una vanguardia industrializante. Y es también impresionante ver cómo el partido puso al marxismo de cabeza, y todos quienes se oponían desaparecieron en el Gulag o en fosas comunes en nombre del tiempo nuevo.

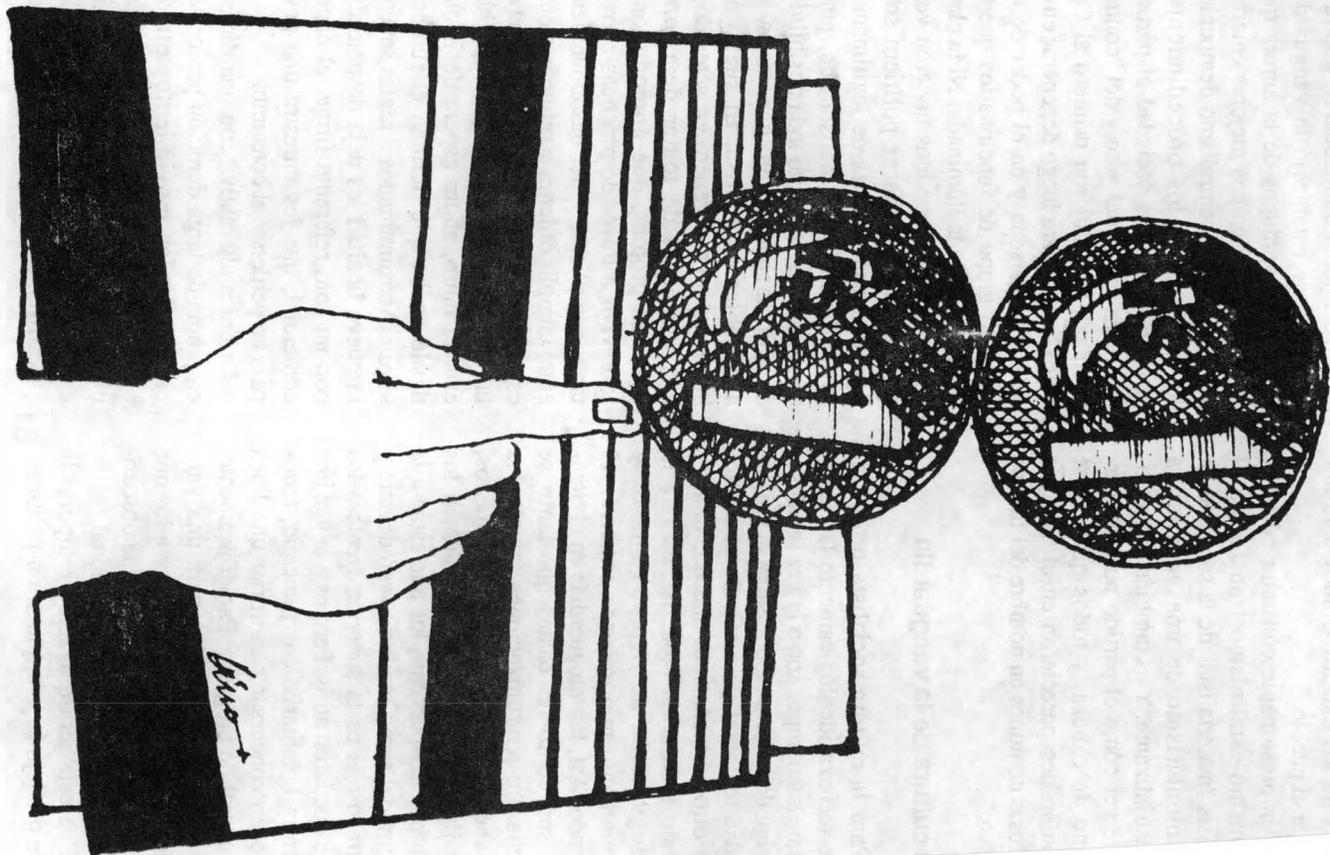
La cultura de la vanguardia

Para la cultura socialista ortodoxa, que rechaza ideológicamente las jerarquías, los tiempos son a la vez iguales y desiguales. Por un lado, adora la uniformidad temporal y su cálculo abstracto; por otro, el mañana es más que el ayer. Como toda secta moderna, declara la inauguración de tiempos nuevos y obviamente mejores que entierran el pasado. Así, las vanguardias en el tiempo son como las castas que tanto se rechazan: jerarquizaciones temporales (Gabriel Zaid). Los hombres nuevos, los iluminados, los que presienten los tiempos del porvenir, los que están a la altura del ritmo moderno, van delante y forman una casta superior, frente a los que quedaron atrás. Pero es a la vez una carrera igualitaria: en principio, todos pueden concursar para forjar una línea temporal de progreso. Paradójicamente, la supuesta igualdad genera una vanguardia que cree servir mejor a los que se quedaron en el pasado, en la obscuridad de la inmovilidad tradicional.

Fue esta jerarquización temporal la que produjo la jerarquización política:

en vez del poder tradicional de guerra y consenso, se estableció la vanguardia del partido, verdugos de la aurora que en nombre de tiempos mejores enterraron la teoría del centralismo democrático: al trasladar los procedimientos democráticos de la sociedad al partido único, las reglas del voto y del "control popular", se redujeron primero al Comité Central, para luego degenerar en el culto a la persona y en el poder de un reducido grupo de funcionarios que se creía la avanzada iluminada. Ni la clase obrera ni los campesinos tuvieron voto alguno en el quehacer político; solo figuraron como úteres de legitimación en un discurso paternalista que, junto con las armas, les quitó toda posibilidad de articulación propia, generando así una población sumisa. El sueño del hombre nuevo degeneró en seres dóciles, incapaces de tomar decisiones públicas propias, que aprendieron a sobrevivir a través de prácticas corruptas y cómplices, y del desdoblamiento entre cumplir órdenes y refugiarse en el espacio privado. Esta es la tragedia de la revolución del este: la gente que hizo caer el muro, ahora espera decisiones desde arriba que definan el rumbo a seguir. Acostumbrados a reglas severas, la nueva libertad les deja desubicados; con un solo referente firme: el capital comercial, que les muestra una pauta para no perderse: el consumo.

La única alternativa con una dinámica propia de larga duración parece articularse en los movimientos étnicos nacionalistas. Cuando las etnias aparecieron como obstáculo de la gran empresa del desarrollo de la unión socialista, se optó por el fusilamiento



FLACSO
ECUADOR



REV9826

y el traslado forzoso de pueblos enteros. Así, el problema étnico se hundió en los conceptos de clase y desarrollo, para después de 70 años emerger como uno de los detonantes más poderosos contra el imperio ruso. Desde el discurso del internacionalismo está levantándose el nacionalismo étnico como el movimiento más articulado del este; conclusión absurda del iluminismo socialista que llenará el enorme vacío que ha dejado el estatismo unificador. Así, la combinación entre el tercermundismo oriental y el nacionalismo étnico se perfila como una de las fuerzas determinantes del post socialismo, y frente a la cual el discurso del mercado, la modernización y la orientación hacia Europa occidental podrían quedarse cortas.

El oportunismo de izquierda

En los años 60 y 70 se criticó a fondo, desde la izquierda, la sociedad del socialismo real (por ejemplo Bloch, Adorno, Horkheimer, Marcuse, Bahro, Havemann). Pero los dirigentes comunistas suprimieron las críticas o las calificaron como desvios pequeño-burgueses, posiciones anarquistas, o simplemente maniobras del imperialismo, preparando así el terreno de la miseria actual de la izquierda que identificó la criticidad y la oposición al capital con el movimiento comunista de partido y la burocracia sindical; y que justificó por décadas los errores del socialismo real en contra de la decencia intelectual, en contra de evidencias empíricas del Gulag y en contra del pensamiento crítico de generaciones de disidentes

anticapitalistas de corrientes y matices distintas. El anhelo de la libertad, los intentos autogestionarios, los movimientos étnicos autónomos y religiosos, socialdemócratas y anarquistas, fueron sacrificados en el altar de la lucha anti imperialista y del desarrollo socialista.

La perversión fue tan perfecta que en este momento cualquier oposición apareció como ortodoxia inflexible, o como aventurerismo romántico, y se ha erigido una presión enorme hacia la resignación o el conformismo, conformismo que es la otra cara de la metafísica trivial y del acomodo en el aparato, pues el oportunismo no fue sólo patrimonio de la pequeña burguesía: la izquierda lo ha admitido en la corte de los partidos, de los sindicatos, de las universidades y de los círculos intelectuales. No existe universidad en América Latina que no haya entronizado un marxismo de última categoría como ideología progresista dominante, reprimiendo cualquier pensamiento contracorriente que tratara de pensar lo otro, experimentar ideas y buscar alternativas a una realidad que tiende a quedarse en lo conocido, aún cuando se vuelva insostenible.

Hace diez años se disputaba sobre la crisis del marxismo; hoy, aquel discurso parece haber sido el último grito de emergencia de aquellos que querían despertar a las cabezas cansadas de los partidos para salvar al marxismo crítico. Mas los sordos dirigentes no podían escuchar y menos aún cambiar de rumbo. Con ellos —al fin— se hundió el marxismo como sistema ideologizado de interpretación del mundo y lo que todavía queda de Marx enfrenta un

futuro incierto.

Muchas de las primeras voces disidentes del otoño del 89 todavía anhelaban un socialismo diferente, una alternativa entre los estériles bloques de la guerra fría. Otra vez apareció la utopía del socialismo democrático, despojado de las atrocidades en el horizonte de las esperanzas. Fue un sueño de corta duración.

Por lo pronto, la mayoría de las sociedades del este anhela el progreso al estilo occidental, y para muchos, la unificación de Europa significa el matrimonio con las monedas fuertes de occidente. Una vez más la economía del libre mercado encontrará consumidores místicos, gente que trabaja y compra con esa mentalidad dinamitera de los años del despegue de postguerra, compuesta de necesidad primaria y religiosidad consumista.

La vulgarización del marxismo

A la transformación del marxismo en religión estatal correspondió su vulgarización. En América Latina, la ideología progresista degeneró en pedagogía popular: los manuales de la economía política fueron el pan diario de generaciones de universitarios. El análisis crítico del capital se convirtió en el recetario instrumental de la ideología revolucionaria, y la comprensión de las sociedades modernas —capitalistas y socialistas— se vulgarizó en los cajones simplistas de los Materialismos Histórico y Dialéctico. Así, el análisis de las relaciones sociales latinoamericanas fue esquematizado en los moldes de la teoría de los modos de producción, mien-

tras la comprensión del mestizaje, de la heterogeneidad cultural, de la religiosidad y de los valores morales peculiares, era minada por la tesis de la estructura y la superestructura. De esa manera, la peculiaridad social y cultural de todo un continente se hundía en los términos de subdesarrollo y desarrollo, imperialismo y liberación nacional.

La percepción latinoamericana del "pensamiento revolucionario" se caracteriza por un problema nunca resuelto, propio tanto de los países en "vías de desarrollo" como en "vías del socialismo", a saber: que la determinación de las causas del subdesarrollo y del atraso está impregnada por la meta de alcanzar los niveles de vida de los países capitalistas industrializados. El desarrollo tiene como referente el nivel que ha logrado occidente.

La modernización era buena y anhelada profundamente por la intelectualidad latinoamericana. Pero, ¿quién determinó el contenido de la modernización? Por un lado se criticó a occidente como imperialista; por otro se festejó el progreso que empíricamente sólo presentaba dos versiones: la modernidad en términos capitalistas, o el desarrollo de las fuerzas productivas en el socialismo estatal.

Es que el marxismo no se difundió como una teoría crítica, sino que, en América Latina, asomó con una doble cara: como metáfora de la actitud anti imperialista, y como teoría del progreso de las fuerzas productivas bajo la tutela del Estado. La crítica cultural de la modernidad y la búsqueda experimental de los nuevos movimientos sociales solo fueron percibidas marginalmente y

nunca penetraron a las universidades, los partidos o los movimientos populares. En la tradición latinoamericana del positivismo instrumental, el marxismo fue desde el principio una ideología destinada a justificar una maquinaria estratégica para conquistar el poder. Reducido su mensaje a una moraleja de la defensa de los pobres, no tenía nada que ver con la tradición crítica europea, ni con los movimientos occidentales desidentes; más aún, ni siquiera había nacido de la resistencia indígena y campesina del continente.

José María Arguedas trató de encontrar una síntesis entre el socialismo y los movimientos indígenas y campesinos. Su suicidio ilustra la tragedia de la izquierda latinoamericana, incapaz de hallar un puente entre el discurso revolucionario racionalista, occidentalizado y modernizante, y la carga cultural indígena de los movimientos campesinos. En esa imposibilidad se encuentra, tal vez, una de las causas materiales de la esquematización del discurso de izquierda, su reducción a enunciados populares y afirmaciones revolucionarias con el afán de "acercarse al pueblo". Y, tal vez el suicidio del escritor peruano fuese uno de los gérmenes de Sendero Luminoso: desde la muerte propia hacia la muerte de los demás. Porque la disociación entre el discurso de la izquierda y la cultura de los movimientos de resistencia indígena y campesina, no se pudo evitar ni con la vulgarización del marxismo ni con la actitud de culpabilidad y sacrificio.

Ahora, perdido el referente del socialismo real, la ausencia histórica de las corrientes críticas del marxismo dejó a

la izquierda latinoamericana en un enorme vacío. Ello no significa que la renovación de la Escuela de Frankfurt, o los movimientos de autogestión, o el anarquismo, brindan una salida política para la izquierda: ni aquí, ni allá. Pero el potencial crítico de aquellas tradiciones ha creado una sensibilidad para detectar el carácter ideológico de los llamados "tiempos más allá de las ideologías"; con su capacidad analítica afilada en los conflictos ideológicos de los años 20 y el fascismo, dicho pensamiento descubre en la cultura moderna de masas, en el elogio del mercado y en el discurso post moderno fuertes dosis ideológicas que tienden a convertirnos en dóciles ratas consumistas, o peones eternos del palacio de cristal. Es esta sensibilidad crítica del adorno de la "dialéctica del iluminismo" la que alimenta una disidencia más allá de los cánones de la izquierda tradicional y del discurso aritmético de la modernización; disidencia que en América Latina se nutrirá de una nueva criticidad desencantada de los proyectos de la modernidad y de movimientos sociales, cada vez más autónomos y carentes de un discurso único.

Estos movimientos lograrán una dinámica propia dentro de nuevas reglas democráticas institucionalizadas, liberadas del discurso tradicional de izquierda y de las seducciones de un nuevo fundamentalismo étnico-nacionalista o, frente a la tremenda carga social que está soportando América Latina, se hundirán en el populismo fascistoide, asociado al proyecto económico neoliberal. •

OCHO TESIS SOBRE LA CRISIS DEL 'SOCIALISMO REAL'

Michel Löwy

TEMA CENTRAL

El socialismo y el comunismo, no como estados pretendidamente "existentes", sino como programas que inspiran después del siglo y medio el combate liberador de las clases explotadas y de los grupos oprimidos del mundo entero, no solamente no están "muertos", sino que conservan la más viva actualidad.

1. No se puede morir antes de nacer. El comunismo no está muerto por la sencilla razón de que aún no ha nacido. El socialismo tampoco. Eso que la derecha llama "Estados Comunistas", y la doctrina oficial del Este "Socialismo realmente existente", constituyen un conjunto de sociedades post capitalistas que han abolido la propiedad privada de los principales medios de producción pero que están aún muy lejos del socialismo es decir, de una sociedad donde los productores asociados son los dueños del proceso de producción, una sociedad fundada sobre la más amplia democracia y sobre la autogestión económica y política, una sociedad liberada de toda explotación y opresión de clase, de etnia o de sexo.

liberal llama la "muerte del comunismo" —expresión periodística superficial, que busca legitimizar la ideología dominante— replantea un hecho real: la profunda crisis de las reformas autoritarias y burocráticas de transición al socialismo, nacidas del modelo estalinista establecido en la URSS entre los años 20 y 30. El fabuloso movimiento democrático de millones de obreros y estudiantes chinos y su brutal represión militar por la gerontocracia en el poder —bajo la dirección de ese gran amigo de los Estados Unidos y promotor de la "modernización económica", Deng Xiao Ping— es la expresión más visible de esta crisis que se manifiesta de manera diferente en cada sociedad post-capitalista: derrota electoral espectacular del POUP polaco, crisis de la hegemonía PSOH en Hungría (del CED de

2.- Eso que la prensa reaccionaria o

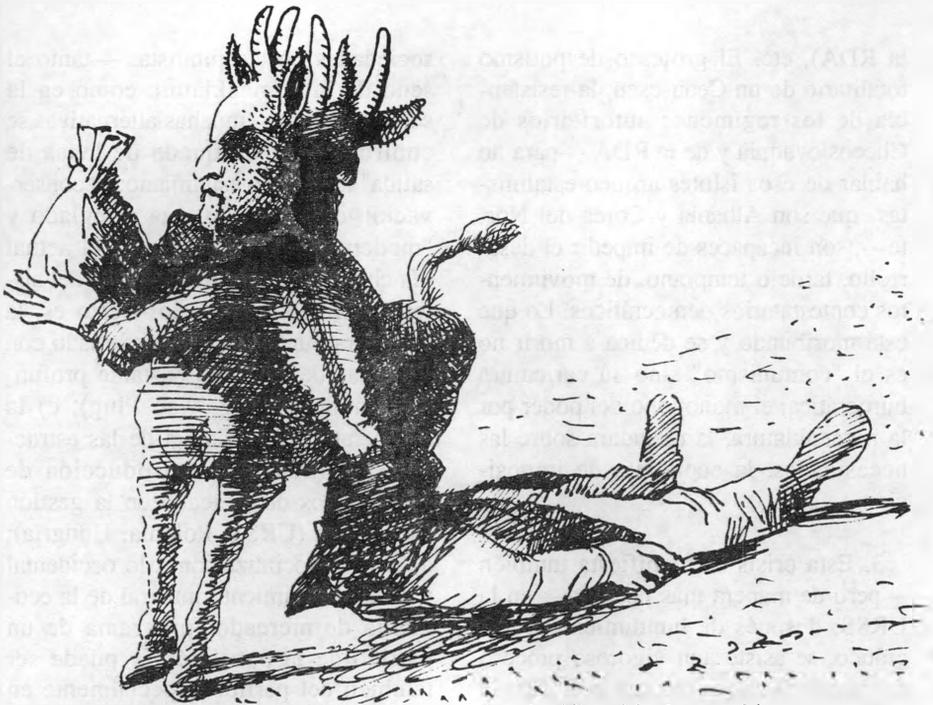
la RDA), etc. El grotesco despotismo totalitario de un Ceausescu, la resistencia de los regímenes autoritarios de Checoslovaquia y de la RDA —para no hablar de esos islotes arqueo-estalinistas que son Albania y Corea del Norte—, son incapaces de impedir el desarrollo, tarde o temprano, de movimientos contestatarios democráticos. Lo que está moribundo y se dedica a morir no es el "comunismo" sino su caricatura burocrática: el monopolio del poder por la nomenklatura, la dictadura sobre las necesidades, la economía de imposición.

3. Esta crisis se manifiesta también —pero de manera más positiva— en la URSS: después de hundimiento burocrático, se asiste aun vigoroso proceso de desmantelamiento de la herencia estalinista, donde el motor es la dialéctica entre las reformas por lo alto —promovidas por Gorbachov y su equipo— y el movimiento democrático por la base: los frentes populares, los clubes ecológicos, socialistas y reformadores, la movilización de las naciones periféricas. La política de reformas de la nueva dirección soviética (perestroika) está llena de contradicciones combinando una apertura democrática notable (glasnost) con reformas económicas de mercado, que ponen en peligro las conquistas de la clase obrera con iniciativas muy positivas de desarme, pero también con tendencia a reducir sustancialmente el apoyo a las revoluciones del Tercer Mundo.

4. En la lucha política y social que se desarrolla en la URSS y en otras

sociedades post capitalistas —tanto el seno de la nomenklatura como en la sociedad civil—, muchas alternativas se confrontan en búsqueda de "vías de salida" al modelo estaliniano: a) conservación del viejo sistema arreglado y "modernizado" (por ejemplo la actual vía checa); b) el mantenimiento del sistema político autoritario —esto es, la dictadura burocrática— combinado con reformas de mercado bastante profundas (modelo Deng Xiao Ping); c) la democratización relativa de las estructuras políticas y la introducción de mecanismos de mercado en la gestión económica (URSS, Polonia, Hungría); d) una democratización a lo occidental y el restablecimiento integral de la economía de mercado (programa de un partido de la oposición, y puede ser también del partido especialmente en Polonia y Hungría); e) la democratización general del poder político y una planificación democrática de la economía, fundada sobre la autogestión (programa de sindicalistas y opositores socialistas del partido). El futuro de esta confrontación está lejos de ser decidido.

5. Contrariamente a lo que afirman al unísono y con alegría la prensa liberal, los economistas burgueses y los gobiernos occidentales, el capitalismo, la economía de mercado y el sistema de ganancias no constituyen la única alternativa posible a la catástrofe de la "economía de imposición" —esto es, de la planificación burocráticamente centralizada— que existe en los países post capitalistas. Tertium datur: existe otra vía, la de la democracia socialista es decir,



la autogestión generalizada (de la base hacia arriba), la planificación democrática por la sociedad misma que determine libremente después de un debate abierto y pluralista, las principales alternativas económicas, las prioridades en la inversión, las grandes líneas de la política económica.

6. Contrariamente a lo que afirma cierto número de economistas y de dirigentes reformistas de los países del Este, no hay ningún lazo directo y lógico entre reformas económicas de mercado y democracia política, "libertad" económica y libertad política. La China de Den Xiao Ping acaba de dar un mentís contundente a esa doctrina. Esa respuesta muestra que si las reformas de mercado pueden resolver transitoriamente ciertos problemas creados por

la planificación burocrática crean problemas igualmente graves: desempleo, éxodo rural, corrupción, altos precios, desigualdades sociales crecientes, regresión de servicios sociales, criminalidad en ascenso, sumisión de la economía a los capitales imperialistas y la imposición de los bancos internacionales.

Llevadas a término, amenazan con reducir a polvo las principales conquistas de los trabajadores: garantías de empleo, mínimo vital asegurado, etc.

7.- Las fechorías y crímenes cometidos a nombre del comunismo y del socialismo por regímenes burocráticos de las sociedades post capitalistas (desde las purgas sangrientas de los años 30 hasta la invasión de Checoslovaquia en 1968 y la de

Afganistán en 1979) han dañado gravemente al idea misma de un futuro socialista y favorecido a la adhesión a la ideología burguesa de sectores significativos de la población, tanto en el este como en el oeste. Sin embargo, la aspiración a una sociedad libre e igualitaria, a una democracia socialista y a la autogestión, están profundamente enraizadas dentro de los trabajadores, en ambos lados de las fronteras entre los bloques. Desde este punto de vista, el socialismo y el comunismo, no como estados pretendidamente "existentes", sino como programas que inspiran después del siglo y medio el combate liberador de las clases explotadas y de los grupos oprimidos del mundo entero, no solamente no están "muertos", sino que conservan la más viva actualidad.

8. Hoy más que nunca el comunismo

debe ser la "crítica implacable de lo que existe". En oposición, las ideologías apoloéticas del orden establecido, los discursos "realistas" de legitimación del mercado capitalista o de la dictadura sobre las necesidades, el comunismo encarna el principio de la esperanza, la utopía concreta de una sociedad emancipada. Pero no existe aún una respuesta completamente clara para los problemas de transición al socialismo: ¿Cómo combinar la democracia representativa y la democracia directa? ¿Cómo articular la planificación democrática con las supervivencias inevitables del mercado? ¿Cómo conciliar el crecimiento económico con los imperativos ecológicos? Nadie puede pretender el monopolio de la verdad: estas cuestiones —y otras muchas semejantes— demandan un debate pluralista y abierto, un proceso de aprendizaje recíproco. •



EL FUTURO DE LA IZQUIERDA

Régis Debray

TEMA CENTRAL

La derecha puede darse el lujo del pragmatismo y la perspectiva en el corto plazo. La izquierda, que lucha por la actualización de una idea sobre una sociedad más justa, está condenada a la perspectiva de largo plazo. Para ganar las elecciones, o reducir el déficit presupuestario, los socialistas deben ocultarse tras el realismo. Pero al hacerlo se arriesgan a ceder el alma por un cómodo lugar en los salones del statu quo.

El líder soviético Mijail Gorbachov invitó recientemente a Willy Brandt, presidente de la internacional socialista, a unírsele en la búsqueda de reformas para rejuvenecer al socialismo. Los pocos que siguen siendo miembros de los partidos comunistas de Europa Oriental buscan ansiosamente en los socialistas demócratas de Europa, en un esfuerzo desesperado, la forma de remozar su imagen y su doctrina. Qué improbable una resurrección. Y qué ironía de la historia.

Los socialistas confirmados, como el líder francés León Blum y el socialista alemán Karl Kautsky, quienes demandaron en 1920 que el socialismo siguiera fiel a los principios democráticos o degeneraría en una dictadura, fueron condenados por los bolcheviques y

destinados al rincón sucio de la historia. y aun así esta misma clase de socialista está siendo llamada a reciclar los restos de un comunismo marxista luego de la apertura democrática del Este.

La historia siempre es fiel a sus ironías. ¿Por qué entonces el triunfo socialista es tan modesto en su celebración y tan confuso para quienes celebran? Porque los socialistas, de hecho, no tienen nada preciso ni inspirado a los huérfanos de este sueño igualitario.

En una época en que el incuestionable liderazgo de la lucha por la emancipación de la humanidad recae sobre ellos, los socialistas se comportan como si ellos mismos hubiesen renunciado a su histórico papel.

Olvidados por la administración pública, diluidos por la política electo-

ral, vulgarizados por las demandas de la demagogia de los medios masivos, los socialistas de Europa Occidental están a la vez victoriosos y desencantados.

Hoy la izquierda socialista sufre una crisis de credibilidad, legitimidad e identidad. Ha perdido su base social coherente cuando no pudo ya definirse como el vocero de la clase trabajadora, como el defensor de los explotados contra los explotadores. La producción ya no descansa primariamente en la labor física sino que depende de la información.

Adicionalmente, el lugar del trabajo ya no es el centro de la sociedad. Y la sociedad está menos y menos dividida en líneas antagónicas de clase, mientras se divide cada vez más en líneas étnicas, religiosas, idiomáticas, de status consumistas y edad/género. Ya no existe una clase escogida. En lugar de ello hay diversas asociaciones de empleados que luchan entre ellos por las tasas de impuestos deducciones hipotecarias y tarifas para el cuidado infantil.

Finalmente la izquierda ha perdido su sentido de misión histórica.

Desde que aprendió que una plataforma política no puede por sí misma alterar la tasa de cambio o de inflación, la izquierda ha estado renuente a despertar las expectativas o hablar de proyectos sociales, temiendo que sus adversarios la cataloguen como una soñadora irresponsable.

Los socialistas de Europa han tenido un brillante éxito, pero no estoy seguro de lo que tuvieron que hacer con el socialismo. Es como si el socialismo pudiera servir a todos excepto a los suyos. Felipe González ha moderniza-

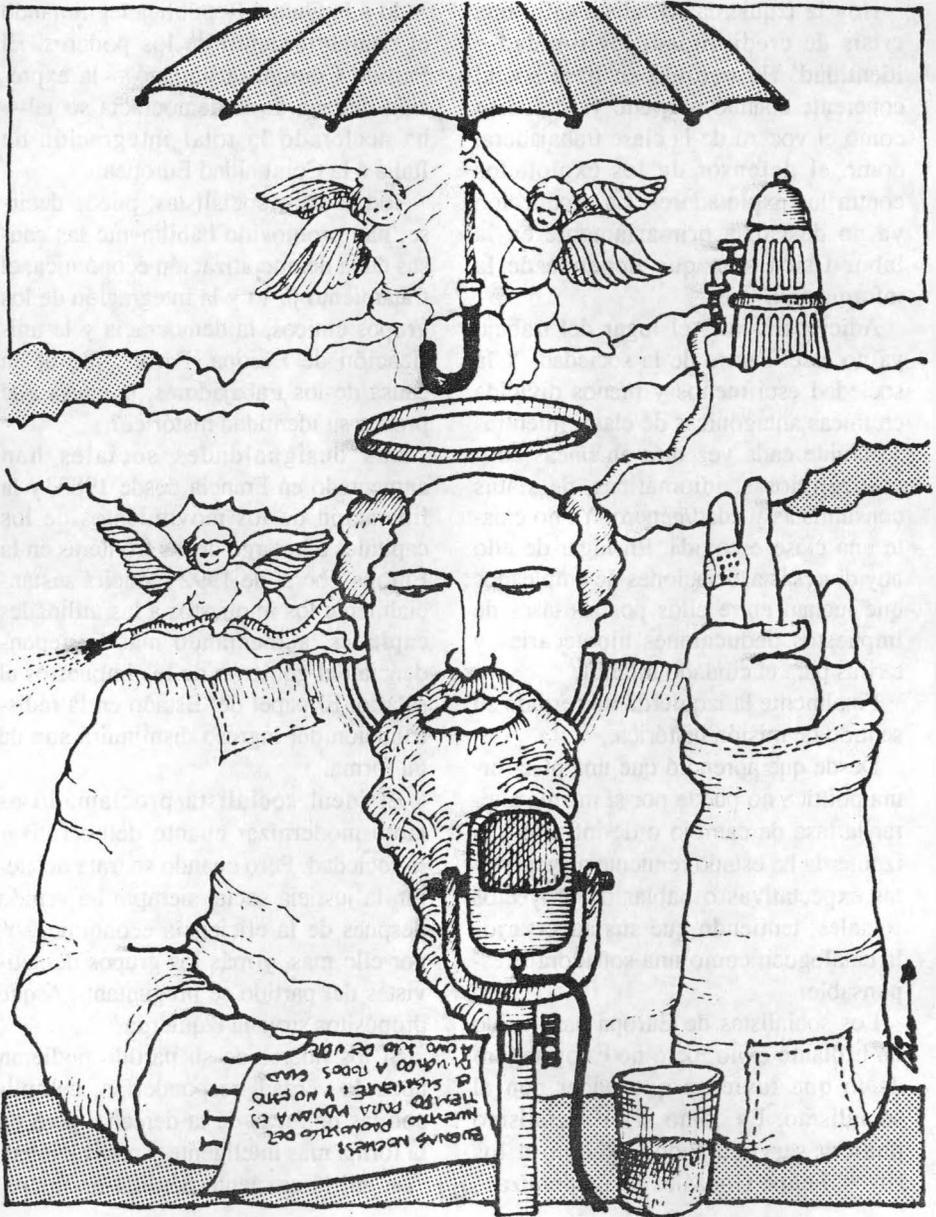
do a España abriéndola al capital internacional. Willy Brandt ha servido fielmente a la causa de unificación germana. François Mitterrand ha democratizado a la Quinta República legitimando el compartimiento de los poderes. El Partido Comunista italiano —la expresión italiana de la democracia social— ha acelerado la total integración de Italia a la Comunidad Europea.

Todos estos socialistas, puede decirse, han promovido hábilmente las causas de la democratización económica, el tratamiento justo y la integración de los grupos étnicos, la democracia y la unificación de Europa. Pero, ¿qué de la causa de los trabajadores, la causa que provee su identidad histórica?

Las desigualdades sociales han aumentado en Francia desde 1983, y la liberación de los movimientos de los capitales a lo largo de las fronteras en la Europa liberal de 1992 reducirá sustancialmente los impuestos a las utilidades capitales, aumentando más la dependencia del gobierno de los impuestos al salario. El papel del Estado en la redistribución del ingreso disminuirá aun de tal forma.

El ideal socialista proclamado es tanto modernizar cuanto democratizar la sociedad. Pero cuando se trata de elegir, la justicia social siempre ha venido después de la eficiencia económica. Y, por ello más, y más los grupos de activistas del partido se preguntan: ¿A qué propósitos sirve la izquierda?

Si los líderes de su partido pudieran decir la verdad, responderían: cumplir con las políticas de la derecha, pero de la forma más inteligente y más racional. De ahí la creciente pérdida de interés



Buenas Noches
Nuestro programa del
momento para mostrar a
los estudiantes y no otros
diversos a todos sus
a una hora de vista

L

en la política y la dramática caída en la participación electoral. De ahí la degeneración de facto de la Internacional Socialista de una organización de nebulosa ambigüedad.

Cada izquierda en cada país continúa luchando, pero claramente a la defensiva. Ellos defienden el derecho de los trabajadores contra las demandas de la empresa; defienden las ganancias sociales contra la lógica de una sociedad de dos clases (que toleran que un tercio de la población quede afuera); defienden las libertades individuales contra las amenazas de la mayoría moral; defienden el principio de una economía mixta para salvaguardar un mínimo de servicios públicos de los tentáculos de las fuerzas del mercado. Defender, salvaguardar, preservar, dicen. La izquierda ya no es una fuerza pro activa sino simplemente un freno del mercado. Habiendo renunciado a un papel en la lucha por el poder contra los poderosos, la izquierda se considera un contrabalance, un discreto mecanismo de equilibrio.

El hecho es que, hasta hoy, no se ha desarrollado una alternativa viable al dinamismo del mercado mundial. Dado el colapso del comunismo, los socialistas demócratas tendrían ahora un papel preeminente si pudiera haber demostrado que existe una alternativa. Pero no lo han hecho.

Al salvaguardar y preservar ciertos dominios de la creatividad y la dignidad—como las actividades culturales, educación pública, el medio ambiente, la televisión, la investigación científica—de la intrusión de las relaciones del mercado, los socialistas podrían crear

una situación en que el temor al gobierno todopoderoso será en todas partes reemplazado por los todopoderosos y corruptos dólar, yen y marco.

¿No inspiran esta sobrias perspectivas el mismo entusiasmo que la certeza otrora sostenida de la caída del capitalismo? Entre tanto más, mejor. Es bueno que el socialismo, que en su nacimiento fue más como una casa de oración o tradición escolástica o fe religiosa, se haga más seclar y reflexivo en sus ánimos maduros aun si ello significa pérdida de militancia. Pero sería más tragedia para la izquierda seguir en su actual desierto de imaginación estéril.

La derecha, que siempre defiende primero sus propios intereses, puede darse el lujo del pragmatismo y la perspectiva en el corto plazo. La izquierda, que lucha por la actualización de una idea sobre una sociedad más justa, está condenada a la perspectiva de largo plazo. Para ganar la siguiente ronda de elecciones, o reducir el déficit presupuestario, los socialistas deben ocultarse tras el realismo. Pero al hacerlo se arriesgan a ceder el alma por un cómodo lugar en los salones del statu quo.

El capitalismo no tiene ahora amenazas inmediatas o competidores convenientemente incompetentes. Sus enemigos son ahora de su propia fabricación: El deterioro de la biosfera, el sobre crecimiento y deterioro de las manchas urbanas, la devastación del Tercer Mundo, las caídas del mercado de acciones y las crisis financieras.

Aun así tales males son, después de todo, curables. Hay, sin embargo un mayor mal: un creciente vacío en una sociedad cada vez más privada de sen-

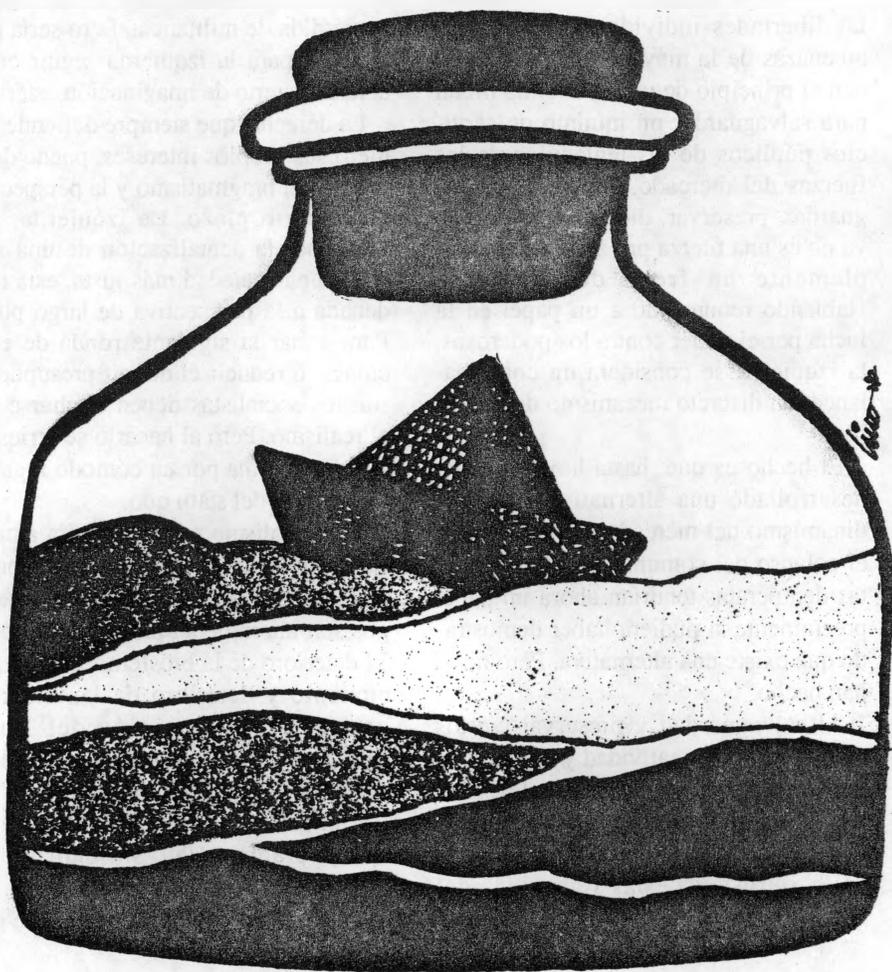
tido moral debido a su obsesión miope por el éxito materialista.

Pero las almas, no menos que la naturaleza, aborrecen el vacío. Pronto podríamos darnos cuenta de que las grandes ideologías, cuya muerte tan alegremente celebramos, fueron, en el análisis final, mucho menos sangrientas que los fanatismos étnicos y religiosos que llenan el vacío que dejaron.

Es aquí, creo, donde podemos descubrir la labor más importante y útil de la

izquierda en todo el mundo: la sustitución del socialismo como sentido moral y método civil por el socialismo como utopía. Una izquierda así redefinida podría ayudar a evitar un resultado en que la humanidad civilizada sucumba al canibalismo étnico y religioso. Si hay una ligera posibilidad de tener éxito en esta carrera contra la incivilización, debemos intentarla.

Brecha, Montevideo, abril/90.



ALFREDO PAREJA DIEZCANSECO

ECUADOR

Historia de la República

LA «RECONSTRUCCION» NACIONAL



EL BANCO DEL PROGRESO Y EL BANCO DE LA PRODUCCION
AUSPICIAN LA LECTURA DE NUESTRA HISTORIA

MUÑOZ HERNANDEZ
1988

USTED YA PUEDE COMPLETAR SU HISTORIA DE LA REPUBLICA

de Alfredo Pareja Diezcansco

•45 fascículos •3 tomos de contenido • 1 tomo de micro biografías
•Ilustraciones y recuadros • Información histórica hasta agosto de 1988

EDITORIA UNIDAD NACIONAL

Distribuye Muñoz Hnos. y Librería Selecciones

EL AGRO ECUATORIANO VISTO POR LAS CIENCIAS SOCIALES: 1975-1980

Fredy Rivera V.

ANÁLISIS

Al parecer existe un consenso entre las instituciones e investigadores que trabajan sobre lo agrario, a fin de que las Ciencias Sociales ecuatorianas construyan enfoques alternativos de las problemáticas agrarias, ya no desde las particularidades, sino desde las totalidades sociales.

1. Precedentes

A pesar que la intencionalidad de este trabajo se centraliza en una somera evaluación del desarrollo de las Ciencias Sociales desde 1975, en relación al agro, es procedentes anotar cierto marco introductorio que sirva de plataforma de partida para entender el objetivo propuesto. En ese sentido, no se puede negar los aportes académicos desarrollados desde los años 60 en relación a la cuestión agraria en el Ecuador.

Si bien los trabajos efectuados en esa década carecen de rigurosidad conceptual, y de un enfoque globalizador que incluya en su tratamiento el uso de categorías y métodos científicos, sus aportes, "lecturas" y observaciones sobre la realidad agraria, han permitido el acceso a una fuente confiable de conocimientos que sirven de insumo al

tratar problemas concretos que se alejan del juego de las especulaciones.

Es un hecho plenamente confirmado que, cuando empiezan los cambios en la realidad agraria del país, a inicios de los 60, las Ciencias Sociales inician paralelamente un proceso de reflexión sobre problemas agrarios, que para entonces condensan el interés y atención nacionales.

Los primeros intentos por analizar la situación agraria lo podemos encontrar en el **Informe del CIDA**, los trabajos de los esposos Costales Peñaherrera, los ensayos de Jaime Galarza y los aportes etno-antropológicos de G. Villavicencio y Burgos.

El informe del CIDA, que corresponde a una visión cepalina, describió la situación agraria ecuatoriana en términos dualistas latifundio-minifundio, estableció que el reducido tratamiento

del sector agropecuario obedece a una desigual estructura de propiedad de la tierra y una mínima presencia tecnológica en los procesos de producción, y describió el asedio sobre las grandes haciendas por las comunidades huasipungueras.

Los trabajos de los esposos Costales, **Historia social del Ecuador** (4 tomos) y los de Aníbal Buitrón, **El campesinado de la provincia de Pichincha**, forman parte de un enfoque antropológico cultural. Sus aportes hacen hincapié en las descripciones minuciosas, anecdóticas, llenas de datos empíricos de mucho valor como fuente de registro y consulta, pero deficitarios en la precisión de los conceptos utilizados, jerarquización de la información y escasa profundidad analítica en relación a los procesos socioeconómicos generales.

Sin embargo, en los trabajos de Costales se puede evidenciar un cierto tratamiento reflexivo que considera la realidad agraria como un hecho social en proceso de transformación, abandonando con esta postura una visión estática de las situaciones campesinas, pero sin llegar a determinar los componentes internos de los procesos de cambio. Al contrario, los procesos de transformación en el agro para estos autores son generados por la presencia de agentes externos como partidos políticos, sindicatos, el Estado y la Iglesia. Con este tipo de posiciones se estaba negando la potencialidad transformadora de los sujetos campesinos.

La mayoría de estos trabajos fueron realizados sobre contextos serranos. El Litoral ecuatoriano fue poco analizado desde esta perspectiva antropológica

cultural.

Una derivación de los enfoques antropológicos se pueden hallar en los trabajos etnográficos de C. Villavicencio, **Relaciones interétnicas en Otavalo**, y Hugo Burgos, **Relaciones interétnicas en Chimborazo-Ecuador**.

Aquí se nota un trabajo empírico más sostenido y un marco conceptual-analítico más profunda al determinar que las relaciones interétnicas jugaban un papel importante en las relaciones sociales dentro de un micro universo serrano. A más de ello, se constaba que la población indígena, localizada en zonas de "refugio", está expuesta a relaciones asimétricas de explotación, tanto desde la hacienda como desde el mercado, lo cual conduciría a que estos grupos sociales se encaminaran hacia la proletarianización, perdiendo su identidad por el influjo de la modernización.

Una última tendencia de la década del 60 viene a ser la ensayística de denuncia. Los representantes de este tipo de postura son Jaime Galarza con **El yugo feudal** y Pedro Saad con **La realidad agropecuaria en el Ecuador**.

La preocupación central en este tipo de trabajos gira alrededor de la discusión sobre el carácter feudal y de subordinación al imperialismo del agro ecuatoriano.

Bajo esa línea analítica se demuestra que las masas campesinas estaban sometidas a las más duras condiciones de explotación en los latifundios, especialmente bananeros, y que el proceso de producción agropecuaria, determinado por su carácter feudal, eran limitaciones fundamentales para un desarrollo pleno del capitalismo.



Este tipo de enfoques tienen un rol importante para el desenvolvimiento de las Ciencias Sociales. Constituyen las primeras intencionalidades políticas en tratar problemas agrarios, pues desde una posición de izquierda se develan las contradicciones existentes en el agro. Si bien estos trabajos no poseen una profusión de datos empíricos, las concepciones políticas utilizadas permiten abordar situaciones no pensadas por otros investigadores. Aun más, este tipo de enfoques permitió despejar parte del panorama agrario que, por décadas, había estado intocado desde una perspectiva política.

En términos generales, la década del sesenta representa los inicios de la reflexión académica sobre la cuestión agraria ecuatoriana. Las limitaciones en los trabajos mencionados deben verse desde la poca herencia intelectual existente en el país de aquel entonces, y la escasa difusión de fuentes documentales.

2. Las Ciencias Sociales y el agro: un desglose temático

2.1. La hacienda serrana y sus transformaciones. Este ha ido uno de los temas centrales en el debate agrario del país. La obra de A. Guerrero, *La hacienda precapitalista y la clase terrateniente en América Latina y su inserción en el modelo de producción capitalista: el caso ecuatoriano, 1975*, constituye punto de arranque en la investigación agraria moderna puesto que las Ciencias Sociales habían estado sumergidas en las disputas dicotómicas, en las cuales se discutía el carácter

feudal o capitalismo de las formaciones sociales latinoamericanas, posiciones que caracterizaban al agro como feudal, atrasado y tradicional, sin interiorizarse en especificidades de su proceso productivo.

Guerrero demuestra el tipo de producción hacendaria y la apropiación de la renta bajo la forma huasipungo; además, analiza la inserción de la hacienda en el medio de producción capitalista. El tipo de transformaciones hacendarias capitalistas están analizadas en su artículo **Renta diferencial y vías de disolución de la hacienda precapitalistas**, y la reproducción de la familia huasipunguera en un contexto de apropiación de la renta del trabajo por parte del hacendado en **Estrategias campesinas indígenas de reproducción: de apegado a husipunguero**. Este tema de las transformaciones es uno de los más polémicos. Existen autores que confrontaron las tesis de Guerrero.

O. Barsky, en **Iniciativa terrateniente en el pasaje de hacienda y empresas capitalistas: el caso de la Sierra ecuatoriana**, plantea que ciertos sectores terratenientes se modernizan por la expansión del mercado nacional antes de la expedición de la Ley de Reforma Agraria, y no, como sostiene Guerrero, que los cambios se generaron por la presión campesina sobre las haciendas. De su parte M. Murmis, en **Sobre la emergencia de una burguesía terrateniente capitalista en la Sierra ecuatoriana como condicionante de la acción estatal**, corrobora la tesis de Barsky con el añadido de que los cambios en una fracción de los terratenientes son parte secundaria en los planes de un

proyecto burgués global.

En síntesis, la posición de Guerrero enfatiza la existencia de una lucha de clases andina como propulsora de los cambios, y los otros autores mencionados aducen a la iniciativa terrateniente como el elemento generador de la reestructuración de las relaciones sociales en el campo.

Existen otros trabajos complementarios que aportaron elementos para el debate. **Apuntes para una discusión sobre los cambios en la estructura agraria serrana** de C. Arcos y C. Marchán, y **Burguesía rural y campesinado en la Sierra ecuatoriana**, de E. Archetti y K. A. Stolen, incorporan sus análisis los límites del proceso de modernización de la hacienda serrana.

Sin querer demeritar los aportes de un buen número de investigadoras sobre el tema, los señalados concentran la polémica.

2.2. El campesinado y los cambios: proceso de diferenciación y constitución de nuevos actores. El desarrollo del capitalismo en el agro, las consecuencias socioeconómicas de la reforma agraria, la intervención del Estado y la diferenciación interna en los sectores campesinos, es una gran temática que ha sido abordada por un buen número de investigadores. Aunque no generó la magnitud del debate sobre temas relacionados a la transformación hacendaria, la multiplicidad de casos estudiados nos permite aproximarnos a una panorámica general de la situación en el Ecuador.

Luego de arribar a las desestructuración del sistema hacendario, los cam

pesinos pasan a ocupar un lugar primordial dentro del pensamiento social ecuatoriano. En la obra de F. Velasco, **Hipótesis obre el proceso de descomposición del campesinado**, se plantea que el desarrollo del capitalismo y la supresión de los mecanismos semifeudales de producción en el Ecuador acarrea el surgimiento de una masa de campesinos semiproletariados que son funcionales al proceso de acumulación en el Ecuador.

De su parte L. Martínez, en su trabajo **De campesinos a proletarios**, señala que los procesos de proletarización en el agro se han producido por un desigual desarrollo capitalista y por la diferenciación social dada el nivel de mercantilización de las comunidades campesinas.

Las modalidades que asume el proceso de proletarización son discutidas en base de estudios de caso representativos.

Así como se han estudiado los procesos de proletarización, también se ha analizado el de capitalización. S. Pachano en su obra **Capitalización de campesinos: organización y estrategias**, y M. Redelift en **El papel de las cooperativas agrícolas en la transformación del campesinado de la cuenca del Guayas**, observan los procesos de acumulación campesina en productores frutícolas y arroceros.

No se pueden dejar de lado los trabajos de O. Barsky, **Acumulación campesina en el Ecuador**, y el de G. Ramón, **Los procesos de diferenciación campesina**, que demuestran que, en el caso de los productores paperos del Carchi, se genera un proceso dife-

renciador hacia arriba por el acceso a recursos, crédito, tecnología, y capital. Por su parte, Ramón apunta que las relaciones tradicionales andinas son un obstáculo para la generalización de un proceso de diferenciación social.

El mayor intento descriptivo y analítico de las economías campesinas, a partir de criterios de diferenciación, social se lo encuentra en **La situación campesina en ocho zonas del Ecuador**, de ALOP-CESA-CONADE-FAO-MAG-SEDRI, que aporta un panorama general en la identificación de situaciones campesinas en las tres regiones del Ecuador.

Esta también ha sido abordada desde las relaciones de género. El trabajo de S. Valarezo, **Mujer y transformaciones agrarias**, analiza los cambios en los roles de la mujer dentro de un contexto de cambios agrarios. Este punto de vista es importante, ya que nos permite pensar en el papel desempeñado por la mujer en la reproducción de las unidades campesinas

En términos generales, la presente temática tiene como elemento nuclear la discusión sobre el impacto del mercado sobre los procesos de diferenciación campesina y el cambio de lógicas en la producción económica.

La mayoría de los trabajos relativizan un proceso ortodoxo de diferenciación campesina. Al contrario, la conformación de situaciones heterogéneas es una característica extendida en el agro ecuatoriano. Tanto es así que se han conformado unidades agrícolas capitalizadas que conviven en determinadas regiones con economías campesinas, sin que ello implique la formación de una burgues-

sía rural y un proletariado agrícola.

Algunos estudios se han efectuado sobre sectores empresariales agrícolas. Para no alargar la lista cabe mencionar a G. Schamis, con **Ecuador: la agroindustria cervecera**, L. Carrión y M. Cuvi, con **La palma africana en el Ecuador: tecnología y expansión empresarial**.

2.3. Estado y agro. Cualquier tipo de acercamiento analítico sobre la cuestión agraria en el Ecuador no está exento del papel desempeñado por el Estado en la dinámica económica y social del sector rural. En este sentido, varios han sido los autores que desde diversas ópticas, han aportado al conocimiento del rol estatal. A. Guerrero en su obra **Hacienda, capital y lucha de clases andina**, F. Velasco, **Estado y agricultura en el Ecuador: el proceso de formulación de la Ley de Reforma Agraria en 1973** y G. Cosse en **Reflexiones acerca del Estado, El proceso político y lo político agrario en el caso ecuatoriano y Estado y agro en Ecuador 1960-1980** reflexionan sobre las modalidades de intervención estatal en las políticas agrarias; muchos de ellos con efectos catapultadores de los procesos de diferenciación social y la formulación de zonas heterogéneas de producción.

Por su parte, M. Chiriboga, **El Estado y las políticas hacia el sector rural 79-82**, plantea la necesidad de distinguir la política agraria referida a la intervención del Estado sobre la propiedad rural, la política agrícola encaiminada a fortalecer la modernización y la política campesina destinada a con-

trarestar la eclosión movilizadora de los sectores campesinos.

E. Gonzales con **Ecuador, Estado y economías campesinas** es uno de los pocos investigadores que han centrado su análisis en el papel de las políticas estatales hacia los campesinos. Este trabajo incluye una reflexión sobre el cambio de racionalidad productiva entre los campesinos por efecto de la intervención estatal. En una línea diferente encontramos el trabajo de C. Verduga, **Un caso particular de intervención estatal en el desarrollo del capitalismo en el agro**, donde se analiza los efectos de la reforma agraria en relación a las tendencias de transformación de largo plazo en el agro.

A manera de síntesis se puede indicar que la característica fundamental de este tipo de trabajos, es el análisis más o menos global de las políticas estatales hacia el agro, sus tendencias, las fuerzas sociales que impulsan los proyectos de intervención y los efectos de tales intervenciones.

2.4. La comunidad Andina. Esta temática es relativamente nueva. Su estudio nace de la necesidad de interpretar situaciones que no encajan en la posición académica tradicional, es decir, conceptos tan amplios y ambiguos como campesinado, diferenciación social, proletarianización, se presentan como barreras limitantes al abordar realidades de comunidades indígenas andinas que contienen elementos de persistencia, continuidad, adaptación y resistencia.

En esa línea se encuentra el trabajo del CAAP. **Comunidad andina: alternativas políticas y desarrollo**, donde

se evidencia las modalidades especiales de acceso a tierra, relaciones de reciprocidad e intercambio no mercantil y funcionamiento de instituciones sociales comuneras que ponen freno a los procesos de diferenciación social.

M. Chiriboga con **El análisis de las formas tradicionales: el caso Ecuador**, propone un marco conceptual y metodológico para el estudio de la comunidad andina. J. Sánchez en **Estrategias de supervivencia en la comunidad andina**, analiza el papel de parentesco y el acceso a recursos; el mismo autor, en **La trama del poder en la comunidad andina y Faccionalismo, comunidad y proyecto étnico en los Andes**, aborda problemas concernientes a la especificidad de lo político entre los indígenas comuneros.

G. Ramón en su trabajo **La resistencia andina** plantea la existencia de mentalidades de larga duración por parte de los indígenas, en base al principio de adaptación-resistencia. Aquí hay una ruptura respecto a otras posturas conceptuales ya que se enfatiza la consistencia de lo comunal como un factor de identidad étnica.

La desestructuración de las comunidades indígenas, sea por su inserción en el mercado, por la intervención del Estado, por el proceso de diferenciación social y por la descampesinización, son temas contrapuestos a las tesis anteriormente mencionadas, que están representadas en los trabajos de varios autores.¹

1. Me refiero a C. Farga con *Semiproletarianización y estrategia de reproducción campesina*, L. Salamea con *Las transformaciones de la hacienda y los cambios de la condición campesina* y el de D. Iturralde, *Guamate campesinos y comuna*



Los trabajos sobre comunidad andina también incorporan análisis sobre el papel de las migraciones como estrategias de menor costo social para las comunidades. Bajo esa perspectiva se hallan el de C. Lentz, **Estrategias de reproducción y migración temporaria: indígenas de Cajabamba Chimborazo** y el de L. Martínez, **Migración y cambios en las estrategias familiares de las comunidades indígenas de la Sierra**.

Como podemos observar, el tema de la comunidad andina ha sido abordada desde algunas ópticas conceptuales. Por ser un problema relativamente nuevo, los intentos por constituir una interpretación general de su funcionamiento, articulación a la sociedad global y participación política, son todavía escasos.

Por último, no se puede negar la influencia que han tenido en los investigadores ecuatorianos, los aportes y experiencias académicas desarrolladas en países como Perú y Bolivia, que poseen una larga trayectoria en el abordaje de temas relacionados a lo "andino".

2.5. Los movimientos sociales en el agro. Básicamente, la mayor parte de estudios sobre movimientos sociales en el agro han centrado su atención en los movimientos campesinos.

Si bien hubo intentos precursores, como el de O. Albornoz, **Las luchas indígenas en el Ecuador**, que analiza cronológicamente las rebeliones indígenas, es a partir de la década del 70 que el tema cobra mayor importancia por los cambios estructurales que estaban ocurriendo en el país. La coyuntura de

la reforma agraria es la que concentra la mayor cantidad de trabajos: F. Velasco, con **Reforma agraria y movimiento campesino indígena en la Sierra**, O. Barsky, **La reforma agraria ecuatoriana** y H. Ibarra, **La movilización campesina antes de la reforma agraria**, son aportes interpretativos que analizan el papel desempeñado por los movimientos campesinos en el contexto señalado.

Casi todos los trabajos hacen mención a movimientos campesinos serranos. El Litoral es abordado escasamente, salvo el trabajo de J. Uggen, **Peasant mobilization in Ecuador: a case study in Guayas province**, quien sugiere que la organización campesina en la Costa se desarrolló por la presencia de motivaciones fundamentales: la lucha contra las plantaciones bananeras norteamericanas y la presión para finiquitar las relaciones precarias al interno de los latifundios. En esa misma postura puede ubicarse el trabajo de J. Santos Dito, **Leyes y sangre en el agro**.

La década del 80 es una fase altamente productiva en la difusión de estudios sobre movimientos campesinos. El denominador común en todos ellos es el abordaje del carácter regional y local de las demandas campesinas, y el rol desempeñado por las organizaciones de segundo grado en su relación con el Estado y las principales centrales sindicales. Es una etapa donde se evidencia el surgimiento de instancias representativas de corte claramente étnico, con la cual, se demuestra la inflexibilidad de las posiciones políticas de los gremios nacionales articulados a partidos de izquierda, que encapsulaban lo étnico

dentro de una comprensión clasista, sin poder generar respuestas a las demandas de este importante sector del movimiento campesino ecuatoriano.

En los últimos años se han analizado los movimientos campesinos desde la heterogeneización campesina, la modernización, las políticas estatales y el proceso de reciente democratización de la sociedad. Bajo esta línea encontramos los trabajos de M. Chiriboga, **Crisis económica y movimiento campesino e indígena** y **Movimiento campesino e indígena: la construcción de identidades en una sociedad heterogénea** y el de S. Pachano, **Transformaciones en la estructura agraria: personajes, actores y escenarios**.

La característica fundamental en este último periodo es la multiplicidad de demandas campesinas con varios ejes de articulación. En ese sentido, los estudios realizados dan cuenta de que la lucha por la tierra ha dejado de ser el elemento aglutinador de los movimientos campesinos e indígena, sean estos regionales o nacionales.

3. Perspectivas

¿Qué hacer hacia el futuro? ¿Cuáles tendencias sociales, políticas y económicas generadas en el agro deben ser estudiadas? ¿Cómo mejorar la capacidad interpretativa teórico-metodológico de las Ciencias Sociales hacia el agro ecuatoriano? Son las preguntas que se plantean los investigadores con miras al término del presente siglo.

Es un hecho demostrado que el desarrollo del pensamiento agrario ha girado en torno a las principales transfor-

maciones estructurales, dinámicas sociopolíticas y eclosión de sectores y fuerzas sociales en el campo. Tampoco se puede negar la influencia de ciertas corrientes teóricas que, sustentadas en fundamentos conceptuales que hoy en día resultan paradigmáticos, elaboraron una interpretación de lo agrario en términos especulativos.

Al parecer, existe un consenso entre las instituciones e investigadores que trabajan sobre lo agrario de que las Ciencias Sociales ecuatorianas deben construir enfoques alternativos de las problemáticas agrarias, ya no desde las particularidades, sino desde las totalidades sociales. En ese sentido, valdría la pena revisar lo que se ha estudiado hasta la actualidad para tener una base de partida y, desde allí, plantear un panorama temático de lo que falta por hacer.

Esa intencionalidad deberá tomar en cuenta las especificidades de los diferentes sectores agrarios, para analizarlos en su constante relación con las dinámicas generales. Aún más, será un objetivo primordial el construir pautas de reflexión que den rápida cuenta de los procesos sociales ya que, con mucha frecuencia, existe un desfase temporal entre las veloces transformaciones que se presentan en la realidad agraria y los procesos interpretativos de la misma.

La elaboración de un nuevo marco temático debería considerar un conjunto de prioridades a ser investigadas, de acuerdo a las necesidades que el país y la comunidad académica plateen. para tener una lectura del conjunto y las par-

Las áreas temáticas podrían abordar varios problemas:

- El sistema alimentario nacional desde instancias investigativas, que den cuenta de los límites y capacidad de la suficiencia del aparato productivo agrario y su relación con las políticas ejecutadas desde el Estado. Aquí podría incluirse el análisis de los modelos de consumo alimenticio de la población, y rebasar las descripciones nutricionistas que se han efectuado en décadas anteriores.

- Generar una relectura del rol desempeñado por el Estado en la aplicación de políticas de ajuste dentro de un contexto agrario. Analizar las implicaciones de las medidas estatales en los diferentes sectores sociales conformantes del mundo rural.

- Promover una reflexión acerca de las condiciones actuales en que se halla la estructura agraria ecuatoriana, pues desde la ejecución de las leyes de reforma, los aportes académicos solo han abordado las consecuencias de ésta en determinadas regiones y micro regiones.

- Interpretar los cambios producidos en la racionalidad productiva y en las relaciones sociales de ciertos grupos campesinos, que se han insertado en un modelo de agroexportación no tradicio-

nal.

- Pensar en las potencialidades políticas del campesinado y movimiento indígena en relación al proceso de democratización, las intencionalidades de los grupos de poder y los proyectos de los partidos políticos del país.

- Investigar la multiplicidad de situaciones en que se encuentran los sectores sociales del campo, derivados del proceso de transformaciones agrarias. Pensemos que, en la actualidad, las fronteras agrícolas expandidas por la colonización se han reducido, y que los mercados laborales se han constreñido a causa de la crisis económica.

- Promover una serie de investigaciones que den razón de la participación de las economías comunales en los mercados agropecuarios. Evaluar el peso de su producción en términos de la demanda nacional y el papel que ellos desempeñan en el sistema alimentario nacional.

Por último, hay que señalar que los problemas citados hacen parte de una gran variedad de áreas temáticas que pueden desarrollarse.

El tipo de abordaje que se realice dependerá de la intencionalidad que asuman instituciones e investigadores con respecto al agro ecuatoriano. •

Lévi Strauss: ENTRE ETNOCENTRISMO Y RACISMO

José Sánchez-Parga

CRITICA

Levi-Strauss ha tenido la desafortunada ocurrencia de retomar en su última obra *La mirada distante (Le regard éloigné)*, Plon, París, 1983) el texto de *Raza e Historia* (publicado en el cap. XVIII de *Antropología Estructural Dos*), y de hacer una revisión menos complaciente respecto de la "ideología de la UNESCO" y más acorde, según él, según él, con su actual pensamiento.

A pesar de ciertas ambigüedades y de algunas posiciones en parte discutibles y en parte aventuradas aquel trabajo, hubiera podido pasar desapercibido; pero su reciente reedición ha dado lugar a que el neofrancés liderado por la extrema derecha de Le Pen tomará el pensamiento de Levi-Strauss como base de su ideología racista. Si nunca es lícito un tendencioso empleo político de una filosofía, no es menos cierto que todo pensamiento debería asegurarse una plena coherencia, para no prestarse a eventuales y ulteriores fines terroristas. En este caso, el revisionismo de Lévi-Strauss, y su intento de distinguir (conceptualmente) separar (en la práctica) etnocentrismo y racismo o xenofobia, son tan graves como han podido resultar irresponsables. Y si nos pare-

ce conveniente replantear un debate ya iniciado por M. Giraud "Le regard égaré" en *Les Temps Modernes*, Nº. 459 oct. 1984, es porque en él está en juego no solo esa tensión subyacente entre etnocentrismo y racismo, que afecta tanto al discurso general sobre la cultura como a la ideología neorracista, sino también a las políticas y proyectos culturales en nuestros países, a los planteamientos civilizatorios de la UNESCO y, en definitiva, a la tarea de la misma antropología.

El argumento de la extrema derecha, más recientemente también de la derecha clásica francesa, con la posición adoptada por Alain Jupe, secretario general del RPR, es que la reacción contra los extranjeros y el inmigrante no es racismo; lo que se pretende es proteger al patrimonio cultural propio: "Debemos preservarla identidad de Francia", y se añade: "Estamos muy decididos a llegar hasta las últimas consecuencias". El problema no dejará de agudizarse en el futuro y el racismo se radicalizará en los países desarrollados, si de acuerdo a todos los pronósticos migraciones masivas del Tercer Mundo seguirán infiltrándose y golpeando a

las puertas del hemisferio norte.

Estas posiciones nos ubican en el centro de la argumentación de Lévi-Strauss, para quien es fundamental la distinción conceptual entre *etnocentrismo* y *xenofobia* o *racismo*. El autor de *Raza e Historia* se desliza de la universalidad del etnocentrismo, que puede encontrar en todos los pueblos, a su *ineluctabilidad* y *legitimidad*. Tal posición se funda en el mismo concepto de cultura, que según Lévi-Strauss consiste "no en la lista de las invenciones particulares de cada pueblo, sino en la *distancia diferencial* entre las diversas culturas"; diversidad que define la contribución de todas por igual a la cultura humana universal. Y, en tal sentido, el etnocentrismo aparece como un baluarte contra la homogenización y uniformización a que pueden dar lugar los intercambios culturales.

Ahora bien, a nadie pasa desapercibido, que una posible interpretación del "derecho a la diferencia" o del "elogio de la diferencia" puede reforzar no sólo los imperativos del *apartheid* sino también la racionalidad racista.

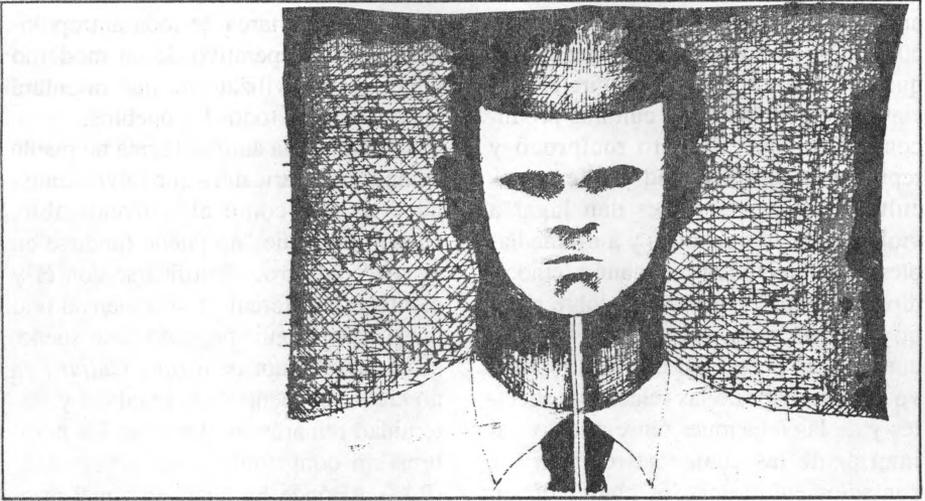
Pero revisemos la misma argumentación de Lévi-Strauss, tanto en su construcción lógica como en referencia a sus datos antropológicos.

En primer lugar, la constatación de que el etnocentrismo sea (de hecho) un comportamiento espontáneo y muy generalizado no permite concluir su inevitabilidad (por principio), como si fuera algo "consustancial a nuestra especie (op.cit., p.16), como intenta demostrar Lévi-Strauss, quedándose en un simple postulado. Un postulado que, sin embargo, como todo recurso a una

argumentación naturalista y substancialista en la explicación sociológica (olvidando la regla durkheimiana, que exige explicar lo social por lo social y únicamente por lo social), constituye una confesión de importancia, en la medida que aduce como explicación precisamente lo que hay que explicar.

Lejos de poder atribuirlo a una Ley natural, el sentido de cualquier fenómeno cultural reside en el sistema de relaciones sociales e históricas en el cual se inserta; y por tal razón el etnocentrismo resulta de particulares relaciones socio-culturales, de relaciones de fuerza y de dominación, de desigualdades, que él mismo contribuye a reforzar. Y, en consecuencia, el etnocentrismo, más que superable por una pedagogía intercultural, sólo podrá ser resuelto por la transformación de las estructuras sociales que lo engendran. Por último, de la suposición de que el etnocentrismo sea ineluctable tampoco se puede deducir su legitimidad.

En segundo lugar, el etnocentrismo implica algo más que la adhesión a la propia cultura, y que la misma identidad cultural; adhesión e identidad que, por otra parte, no implican necesariamente la creencia en la superioridad de dicha cultura. Esto que Lévi-Strauss sostiene en el prefacio de *La mirada distante* (p.15) contradice "el absurdo de declarar una cultura superior a otra" (*Raza o Historia*, p.70). Mientras que el etnocentrismo de los pueblos primitivos se expresa por una "indiferencia respecto de las otras culturas", la forma que adopta el etnocentrismo de las sociedades bárbaras, civilizadas, conlleva un rechazo militante de las otras culturas,



y con frecuencia prácticas segregacionistas y aun represivas.

En tercer lugar, la posición de Lévi-Strauss respecto del etnocentrismo y su defensa tiene como trasfondo una versión cuestionable del desarrollo cultural, según la cual aquél resulta de un intercambio de aportes culturales diferentes —de una "miseria en comun"—, cuyo amalgamiento conduciría a abolir la *diversidad* inicial (la que hace fecundo el intercambio), dando lugar a una *homogenización* de todas las culturas. Una tal aprehensión además de simplista carece de asidero en la historia de las culturas, y sobre todo en buena lógica estructuralista cabe suponer que a una entropía intercultural (de tendencia homogeneizadora) puede corresponder siempre una neguentropía intracultural (diversificadora). De hecho el estudio de los contactos culturales en la historia muestra cómo la diversidad tiende a reproducirse incesantemente. Todo "préstamo" de una cultura ya no es el

mismo que el "emprestito" que de él hace otra cultura; el aporte ya no es idéntico en la medida que se adapta a otros contextos culturales y se relaciona con otras realidades culturales. La romanización de la casi totalidad de los pueblos europeos no impidió que se reprodujera un diversificado mosaico cultural, como tampoco la secular musulmanización del Medio Oriente llegó a homogeneizar los estratos indoeuropeos y semitas de aquellos pueblos, y aun confundir las marcadas diferencias entre estos últimos. Los ejemplos son múltiples, desde el jazz hasta el fenómeno afro-brasileño, pasando por los diferentes sellos culturales impresos por la colonización en las distintas latitudes del continente latinoamericano.

Quizás sea achacable a un cierto pesimismo antropológico, que traiciona en Lévi-Strauss una suerte de nostalgia del "paraíso perdido" de las culturas primitivas, este pronóstico de una civilización mundial destructora de las

antiguas diferencias y particularidades culturales. Aunque haya que reconocer que no siempre y en todas circunstancias los contactos entre culturas producen un enriquecimiento recíproco y reproducen la diversidad y diferencias culturales. En ocasiones dan lugar a violentas deculturaciones y a irremediables empobrecimientos, y aun a etnocidios culturales. Pero lo que sobre todo, hoy quizás más que nunca, está en cuestión, es el carácter desigual, opresivo y dominador de las relaciones sociales y de las relaciones entre pueblos, al interior de las cuales se realizan los contactos culturales, los cuales tienen cada vez menos el carácter de un intercambio y cada vez más el de una imposición cultural.

Si, por otro lado, propio a cada cultura es la necesidad (como el mismo Lévi-Strauss afirma en *Raza e Historia*) de abrirse a las otras, de lo que se trata no es de reducir el número e intensidad de los contactos culturales, ni tampoco reforzar la impermeabilidad o resistencia cultural de los pueblos, sino de restaurar la soberanía de los grupos y su igualdad al interior de cada intercambio.

En contra de Lévi-Strauss, que considera "afirmaciones contradictorias" y "proposiciones antinómicas" (p.16) las declaraciones de la Conferencia de México (1982) sobre las políticas culturales tendientes a "conciliar la fidelidad a sí mismo y la apertura de los otros", "la afirmación creadora de cada identidad y el acercamiento entre todas las culturas", seguimos pensando que es precisamente esta "ideología de la UNESCO", la que debería convertirse

en principio y tarea de toda antropología y en el imperativo de un moderno humanismo civilizatorio, que orientará las políticas de todos los pueblos.

La real utopía antropológica no puede compartir la caricatura que Lévi-Strauss hace de ella como algo irrealizable, cuando dice que "no puede fundirse en el gozo del otro, identificarse con él y mantenerse diferente": más bien su reto consiste en seguir pensando ese sueño, en el que el autor de *Raza y Cultura* ya no cree: "El sueño de la igualdad y fraternidad reinarán un día entre los hombres sin comprometer su diversidad" (P.17). ¿Dónde ha quedado aquel principio suyo del "derecho a la libre identificación" que tanto inspiró a tantos?

En conclusión, identificar etnocentrismo, xenofobia y racismo puede ser conceptual y académicamente inadmisibles, pero tampoco se puede establecer, una tal separación entre etnocentrismo y racismo, que nos lleve a ocultar la relación y deslizamiento que llegan a darse entre ambos, ya que la radicalización de la una conduce en la práctica a una afirmación de lo otro. Un etnocentrismo marcado, que excesivamente valora la propia identidad cultural, presupone siempre, o da lugar de manera inevitable, a una subestimación de la cultura del otro". Más aun en todo recurso al etnocentrismo y a la xenofobia cabe desenmascarar siempre también una ideología retórica y discursiva sobre las relaciones de dominación entre los pueblos o grupos sociales, en los cuales el factor cultural de la *diferencia* no hace más que sobredeterminar las *desigualdades* políticas y económicas.

ECUADOR DEBATE

LIBROS



Nuestra América y el V Centenario

M. Benedetti, M. Bonasso, L. Cardoza y Aragón, Alejo Carpentier, H. Dieterich, Enrique Dussel, R. Fernández Retamar, P. Guadarrama, G. Gutiérrez, James Petras, E. Poniatowska, A. Roa Bastos, G. Selser, N. Chomsky, F. Castro, Domitila Chungara, O. Guayasamín, Pedro Casaldáliga, Apebas, Eko, Manuel, Naranjo, Oki, Palomo, Rius, Sendra, Ulises;



Editorial El Duende y Abya—Yala, Quito, 1990, 229 p.

El hallazgo español de América, considerado en su momento como el mayor acontecimiento de la historia de la humanidad después de la creación del mundo, supuso también la usurpación del Verbo de los hombres y mujeres que serían colonizados a este lado del Atlántico. Este intento de suplantación de la verdad del oprimido por la verdad del opresor, fue inaugurado por el navegante genovés, en un proceso no terminado de violencia y resistencia, que constituye el tema central de este libro. Aquí se recoge la inconclusa confrontación de Nuestra América con la implacable civilización del egoísmo que, aún ahora, con su discurso fetichizado y alienante, pretende impedir un análisis más detenido y sereno sobre los acontecimientos de hace 500 años y un conocimiento más ajustado a la realidad de sus efectos sobre las actuales sociedades latinoamericanas. El libro, en el cual se han plasmado diversos artículos y varias entrevistas, así como algunas caricaturas, pretende contribuir en esta búsqueda todavía incompleta por la

ECUADOR DEBATE

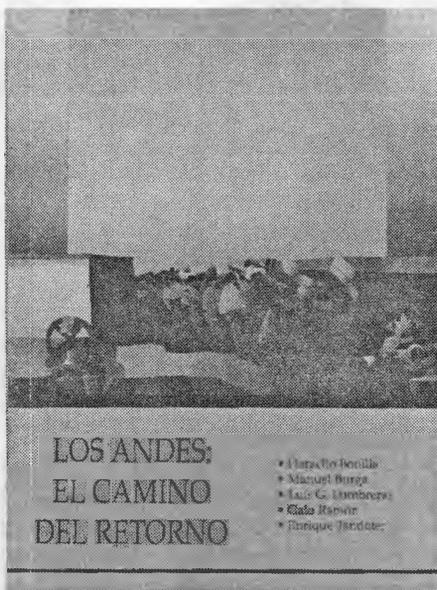
LIBROS

dignidad, la igualdad y el respeto mutuo de los hombres y los pueblos. •

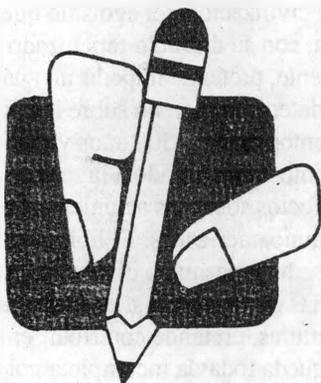
Los andes: el camino del retorno

Heraclio Bonilla, Manuel Burga, Luis G. Lumbreras, Galo Ramón y Enrique Tandeter; FLACSO-Sede Ecuador y Abya-Yala, Quito, 1990, 107p.

Los andes como región y los campesinos que viven en sus páramos y en sus serranías han atraído desde hace mucho tiempo el interés y la curiosidad académica de diversos especialistas en el campo de las ciencias sociales. Pero, como es natural, los términos de ese debate académico, así como las razones de ese interés, han variado en el tiempo y significativamente en la actualidad. Por una parte, se reconoce que la relativa homogeneidad cultural del área

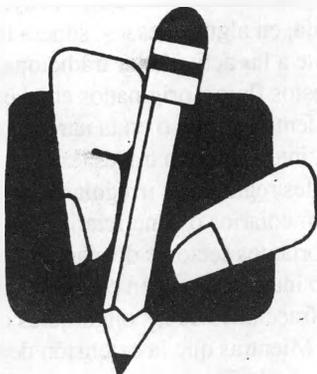


andina, así como su profunda densidad histórica, constituyen parámetros de análisis más apropiados en el esfuerzo de formular explicaciones más convincentes de los cambios y permanencias en la región. Por otra parte, frente a una tradición fundamentalmente estática que caracterizaba en el pasado los estudios sobre los andes, la perspectiva actual enfatiza sobre todo los cambios y, por lo mismo, reintroduce la historia. El interés por los andes y sus campesinos, finalmente, no se sustenta más en el exotismo sino en la genuina búsqueda, por parte de segmentos cada vez más grandes de la población, de referentes de su identidad y de razones para persistir en la espera. Con el objeto de poner al alcance de un público más amplio las transformaciones en el campo del conocimiento sobre la dimensión social de los andes, las indicadas entidades han cristalizado su esfuerzo en este libro. •



ECUADOR DEBATE

LIBROS

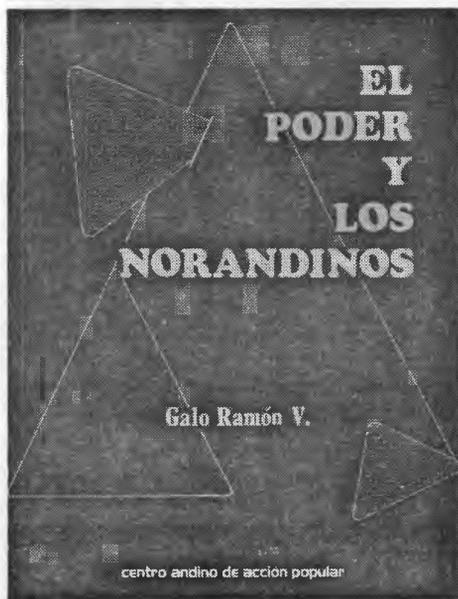


El poder y los norandinos

Galo Ramón V.; CAAP, Quito, 1990, 256 p.

La pregunta central que articula a este libro interroga cómo se operaron los cambios históricos en las sociedades norandinas del siglo XVI, antes de la invasión española, centrandose en la naturaleza profunda de los tipos de poder en juego. En el argumento histórico se define qué es lo norandino como unidad de análisis; cómo historizar los cambios en sociedades sin escritura; cómo fue posible que en el contexto general de la civilización andina, las sociedades norandinas incorporaron otro tipo de soluciones, como el intercambio, dentro de sus sistemas socio económicos. En este libro se discuten los cambios en las sociedades tribales,

los señoríos y las vías de constitución del Estado en esta región, así como las acumulaciones históricas que dejaron estas experiencias en los pueblos para asumir la conquista incaica y la invasión europea. Esta publicación, en base a una amplia documentación, incorpora estudios de caso de las diversas micro regiones del espacio norandino, constituyéndose en un aporte decisivo para la comprensión de esa "otra historia", la historia que permitirá construir un país plurinacional. •



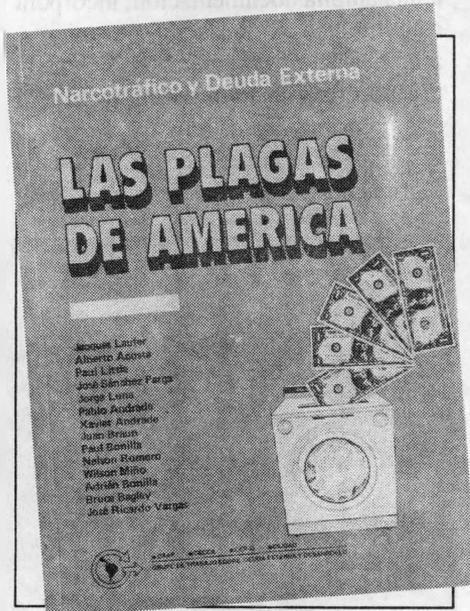
Narcotráfico y deuda externa: las plagas de América

Alberto Acosta, Pablo Andrade, Xavier Andrade, Bruce Bagley, Adrián Bonilla, Paul Bonilla, Juan Braun,

113 Jacques Laufer, Paul Little, Jorge

ECUADOR DEBATE

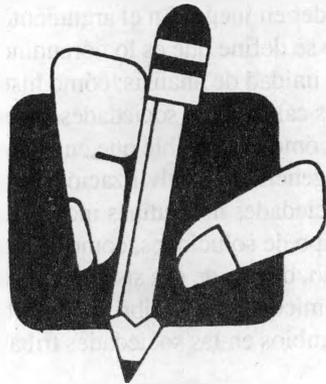
LIBROS



Luna, Wilson Miño, Nelson Romero, José Sánchez Parga, José Ricardo Vargas; Grupo de Trabajo sobre Deuda Externa y Desarrollo (CAAP, CIUDAD, CERGA y CECCA), Quito, 1990, 256 p.

La década de los ochenta será recordada en América Latina por dos problemas fundamentales: el narcotráfico y la deuda externa. Los dos cobraron inusitada fuerza en estos años, luego de que en los setenta se fue consolidando una serie de procesos que hizo posible su gestación y que han desembocado en una crisis de enormes proporciones. Los países de América Latina y el

Caribe, una de las regiones más endeudadas del planeta, viven esta realidad de manera angustiada y se han convertido, paralelamente, en campo propicio para la producción, la comercialización y el "blanqueo" o el "lavado" de miles de millones de dólares provenientes del negocio ilícito de las drogas, cuya economía, en algunos casos, supera largamente a las actividades tradicionales. En estos flujos, originados en el endeudamiento externo o en la narcoeconomía, intervienen, a través de diversos canales regulares e irregulares y como intermediarios o beneficiarios directos, importantes sectores del capital financiero internacional, en estrecha alianza con fracciones de las oligarquías criollas. Mientras que la extensión de los cultivos de droga es una consecuencia directa del empobrecimiento de amplísimas zonas del Tercer Mundo y del desmoronamiento de estructuras económicas tradicionales, todo ello acelerado, en los últimos 10 años, por el peso de la deuda, los planes de ajuste del FMI, las políticas de intercambio comercial de los grandes países industrializados, cuya lucha ideológica contra el narcotráfico provoca el desarrollo de la pro-





ECUADOR DEBATE

LIBROS

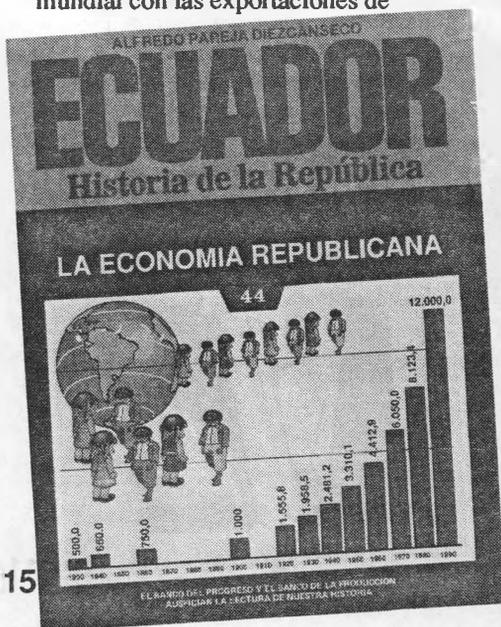
ducción de la droga. Atrapados en la trama de arbitrarias ilegalidades, más impuestas por la fuerza del chantaje que por una ética de las relaciones internacionales, los países andinos se han enrolado en una guerra contra la droga, en la que nada tienen que ganar y mucho que perder. Han hecho suyo un problema que afecta a los países desarrollados, precisamente cuando estos países más se desinteresan hoy de las dificultades de la región. Este libro es una contribución más del Grupo de Trabajo sobre Deuda Externa y Desarrollo para el debate sobre este asunto de indiscutible importancia. •

La economía republicana

Alberto Acosta, en Alfredo Pareja Diezcanseco, Ecuador: Historia de la

República, Fascículo 44; Editorial Unidad Nacional, Quito, 1990, 16 p.

Un resumen de la vinculación del Ecuador con la economía mundial, desde 1830, hasta la actualidad, constituye el fascículo 44 de un novedoso y audaz proyecto editorial que concluyó luego de un sinnúmero de problemas y dificultades de diversa índole, entre las que se destacan las posiciones políticas contrarias a que se divulgue el conocimiento de la historia nacional, sobre todo cuando ésta no se ajusta a la línea tradicional de los sectores dominantes. En este trabajo se parte de una reflexión sobre las situaciones existentes al terminar las guerras independentistas y sobre la pesada herencia colonial al momento del nacimiento del Ecuador; una y otra vez aparecen las vicisitudes atravesadas por el país en su manejo de "la deuda eterna", hasta llegar a la incorporación del Ecuador al mercado mundial con las exportaciones de

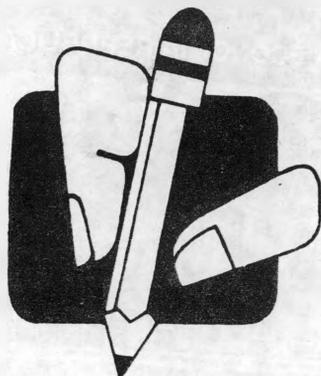


cacao, al finalizar el siglo XIX; desde el fin de la bonanza cacaotera a la crisis prolongada, es la próxima estación de este fascículo, que continúa con la contribución del banano a la integración nacional, para proseguir con el escaso aporte del auge petrolero que, por el contrario, sirvió de palanca para iniciar la contratación agresiva de créditos en el exterior, los mismos que, a la postre, constituirían el detonante de la actual crisis económica. El fascículo concluye con una microbiografía de monseñor Leonidas Proaño. •

Socialismo y participación

Nº 50, CEDEP, Lima, junio de 1990.

Socialismo y participación es una publicación del Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación. La edición coincide con el inicio del gobierno de Fujimori, por lo que su editorial gira en torno a los retos del nuevo gobierno. En la sección de artículos, H. C. F. Mansilla plantea el dilema de la identidad nacional y el desarrollo autóctono. J. Anderson analiza el papel que cumple la casa sin cocina en el camino hacia una vida socialista. Otros autores



ECUADOR DEBATE

LIBROS

dan un vistazo crítico a las ONGs en el Perú. Adolph demuestra que los Solzenitsin son reaccionarios cualquiera sea la sociedad en que vivan. Además, la publicación trae información literaria. •

La observación, la memoria y la palabra en la investigación social

J. Sánchez Parga, CAAP, Quito, octubre de 1989. El estudio responde a una constante desarrollada por el CAAP, de reflexionar simultáneamente los "campos de trabajo" y el "trabajo de campo".

En muchos ámbitos académicos persiste la ilusión y tentación de pensar que se puede seguir haciendo teoría sin una práctica investigativa, aunque tampoco faltan aquellos militantes de un positivismo que pretende restringirse a procurar informaciones acerca de regularidades empíricas de los comportamientos sociales. Esto ha conducido a la contraposición estéril e ideologizada entre una cientificidad del orden social y una científico-crítica. Dentro de este campo de fuerzas el método desempeña un papel clave en el juego de las tensiones del pensamiento. Este libro es un aporte al debate que involucra tanto a científicos como a aquellos que tienen relación directa con la acción social. •

**ECUADOR
DEBATE**

20

TIERRAS Y CAMPESINOS

- Las Ciencias Sociales y el agro
- Reforma agraria y cambio estructural
 - Disolución de la hacienda
 - La transición agraria en la Sierra del Ecuador
 - Adquisiciones de tierras
 - Gualaceo: minifundio y transferencias

Pedidos:

Distribuidora Jatarishun

Madrid 272 y Tolosa
Teléfono 501 165
Quito

FLACSO
ECUADOR

BIBLIOTECA

ECUADOR DEBATE

21

Quito, Ecuador, octubre de 1990

POLITICA

Diego Cornejo Menacho.

Dos años de gobierno de Borja:

CORTESANOS EN PALACIO /5

Rafael Guerrero.

**LA CRISIS DE GUAYAQUIL Y LOS NUEVOS
POPULISMOS /16**

ECONOMIA

Alberto Acosta.

Dos años de gobierno de Borja:

LOS LIMITES DEL CONTINUISMO /23

TEMA CENTRAL

José Sánchez Parga.

¿ES REFUNDABLE LA IZQUIERDA NACIONAL? /48

Adrián Bonilla.

La izquierda ecuatoriana en los últimos 30 años:

LA DIFÍCIL TAREA DE REDENCION /52

Carlos de la Torre Espinosa.

La crisis del marxismo:

¿ATRAPADOS SIN SALIDA? /64

Wolfgang Schmidt.

El fin del centralismo económico:

LAS CERTEZAS DERRUMBADAS /75

Michel Löwy.

8 TESIS SOBRE LA CRISIS DEL "SOCIALISMO REAL" /86

Régis Debray

EL FUTURO DE LA IZQUIERDA /90

ANALISIS

Fredy Rivera V.

EL AGRO ECUATORIANO VISTO POR LAS CIENCIAS

SOCIALES: 1975-1990 /96

CRITICA

José Sánchez Parga

Lévi Strauss:

ENTRE ETNOCENTRISMO Y RACISMO /107

RESEÑAS

LIBROS /111